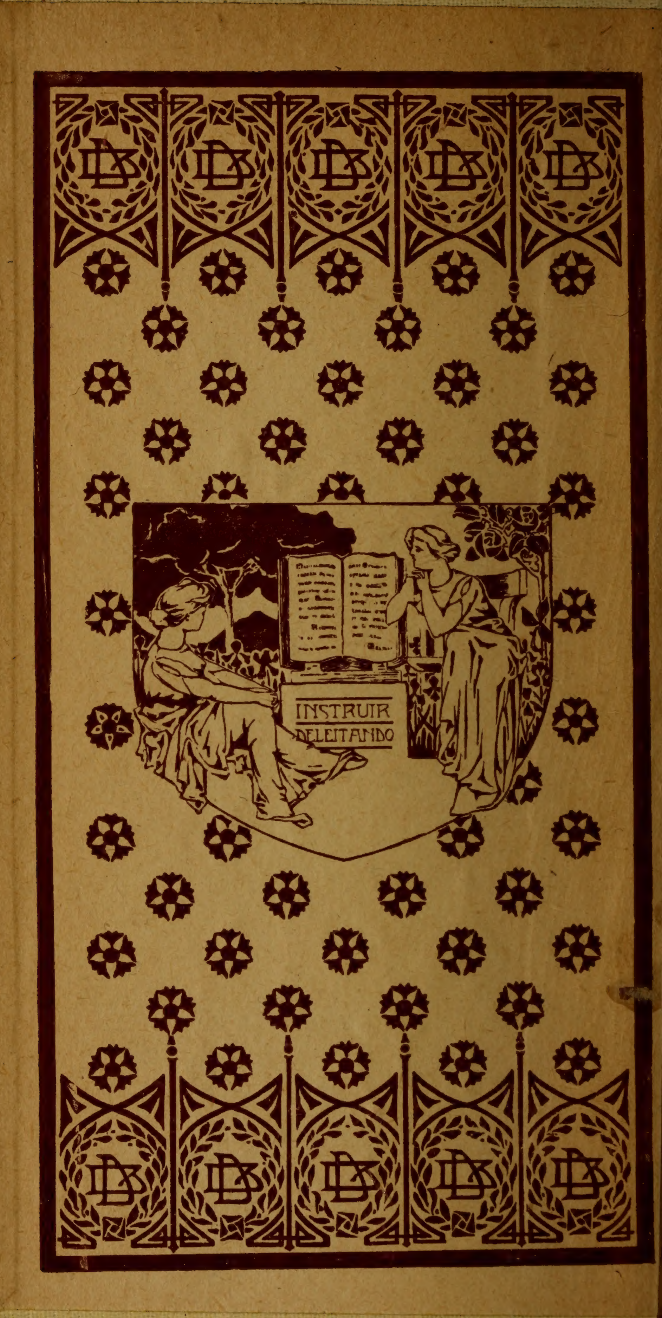
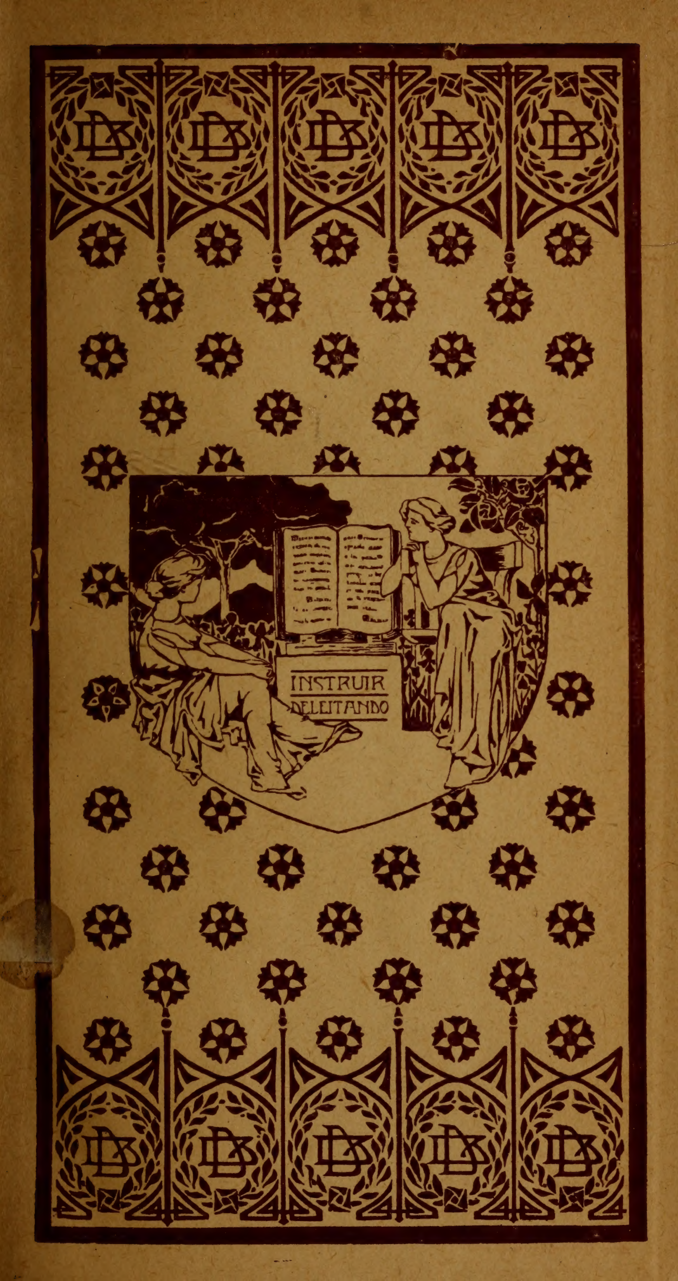
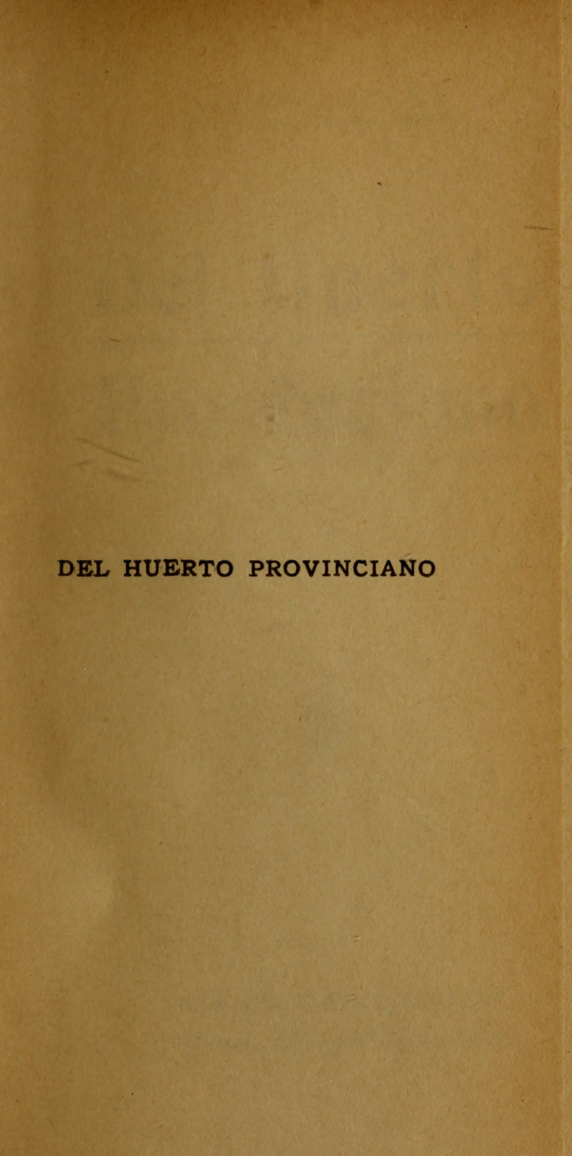
GABRIEL MIRÓ

Del Huerto Provinciano


INSTRUIR
DELEITANDO



INSTRUIR
DELEITANDO



DEL HUERTO PROVINCIANO

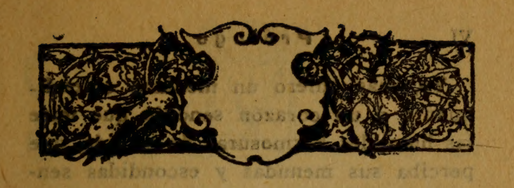
GABRIEL MIRO

Del Huerto Provinciano



CASA EDITORIAL MAUCCI
Mallorca, 166 — BARCELONA





* * *

Caminando por las sendas de este huerto provinciano, me entré en las espesas y doradas mieses de la vida.

De mis impresiones hice cuentos y crónicas, de mucha simplicidad. No he podido guardarlo todo, que naturalmente soy abandonado y perezoso, y se me han caído muchas de las espigas segadas en las cálidas tierrecitas de mi huerto. Dos manojos me quedaron, no sé si de las más granadas y gustosas o si de las peores por vanas y desabridas. Con uno de ellos hice este libro; y el otro, lo tengo todavía en mi pequeño troje.

Estas páginas no son altas ni hondas, ni estruendosas, ni resplandecientes.

Tampoco todos los lectores han de ser ceñudos, solemnes y macizos de sabidurías.

Yo, más quiero un mediano entendimiento y un corazón sencillo que mire las humildes hermosuras de la vida, que perciba sus menudas y escondidas sensaciones, y que como yo se contente aspirando el olor de la leña quemada y de la sembradura húmeda, y guste del silencio campesino, del vuelo de los palomos y de las gaviotas, de hollar las frescas tierras de los prados, del sueño de las nieblas de los ríos, y extremecerse de santo deleite asomándose a la Creación desde la soledad de una cumbre de serranía...

Yo escribo para esas almas amigas.



EL RELOJ

OGAR, es familia unida tiernamente y siempre. El padre pasa a ser, en sus pláticas, amigo llano de los hijos, mientras la madre, en los descansos de su labor, los mira sonriendo. Una templada contienda entre los hermanos hace que aquel suba a su jerarquía patriarcal y decida y amoneste con dulzura. Viene la paz, y el padre y los hijos se vierten puras confianzas, y toda la casa tiene la beatitud y calma de un trigal en abrigaño de sierra, bajo el sol.

A los retraídos aposentos de muebles enfundados, suele llegar frescura y vida de risa moza; y vuelto el silencio, síguese la voz del padre que dice de su infancia, de la casa de los abuelos...; y el cuento de las costumbres de antaño, celebradas

buenamente en familia, se trenza con el de las travesuras infantiles de los hijos, ya hombres, que están atendiendo. Y el íntimo y sereno contentamiento acaba cuando el padre queda con la mirada alta y distraída recordando el verdor de su vida; suspira, o bien murmura: "¡En fin!", y mira al reloj. Entonces, los hijos besan su frente y su mano y la mano y la frente de la madre...

* * *

En estas casas, los muebles también son amados. Macizos, grandes y poderosos, sin alindamiento ni gracias de catálogos de mueblistas falaces. Los labraron pacientes y humildes oficiales en cipreses, nogales, caobas. Los fundadores del hogar, entonces prometidos, vieron los árboles, arrancados en heredades propias o traídos de bosques remotos, y aspiraron de los troncos la fragancia de su limpia y noble ancianidad y entereza.

Y estos viejos muebles han asistido a los regocijos y quebrantos del hogar y sufrieron con bondad y complacencia de abuelo los antojos y agravios de los hijos pequeños. Las maderas se han hecho prietas, tomadas como de una pátina de vetustez y cariño: capas de cariño puestas por las miradas y respiración de los dueños.

Mas, en el jugoso árbol de este amor, prorrumpen valientes renuevos de parcialidad. Una consola con profunda cicatriz de injuria hecha por manos mercenarias, o un armario de olorosas maderas, o una mesa que sirve generosamente para todos los menesteres hogareños, por ser lo primero que se mercara cuando se decidieron los desposorios, o por otro suceso efusivo y dichoso, se ha dado en respetar y querer más devotamente que a todo el menaje.

¡Presentación de desventuras y alegrías fundidas y amadas, que prende y resucita en nuestra alma el mueblaje, es noble y bendito "fetichismo" que no estudió Binet!

* * *

Un reloj era lo predilecto en el ajuar de una mansión provinciana.

Comprólo el padre en la húmeda tienda de un viejo artesano. Dos generaciones del mismo linaje habían ya conocido a este hombre en la senectud. Su obrador estaba en un portal cerrado por cancel. Luz de aceite con verde pantalla alumbraba su cráneo redondo de monje, inclinado para estudiar con recia lupa las entrañas de cualquier mecanismo.

El reloj de aquella casa era decano de todos, y formaba grande óvalo de ébano

con taracea de aceros oxidados; las horas teñíalas de traza latina, protegidas por un cristal grueso y hermoso; su latido era muy reposado y la campana sonaba como grave cuerda de órgano mantenida con pedal, y su vibración entraba a todas las habitaciones, derramándose en sus ámbitos mansamente, como en las sierras el tañido de Angelus aldeano.

Para la familia era este reloj un antepasado o el pecho de un antepasado de todos los relojes de sus mayores, de corazón sonoro y sabia voz. En la casa vivía desde su origen; y tanto lo humanizó la piadosa fantasía del padre y lo respetaron todos, que, sin necesidad de manifiesto entredicho, sólo las manos santas y augustas del padre curaban del reloj y proveían su cuerda, despacio y blandamente, mientras la esposa y los hijos miraban como miramos al médico cuando visita y escucha a un amado maestro.

Esto acontecía una vez semanal y en precisa hora. Al tañerla el prócer pecho de ébano del antepasado, cometía la vanidad, perdonable en servidor anciano, de preparase ruidosamente. la familia burlaba.

—Es preciso, y no tenéis razón para esas malicias — decía el padre en defensa del óvalo amigo—. Son cuarenta años de buenos servicios, ¿qué pensáis?

—No, pero si nosotros no nos reimos de él.

Y el reloj parecía mirar a todos muy gravemente por las cuencas de las llaves, entre las VIII y las III.

...Llegó un día en que las entrañas del noble reloj padecieron flaqueza y agotamiento. Daba las horas con doliente fatiga; de tañido a tañido mediaban silencios intranquilizadores. Nadie lo tocaba ni atendía. Otro, pequeño, mudo, de mesita de enfermero, gozaba los cuidados y miradas de todos.

La estancia del decano, que era el comedor, se halla desierta, sin risas de hijos ni pláticas de padre. El padre moría lentamente.

Y el lacerado corazón del buen reloj no tuvo la caricia de las santas manos y desprendióse del pecho rompiéndose. Alguien que pasaba entonces, oyó un golpe y un crujido de lastimera música y todo el óvalo de ébano resonó gran tiempo. Detúvose aterrado. No se hendía el silencio con la medida del péndulo. Acercóse y lo halló derribado.

Cundió la noticia con misterio desolador de augurio.

Buscóse al viejo de la tienda, y ya no vino, sino un mozo hijo o nieto de aquél mecánico que cargó sobre sus anchos hombros al pobre antepasado de todos los re-

lojes del hogar. Y en tanto que salía por corredores y aposentos, el mazuelo de las horas, al ludir con la recia espiral, produjo una trémula lamentación que se esparció por los ámbitos de las salas de muebles enfundados.

* * *

Y al mes lo trajeron. Ya había muerto el padre en la casa. La madre y los hijos recorrían las salas, los dormitorios, el comedor... Todo, ¡qué grande ahora!

Estaban cenando. Y de súbito se miraron estremecidos, hablándose con los ojos su desventura. Luego los alzaron como para adorar sagrada reliquia. Y del pecho de ébano salieron profundas y templadas las horas; derramándose en todos los recintos y dejando fugaz ilusión de padre vivo...





DIA CAMPESINO

> **Y a ver alegría**
> **Syn pesar nunca cuede,**
> **Commo syn noche día**
> **Jamás aver non puede.**
> ***(El Rabbi Don Sem Tob.—***
> ***Proverbios morales.)***



E olía y aspiraba en la mañana una templada miel. Ya tenían los almendros hoja nueva y almendrucos con pelusa de nido; la piel gris de las rígidas higueras se abría, y el grueso pámpano reventaba; y lo más nudoso y negro de las cepas abuelas se alborozaba con sus netezuelos los brotes. Eran rojas las tierras, y así semejaban más calientes. El río, estrecho y centelleante de sol aparentaba dar de su fondo fuego de oro y era limpia espada que traspasaba la rambla con dichosas heridas de frescura. Venía el agua somera, sin ruído y apenas estre-

mecida por los cantos y guijas de la madre. Estaban rubias y mullidas las márgenes de tamarindos arbusteños; y en lo postrero de la vista, las aguas espaciadas hacían una tranquila y pálida laguna. De dentro, los tamarindos, ya árboles, asomaban sus cimas anchas y doradas como el trigo en las eras o islas románticas; y enteramente lo copiaban las aguas.

Cerca del río tronaba un viejo molino harinero. Delante del portal había un alto álamo de trémula blancura; y en aquellos campos primaverales el árbol grande y blanco parecía arrancado de un paisaje de nieve.

Vinieron de la ciudad a esta ribera dos amigos. Entonces, descansaban, sumergiéndose en el dichoso gremio de la dulzura matinal de primavera. De lo alto del aire o de lo hondo de la tierra pasaba a instantes la templanza de un estremecimiento, un aleteo rápido y leve de frío, pero frío de invierno, huído, ya lejos.

Luego, resultaba más grueso y dulce el abrigo del sol. Era buen tiempo. El buen tiempo rizado, conmovido por frescura sana y seca; el buen tiempo, el deseado por el enfermo amado de nuestra alma que murió en el invierno. Ahora estaría con nosotros, bajo la gracia de los cielos, y después, en la santa quietud de los tibios crepúsculos, cuando empieza a balbucir en

la verdura, hija de la lluvia, un élitro de son argentino. Es del trovador grillo. Lo busca tiernamente nuestra mirada; pero es que su cántico tembloroso resuena en toda la soledad; y el lírico insecto parece oculto en todos los rodales de matas...

Y no volvemos la espalda al recuerdo del enfermo que ya no está con nosotros, no lo olvidamos, y la madurez de la mañana aumenta la salud y ésta nos genera y renueva alegría! Habían salud aquellos amigos y era olor de salud el de los árboles verdes, el de espigas granadas y el de la harina y el de la humedad de río...

Habían alegría, alegría que parece brotar de todos nuestros poros en finos manantiales y llega al penetral del corazón y allí remansa y se clarifica. ¡Grande y fuerte beatitud de la naturaleza! La voz del sabio se oye en las inmensidades: "Vuélvete, alma mía, éntrate a tu reposo, porque te ha hecho bien el Señor".

En aquella mañana inicial de primavera los dos amigos paseaban junto a la orilla del humilde río, recreándoles puerilmente la huída de las ranas que saltaban, reluciendo al sol, desde el limo de las márgenes y al caer y zabullirse se oía en la paz de las aguas quebrarse un cristal. Y por eso, uno de los amigos sonreía buenamente.

"Amable es el hombre que se compadece", había leído en los Psalmos. Pues

el compadecerse sea de todo, de lo magnífico y de lo menudo, que esto no enmuellece ni disipa el ánimo, y sin menoscabarlo, lo adelgaza y apura y lo hace muy sencillo.

De los amigos, uno era famoso ingeniero, que estudiaba el recogimiento y prisión del río en canal, para después precipitarlo espumoso, torrencialmente, desde las altitudes y dar su fuerza a industria de señores logreros. Pero él, solo pensaba entusiasmado en el arco estruendoso de espumas irisadas por el sol como inmenso velo nupcial colgado en el abismo.

El otro amigo no buscaba ni trazaba arbitrio alguno en aquel paraje. No se había propuesto nada.

Junto al molino repararon en cinco ánades que picoteaban granzas, harija, hosecicos de oliva mojada; y esto lo hacían perezosamente, descansando sus buches en la tierra, pero al ver a los hombres se asombraron mucho y se alzaron mirando a todos lados, y dieron grande estrépito.

Y como el natural contentamiento facilita los más pequeños amores, los dos amigos contemplaron enternecidos a los patos, y sonrieron .

Los ánades, gordos, muy despacio y cabeceando, como señores canónigos saliendo del coro, según comparación del ingeniero, se fueron apartando del molino; con-

templároNse en el río, y se estuvieron murmurando con aspereza, mirando siempre recelosos a la gente de tan nueva caladura.

Entonces se llegó a los amigos un hombre risueño; cuajábanse sus ojos de luz húmeda; le sudaban los carrillos como si se les fundiera la grosura. Era de los beneficiados con el canal del río. Su cara era un incendio de sangre y alegría; también estaba muy alegre, pero sin importarle la ternura y dulcedumbre de la mañana.

Con voz blanda y espesa, como si se deshiciera una rica pasta en su boca, dijo:

—¿Los han visto? No los hay mejor cebados en toda la provincia. De aquí me los mandan para mi mesa, y yo mismo, aunque tengo un grandísimo cocinero, yo mismo hago los pasteles de hígado, pero incomparablemente más exquisitos que los preparados en Amiens y en Tolosa. Créanme: estos patos son tan tiernos como un seso; yo no les iba a decir una cosa por otra...

Los dos amigos le respondieron que sí que lo creían.

—¡Si ustedes los probasen, madre mía! —Y la saliva brilló en toda la boca de aquel hombre, trémula como la de un lujurioso grosero cerca de la hembra códiciada

El ingeniero y el romántico—así le diremos para diferenciarlos — le miraban

atraídos por su voz, rellena de guisos suculentos y olorosos. Y el romántico pretendió desasirse de bajas tentaciones, y se volvió para atender a las aves.

Ya habían bajado a las aguas, menos una, que quedó llena de incertidumbre en lo enjuto. Parecía su cabeza de terciopelo verde, y a veces vislumbraba o se quedaba negra.

Era el ánade más pesado y filosófico de todo el averío.

Y el romántico lo contempló para amarlo en armónica onda de amor, que nacía desde la hierbecica que hollaban las patas membranosas, pasaba por el río, atravesaba la arboleda, hendía el cielo, los horizontes gayos y luminosos, y este arco iris de amor y caridad envolvía otros campos hasta posarse, acaso en otras humildades... mas los ojos del amador se detuvieron demasiadamente en la opulenta pechuga del animalito.

—Mírenlo, es el más filosófico.

—Créame, es el más tierno de todos— le replicó el gastrónomo—. Hay que saberlos comer.

Adelantóse; hizo cauta y diestra maniobra: inclinóse. Se levantó un graznido como si removieran hierros roñosos y materiales de fábrica. Y el hombre vino a los amigos con el pato en sus brazos.

—Tiéntele aquí abajo.

Y las manos del romántico sintieron un temblor caliente de vida asustada.

—¿Qué le parece, si lo añadiéramos a los gazpachos? La olla es inmensa: ya tiene dos perdices, una gallina y un pollo. ¿Qué, lo añadimos?

El romántico no contestó.

—¿Lo ha comido usted en gazpacho?—prosiguió el otro—. Es la delicia de las delicias. Con su espuma podrían alimentarse seis hambrientos. ¿No lo ha catado nunca?

No lo había catado. Y balbució tímidamente:

—¿Es que no bastará con las perdices y todo lo que ha dicho?

—¡Qué mezcla de gustos de carnes... y en gazpachos, madre mía! ¿Qué? ¿Va?—continuó tentando el glotón, que reía, idiotizado por la imaginación del placer.

Cerca, reía servilmente otro hombre, que debía ser el cocinero de aquel demonio de la gula.

¡Pero por qué le pedían la sentencia al romántico! Y vió los ojitos del ánade, que le miraban suplicándole gracia; y volvióse al ingeniero para trasferirle la resolución; pero el ingeniero estaba leyendo en su manual de notas y cálculos, ajeno a la contienda mantenida entre el estómago y el corazón de su amigo. Y éste no quiso saber más del pato ni de sí, y apartóse con

apresuramiento para entregarse a la fortaleza y magnanimidad del paisaje; pero encima de su corazón le aleteaba angustiadamente el pato.

...Muy alto el sol, y en intensa y soberana quietud los campos, sonó la gran voz del señor de los pastales llamándole.

Acudió el romántico casi con entusiasmo. Tenía hambre. Voz de la carne le prometía gozar y... la escuchaba. Notábase fuerte y sensual.

En el portal del molino estaba la mesa. El fresco olor de harina reciente casi lo apagaba el de las viandas. Las tortas ázimas eran enormes como las muelas que rodaban allá en lo hondo con grave ruido. Y mirar y oler las tarinas de aves guisadas hartaba.

Mucho tiempo estuvieron comiendo sin decir palabra.

Después, en un breve descando de las quijadas, el hombre risueño preguntó al romántico:

—¿Qué me dice del pato?

El otro se estremeció culpablemente.

—¿Luego murió el pato?

—No, señor; lo matamos y usted engulló la mitad de su pecho.

—¡Yo! Si no me dí cuenta. Lo comí por perdiz. ¡Inútil, inútil el sacrificio! Lo juro.

Y el glotón reía devorando un muslo como un mazo de mortero.

...Por la tarde recorrieron el trazado del canal. Sus sombras se acostaban prolongándose sobre el río y la otra ribera.

Cruzaban el azul, ya pálido, avecitas que volvían a la querencia de sus árboles. Por el río humeaba una niebla castísima. La laguna era cielo caído y los tamarindos fuertemente inflamados por sol de ocaso encendían macizos de hogueras en el bello sueño de las aguas. Un autillo dió un grito de lástima desde el remoto olivar de una sierra; y palpitaba en la quietud del crepúsculo un coro de insectos.

Sentíase una mística tristeza; y el hombre de los pasteles lanzaba, de tiempo en tiempo, el estampido de una carcajada que manifestaba honradez.

¿Pero es que no piensa en el pato, en nuestra víctima?—se dijo el romántico; y en cambio él veía su doliente espectro caminando a su lado, con el cuello retorcido y sangrante, y creciendo, agigantándose como la sombra de un avestruz monstruoso. ¿Es que sólo había pecado su corazón y el ánade fué víctima únicamente suya, porque sola su alma había sido la elegida para recojer el latido de piedad?

Y quedó contemplando el lago. La belleza de inocencia del paisaje avivaba los remordimientos. Se apagaron dulcemente los árboles de oro. Y el romántico quiso

envolverse de la serenidad de la visión: y dijo:

—Ya ven la santidad constante de este sitio. Nos marcharemos, lo olvidaremos y las aguas y los tamarindos continuarán ofreciendo su belleza en la soledad. ¿No es todo más generoso que nosotros?

Entonces el regocijado, cuya alma no era buena ni malvada, y sí a modo de habitación o profundidad cegada, y nada tenía murmuró:

—Poco les queda de ser generosos a los tamarindos. Nuestro canal les quitará el agua.

—¿Y han de morir?—dijo el romántico.

—Sí, señor. ¿A qué hemos venido sino a estudiar su muerte?

Frío húmedo se levantó de las aguas; en los olivos gimió otra vez el autillo, y entre dos espesuras de tamarindos cruzó lenta y triste una garza de plata.

Los hombres caminaron.

Y acabó el día campesino, comenzado alegremente por un hombre que se creyó bueno y amable porque compadecía, según el psalmista... Y fueron cometidas crueldades...

Sol claro, plasentero
Nuue lo fase escuro,
De un día entero
Non es ombre seguro.

escribió el judío Sem Tob.



LA FIESTA DE NUESTRO SEÑOR



CABADO el enjalbiego, dijo la señora tía, ya doblada por senectud, al sobrinico huérfano:

—Anda, Ramonete, anda; anda, hijo, y acuéstate, como a buen seguro hicieron ya todos los muchachos, que muy de mañana se ha de ir a la parroquia.

—¿Qué hay entierro o casamiento, señora tía?

—Pues, descabezado, ¿qué no recuerdas el día que es? ¿Qué dijo el señor maestro?

—Que no había escuela.

—¿Y no paró en hablar de la grande fiesta de Nuestro Señor?

—Sí dijo de fiesta, señora tía, sí dijo.

—¿Y no entendiste que había de ser la del Corpus, la más preciosa y bendita, hijo Ramonete?

—Sí que podrá ser, señora tía; que Damián y Javierico, los de la "Corrionera", y Luis y "Gabiel" y Barberá hablaron que estrenaban botas de cordones y gorras de visera reluciente y trajes de...

—Anda, Ramonete, hijo; anda y acuéstate, que bien supiste las fantasías de los rapaces... Corpus es mañana y el señor rector predica, con que...

Y el sobrinico huérfano bebió de una cántara sacada al sereno; besó la mano sequiza y rugosa de la señora tía y entróse muy despacio por la negrura del portal.

Desde lo hondo llamó tímidamente:

—¡Señora tía! ¡Señora tía!

—¡Ay Ramonete, ay hijo! ¿Qué antojo es ese?

—¿Ha de venri pronto, señora tía? ¡Mire que todo está fosco y en "lo" corral sentí ruído y pasó como una fantasma, señora tía!

—¡Ay, hijo Ramonete! Encomiéndate al buen Angel; mira que recelo que todo eso es el Enemigo que te lo hace ver...

A poco sosegaba el chico; y la vieja cerró con cautela el postigo; guardóse en la faltriquera del refajo la llave, trabajosa y pesada como de puertas de ciudad, y fuese a la casa de la mayordoma, cuyo zaguán bullía de gente devota y picotera. Conversaban de la sesta. El Señor rector y otro eclesiástico forastero paseaban gra-

vemente celando al vicario, recién afeitado, que platicaba en un ruedo de doncellas afanadas por acabar el recamado de cañutillo de la nueva palia para el Sagrario. En un aposento alto, los mozos ensayaban el "Credo" de la misa.

Ya cerca de la media noche llegaba la señora tía a su dormitorio. El sobrinico quejábase en pesadilla.

—Hijo, Ramonete...— llamó la vieja, signándose.

Y como Ramonete balbuciera de la visión manifestando que soñaba, la señora tía murmuró para sí: "No sosiega una con criaturas".

Ya acostada percibió la congoja del sobrinico. Y ella sopló al candil y rezó tres veces su jaculatoria: "San Pedro, con vuestra licencia voy a dormir; mis ventanas guarden San Joaquín y Santa Ana; mi aposento, el Santísimo Sacramento".

Ramonete despertó espantado al "sentir" en su carne las manos afiladas del fantasma. Se había caído de la cama. Subióse muy medrosico; ensanchó los ojos y gimió:

—¡Señora tía!... ¡Señora tía!

Y estuvo aguardando.

La señora tía roncaba.

* * *

—¡Hijo! ¿Qué regodeo es ese?... A buen seguro que te pudrirías durmiendo si no te tuviera a mi cuidado... ¡Pues qué, no oíste aquel estrépito de campanas y de morteretes, que no parecía sino que era venida "la" fin del mundo! ¡Y la bulla de los mozos que llegaban del monte con sus costales de pino y romero para enramar la casa de Nuestro Señor! ¿No piensas en la fiesta? Darán las cinco y te estarás ahí como un gusano... Anda, hijo Ramonete, anda despabila; y en tanto que yo avío la clueca y los cochinos, colócate este devantal lavado y el pañolico de pita... y venga Ramonete, anda hijo, que vayamos a la parroquia para bien acomodarnos...

Y la señora tía salióse muy presta a su corral, donde la pollada y los cerdos la recibieron con alborozos y contiendas por gula.

Atolondrado se incorporó el sobrino; entróse las calzas que sujetó a las rodillas con ataderas verdes; luego descuidó su atavía para estregarse los ojos. Dulce emperezamiento le rendía y se acostó diciéndose: "¡Corpus, Corpus es! ¡La fiesta de Nuestro Señor! ¿Qué será Corpus?

Mas, desde la pocilga, acuciábale la señora tía:

—¡Hijo Ramonete!, ¿qué negocio tan largo es el que me llevas que no acabas de salir?

Muy azorado levantóse de nuevo el sobrino. Se puso las alpargatas y salió a bañarse la cara en la pila del pozo.

La señora tía ya estaba en su cámara mudándose las haldas; prendió su mantellina de pana negra y raída, con larga cruz de ébano tendida sobre el seno, cuya lisura y enjutez se confesaban por lo lacio del corpiño; alcanzó del clavo de la cabecera su rosario de dieces cabales y asió de la mano del sobrinico, sin permitirle enmendar la lazada del cenojil que se le había desceñido.

—¡Ay, señora tía, que se me cae una calza!

—¡Hijo Ramonete!, ¿qué nuevo antojo dices para ir rehacio?

—¡Mire, señora tía, que muestro el calcañar!

—Obra es del Enemigo, hijo Ramonete, para que no oigamos al señor predicador.

Y tiraba del zagalico que había de jadear y brincar como un chivo zaguero para poder seguirla.

Cuando arribaron a la iglesia, colgaba los muros el vicario, ayudado de dos mozos. Otros esparcían juncia y espadañas en las losas.

Una lámpara pestañeaba en la lobreguez de la capilla de las Benditas Animas.

Llegó la mayordoma de la Cofradía. Las hijas entraron una butaca de su estrado, que había de servir para el oficiante.

—¡Hijo Ramonete, no miras cuánto lujo!... Ahora quédate sin menearte ni resollar en este puesto, que es el más acomodado, y yo iré a cumplir mi trabajo.

Y la señora tía acudió al hormiguero de amigas que colocaban la palia nueva.

Quedó Ramonete custodio del codiciado asiento; y pensaba: "Corpus, Corpus. ¡La fiesta de Nuestro Señor! ¡Qué será Corpus!" Y miraba a los muchachos que pasaban libres y gozosos. Todos estrenaban ropas; chupaban regalicia. Damián y Javierico traían bastones de hombrecico y [illegible] cadena de reloj y [illegible].

...Ramonete se adormía... "Corpus... Corpus... Corpus"... Y se quedó dormido.

...Lo despertó muy enojada la señora tía.

—Hijo Ramonete, ¿no acabarás por afrentarme? Atiende, que está aquí todo el pueblo y nos conoce... Mira que ya comenzó la fiesta...

Descaecía el sobrino entre la muchedumbre, y parecióle que su estómago recogía como un ávido olfato olores mezclados de pisadas verduras, de cera ardiente, de sudor de carne sucia, de telas tiesas y nuevas...

Los cantores gritaban [illegible] el bellísimo "Gloria in excelsis Deo".

La señora tía, de rato en rato, mandaba al sobrinico: "Ponte en pies, hijo Ramonete..." "Anda, hijo, y [illegible]..." "Ahora, Ramonete, puedes "[illegible]" en tierra si te cansas..."

Hacíalo puntualmente el sobrino, y suspiraba de cansancio y hastío.

—¡Señora tía! ¿Señora tía?

—¡Calla, hijo Ramonete, calla y mira a Nuestro Señor, que te ve desde la Custodia!

Subió Ramonete la mirada por el altar y la puso medrosamente en el viril, en cuyo centelleo se apagaba la blancura de la Hostia.

Estuvo Ramonete muy quieto, muy quieto, y sin apartarse de la contemplación, musitó:

—¡Señora tía, no me mira Ntro. Señor!

Y sudaba y se removía buscando descanso con la mudanza de actitud.

Avizorábale indignada la vieja, que hubo de decirle:

—Pero, hijo Ramonete, ¿qué nuevo antojo te dió?

—¡Ay, señora tía, es que... es que me estoy orinando!...

—¡En la casa de Dios esos pensamientos!... Reza, hijo Ramonete, que todo es el Enemigo que te posee... Pero, calla,

hijo, que el señor rector subióse ya al púlpito... ¡Qué bendición de hombre!

Ramonete miró a lo alto. Los anteojos del señor rector resplandecían como los del señor maestro en la malhumorada lección de los lunes...

* * *

Ya era cerca del medio día cuando la vieja y el sobrinico huérfano llegaron al portal de su casa.

La quejumbre de los goznes inquietó a los cerdos.

—¡Vamos, vamos, ¿no conocéis al ama?

Y la risica de la señora tía fuese entrando por los oscuros cuartos, hasta que sonó muy zalamera y despejada en el corral calentado de sol, ruidoso de moscas. De la umbría de la pila y de la leña salieron las gallinas.

Ramonete aguardaba.

Al entrar, reparó en él la señora tía.

—¡Mustió hoy, Ramonete! ¿Pues qué maquinas, Ramonete?

Y alcanzó del último vasar de la alacena un cuarto de hogaza; goteó la miga con aceite de la alcuza, añadióle sal, y se lo entregó al sobrino, diciéndole:

—Anda, Ramonete y hártate; la señora tía come en casa de la mayordoma, que da comida a la congregación y a los señores

curas. Pero, hijo, no voy a regalo, sino a faena, que bien me conoces, y no acertara llevándote. Hártate cuanto quieras, pues eres chico... Y ya yabes que en la procesión hemos de vernos. Amigos tienes, pero mira cuál es tu comportamiento, que quedaste a mi guarda... no se diga, hijo Ramonete, no se diga.

Y así murmurando llegaron a la calle; cerró la casa la señora tía y se apartó del sobrinito huérfano...

* * *

Estaba en quietud toda la aldea: y por las calles repasaban muy bajas las golondrinas. En la sombra de un cornijal sesteaba un perro.

Ramonete se acercó a la casa de la mayordoma y oyó voces de gargantas espesadas al engullir; la señora tía no sosegaba de hablar.

Ramonete se alejó mordiendo el pan y marchóse al ejido. Comía y miraba el valle ancho, suave y arbolado. Lo abría un río de aguas silenciosas que transparentaban las trémulas frondas de los chopos. Y el paisaje le envió toda su tristeza en aquella tarde de la fiesta de Nuestro Señor.

De la aldea surgió una vocecita campanil que parecía pasar voladora entre la calina y perderse en los campos.

El sobrinico estuvo atendiendo y sus ojos se regocijaron y pensó: "¿Será Gregorico?... Gregorico es, que dijo que helaría limón para Corpus". Y guardóse en sus bolsillos los zoquetes que le quedaban de su yantar, y tornó al pueblo.

Ya estaban empaliados los principales balcones y las calles rociadas.

En un cantón de la plaza estaba Gregorico cercado de muchachos que lamían la garrafa con la mirada.

Llegó Ramonete al grupo y saludó risueño y humilde al vendedor; pero los ojos claros y fríos de Gregorico no le acogieron amigos. ¡Oh! Gregorico no tenía cara de chico, sino de hombre abobado y cermeño. Miraba desdeñoso la rapacería anhelante; destapaba la heladora; con el largo cazo arrancaba de las paredes del cañón los grumos de dulce nieve y alzando la mano caía estrepitoso el rico y codiciado suco de oro... Y cuando algún labriego o lugareño pedía de su refresco, le servía solemnemente con bazañería y melindre de poner, en apariencia, más de lo que cabía en el vaso de vidrio recio y nublado. Y luego preguntaba chancero: "¿Va otro? ¡Vaya otro!"

Ramonete se perecía de risa al oírlo para celebrarle la chanza. Y Gregorico no lo notaba.

Vinieron Barberá, Damián y Javierico y

también refrigeraron, que llevaban dineros. Bebían muy despacio contemplados por Ramonete. "¿Le habría puesto la señora tía alguna moneda en el delantal para celebración de la fiesta de Nuestro Señor?", y tentóse anhelosamente los bolsillos y no halló sino los mendrugos de la hogaza.

Comentaban los demás el refresco. ¡Luego todos, todos lo habían catado!

Gregorico explicó menudamente la mixtura, y cuando dijo del azúcar, Ramonete, que ansiaba intervenir y congraciarse, preguntó:

—¿Y es "asúcar morena", verdad?

—¡Morena, morena será! ¡Qué va a ser morena!—gritaron, burlándose, los otros; y miraron y se acercaron más a Gregorico para desagraviarle.

Y aunque el vendedor reconocía la verdad de lo moreno de azúcar de su limón, hizo a Ramonete mueca de desprecio y admitió muy dignamente la protesta coral de sus amigos.

Arrepentido Ramonete, oseó con humildad las moscas que revoleaban tenaces sobre la abierta vasija. Pero Gregorico no estimó fineza, y antecogiendo vasera y garrafa se alejó voceando, rodeado de muchachos.

> ...Como suele en los rediles
> en torno de los tarros de la leche
> zumbar de moscas numeroso enjambre,
> cuando ya llega la estación florida
> y ordeñan el ganado...,

que dijo el padre Homero.

..."Corpus, Corpus, Corpus... La fiesta de Nuestro Señor", íbase diciendo el sobrinico huérfano y volvió al ejido y se tendió en su llano calentado el sol.

De abajo, de un olmo ribereño brotaba, esparciéndose en el silencio de la tarde campesina, la apasionada cántiga de un ruiseñor.

Súbitamente cayó sobre la gran paz estruendo de campanas y alarida de banda. En el azul aparecían copos de humo, reventaban los cohetes y el tronar se arrastraba de montaña a montaña. Pasaron muy alto los gorriones de la aldea, refugiándose en el valle.

..."Corpus, Corpus, Corpus..." —murmuraba Ramonete. Y se afligió su alma.

La procesión apareció en la calle frontera al ejido. Todos los aldeanos y labriegos de la cercanía iban alumbrando.

Vió Ramonete a la señora tía delante de la mayordoma. Un viejo agobiado por su capa pardal acercóse a hablarla. Y la señora tía abandonó su puesto para buscar al sobrinico huérfano; su diestra empuñaba un cirio doblado, rendido.

—¡Hijo Ramonete! ¿no tienes compasión de la señora tía? ¿Habré de coserte a mis faldas? Pues no ves que todo el pueblo acompaña a Nuestro Señor!

Y trabando el brazo del sobrinico, lo llevó a la fila de los piadosos congregantes.

En un remanso de la procesión, ocurrióseie a la señora tía platicar con la mayordoma, y los cirios de las dos devotas gotearon espesamente en la cabeza del rapaz. Quiso éste apartarse, y al hacerlo, derribó la candela de la mayordoma.

Entonces la señora tía creyó morirse de vergüenza.

—¡Ay, hijo Ramonete, hijo Ramonete! ¿Te mordió alguna sierpe, o es que en verdad te ha poseído el Enemigo...?

* * *

—Ya muy estrellado el cielo, entraban en su casa la señora tía y el sobrinico huérfano.

—¿Cómo tropezabas tanto, hijo Ramonete?

—Es que me estaba durmiendo, señora tía.

—Bien dices, hijo; a mí también me rinde el sueño, que si tu divertimiento te cansó, yo estoy majada del trajinar de todo el día. Y mejor será acostarnos, que no conviene la cena tarde; y mira, hijo Ramonete, que mañana hay escuela y no todo ha de ser holgar y regalarse.

Y la señora tía se entró en su cámara.

El sobrinico huérfano sollozó.

—Pues cómo, hijo Ramonete, ¿ya te dormiste y te anda la pesadilla?

—No es durmiendo, señora tía, que estoy llorando, estoy llorando de verdad!

—¡Llorando, hijo Ramonete, llorando en la noche de la gran fiesta de Ntro. Señor!

—¡Corpus, Corpus, Corpus!... La fiesta fué de Damián y Javierico y Barberá, que yo...

—¡Ay, hijo Ramonete: rézale al buen Angel y mira no murmures, hijo, no sea que te castigue el Nuestro Señor!...

Ramonete no podía ya domirse. Tenía hambre y miedo. Y gimió:

—¡Señora tía! ¡Señora tía!

La señora tía roncaba...





PLATICA DE AMIGOS

N honorable varón de la judicatura y un brigadier, entrambos jubilados, y un funcionario de Hacienda y un rentista tacaño, reúnen grandes prendas para tener amistad hasta el acabamiento de su vida. Es maravilla no ver este grupo en toda la ciudad provinciana.

Reúnense por las tardes, y si es invierno también pasean al buen sol de la mañana.

Hablan muy despacio, desgranando las palabras. El señor magistrado dirá de Códigos; otro, de Aranceles, quien de algún enojo o demasía de la criada; el brigadier, de empresas hazañosas; todos, de intimidades y miserias de compañeros. Si pasa una mujer lozana y placentera, que les trae recuerdos de la mocedad, ríen tosien-

do, y luego han de pararse para desembarazar sus bronquios. Pero casi siempre hablan de escalafones, aunque ellos no esperen nada. Sus frases son desgastadas, sin propio latido. Por ejemplo: "son habas contadas", "en realidad de verdad", "aquello fué la bola de nieve", "mi general, querer es poder". Hablar sin peculiar lenguaje es carecer de íntima visión; el que dice, si no traza y aún plasma el pensamiento, ¿para qué habla entonces? Bueno; pero señores han vivido largamente sin el noble placer de la palabra, y yo creo baldía esta preocupación de que en sus años postreros hablen de otra manera, cuando con la suya, que es la de todos, han llegado a la magistratura, o a preeminencia en las armas, y a lo que es peor (quiero decir costoso), a tener caudales, y son padres y gobernadores de sus honradas casas. ¡Oh, pobrecita vida la de sus hijas doncellas, que saben menudamente de ascensos y traslados y de Bolsa!

* * *

Los viejos amigos llegan al Casino y se sientan, rodeando una mesa cuyo mármol permanece siempre **solitario** como un yermo nevado. Es que no piden nada; no beben más refrigerio que el agua. Los camareros se lo susurran y comentan malsinándolos.

Tienen también estos graves señores una costumbre, un rasgo inquietador, y es que acuden a casi todos los entierros de la ciudad y algunas veces quizás no conocieron al muerto. ¿No habrá en esta afición ascetismo o aburrimiento o involuntaria y recóndita alegría porque no son ellos los cerrados en la caja negra y larga?... Encorvados, rugosos, vestidos de negro, con calzar blando y mudo de paño, parecen huídos de otros féretros.

Una tarde, en el Casino, fingiéndome distraído, escuché su plática.

Al cabo de mucho silencio, el señor rentista, que llevaba chaleco abierto y descubría toda la durísima pechera como una blanca lápida con el breve y negro epitafio de la corbata, el rentista, digo, preguntó a sus camaradas:

—¿Recuerdan aquel perrito rubio, muy rizado, que yo tenía?

Los amigos se quedan pensando, pensando; descansan las flacas manos sobre los puños de hueso de sus bastones, y dicen que sí; pero no lo recuerdan.

Se enciende el alumbrado eléctrico. El rentista se quita los lentes y se limpia los irritados lagrimales. Los anteojos, puestos sobre la mesa, dejan en la blancura del mármol dos gotitas de intensa lumbre.

Los amigos, entretenidos en mirarlas, no atienden al cuento.

—Pues aquel perrito se me perdió.

Entonces los demás manifiestan grandísimo pesar y admiración.

—No; pero de esto hace ya muchos años.

—¡Ah, vamos!

Y vuelven a distraerse y aburrirse.

Seguramente estos buenos señores casi nunca se escuchan. Y el que habla lo sabe, y cuando otro le sucede él tampoco le oye.

El rentista prosigue.

—Ahora adivinen ustedes lo que me pasó recientemente.

Como no han de acertarlo, lo cuenta de este modo:

—Iba yo una tarde por la calle de...; no me acuerdo de su nombre... Es esa que... (Y aquí va desmenuzando el plano de la ciudad. Todos intervienen; surge tranquila contienda, y acaban por no saber el título de la calle). Pues pasaba yo por esa calle, y de pronto se me echa encima un perro muy menudo, ladrando y moviendo la cola de tan contento. Yo, la verdad, me asusté. Pero me fijo y... era mi perro perdido. Lo llamo... ¿Cómo se llamaba?... Bueno, es igual, lo cierto es que lo llamé; y ya me seguía, cuando se me acercó un hombre reclamándome el perro. Protesté, y el otro porfiaba tercamente que el animal era suyo... ¡Figúrense ustedes! Entonces imagi-

né una probanza segura y definitiva: la de que los dos llamásemos al animalito, desde sitio distinto, para ver a quien prefería. Y así lo hicimos...

—¡Claro, se marchó con el otro!—sentencia el magistrado.

—No, señor—dijo el rentista.

Y el general murmura:

—Yo creo que se iría con usted.

Era la solución que faltaba, y el ilustre soldado ha tenido un gran acierto. Yo no sé, pero este varón sale siempre triunfante de toda disputa.

—Ni más ni menos. Conmigo vino. Y mirándolo bien, vi que el perro estaba tiñoso, y le dije al buen hombre: "No se apure, y tómelo, que yo no lo quero..." Pues tuvo que atarlo. El animalito se quejaba, desollándose con la cuerda para acercarse a mí... Puedo asegurarles que lloraba, pidiéndome por amo... ¡Oh, cómo me miraba! Me dió grandísima pena...

Los amigos, riéndose, exclamaron:

—Mucha, mucha lástima; pero el perro se lo llevó el otro.

—¡Por supuesto!... ¿Y es que ustedes querrían en sus casas un perro tiñoso?

Todos dijeron que no.

Entonces yo me levanté y salí, mirándolos con odio y estremecido de compasión por el perrito rubio desdichado.

Después, hablando con quien sabe de

antaño las vidas de los del grupo aborrecido, me enteré de que todos tuvieron ternuras y sufrimientos románticos, y que aun guardan en sus almas rincones floridos: el magistrado ama los palomos y la música; el de Hacienda se alivia de la carga de la vejez contemplando el mar y los campos; el brigadier traza arbitrios y empresas que glorifiquen la patria: el avaro lo es pensando en un netezuelo...

¡Por qué nuestra enemiga hacia esas almas sin bizarrías ni grandezas, almas descoloridas, llevadas por los cauces de la vulgaridad! ¡Qué ansiedad es la nuestra por hallar siempre héroes y genios, si a la vida no le importa esa excelsitud de nosotros! Y, además, acaso tampoco pensemos en el muerto a cuyo entierro asistimos, ni fuéramos capaces de tener... un perro tiñoso...





LA DONCELLONA DE ORO



MACIZA, ancha y colorada se criaba la hija que participaba más del veduño o natural del padre que de la madre. Aquel era fuerte y encendido y aun agigantado. La riqueza a que le condujo el tráfico del azafrán y esparto lograba encubrir, para algunos, la basta hilaza de su condición, y llegó a ser muy valido y respetado en toda la ciudad, aunque tacaño. La mujer, venida de padres sencillos, era alta, delgada, de enfermiza color y pocas palabras, y éstas sin jugo, sin animación, sin alegría.

En lo espiritual tenía la hija esa bondad tranquila y blanda de las muchachas gordas; era inclinada a la llaneza, a piedad y sosiego.

Una mujer, amiga de la madre en el pasado humilde, vivía con ellos en calidad

de gobernadora de la casa; reunía la fidelidad de Euricles, la añosa ama de Ulises, el grave y autorizalo continente de la señora Ospedal, dueña muy respetada en el hogar del caballero Salcedo, y la curiosidad y malicia del ama que ministraba, con la sobrina, la mediana hacienda de don Alonso Quijano el Bueno.

La casa de esta familia lo fué antaño de algún titulado varón, porque en el dintel campeaba escudo; pero el comerciante le quitó toda ranciedad a la fábrica, haciendo pulir la piedra y revocar muros y hastiales y restaurarla internamente. Había en frente un paseo de plátanos viejos y palmeras apedreadas por los muchachos que allí iban por las tardes a holgar y pelearse. Mirábalos la hija del mercader, y quiso muchas veces mezclarse con las chicas que también aoudían, y jugaban al rudo y a casadas y a damas y sirvientes; pero los padres no se lo otorgaron, porque "no estaba bien que hiciera amistades tan ruines". Y no salía. Ya grandecita, hastiábale oir la seguida plática de dineros que siempre había en la casa; le sonaban las palabras como esportillas de monedas sacudidas, voloadas ruidosamente. No escuchaba sino el oomparar fortunas ajenas con la propia para menospreciarlas.

Trabajado su ánimo, se refugiaba la doncella en su balcón, y desde las vidrieras

contemplaba el paseo provinciano que tenía recogimiento de huerto monástico; allí la contienda de los pájaros en los árboles y el vocerío y bullicio de los chicos, se empañaban de tristeza.

¿Qué apetecía la hija estando gorda, fuerte, sana, rodeada de abundancia que se manifestaba en lo costoso de su ropas y hasta en la pesadez de los manjares que en aquella casa se guisaban?

No reunieron los padres amistades íntimas con quienes departir y acompañarse en tertulias hogareñas y divertimientos, y así salían y estababn siempre solos con el ama. Y cuando la hija decía y celebraba el contento, la distinción, la vida bella y placentera de otros, notaba en el padre o madre visaje de acritud y desprecio y la misma murmuración: "Todo es corteza o apariencia, Dios sabe la verdad de trampas y ayunos que encubrirán con sus remilgos esas gentes que dices!"

—Ni más ni menos—añadía el ama con mucha gravedad y reverencia.

La hija continuaba engordando y aburriéndose.

Una mañana apareció en el paseo, entre dos largas palmeras, cuyas támaras nunca doraba la madurez, porque los chicos las desgranaban en agraz, un hombre mozo y casi elegante. La aparición era firme, diaria. Mirándolo sintió la doncella es-

tremecérsele toda su naturaleza robusta. Supo la madre este coloquio de miradas; celó a la hija y entró a su aposento; helándole una sonrisa de promesa.

—¿Es que quieres tu perdición?

—¡Yo, la perdición!

—¿Pues no ves, hija, que lo que ese busca aquí sólo es dinero? No hay más que mirarle.

Estuvo la castigada contemplándole. Sí; era flaco y descolorido. Después el ama se enteró de su pobreza y vagancia. Y las palmeras quedaron solitarias.

Volvió la hija a la confianza de los suyos. Ya alcanzaba la plenitud de la mocedad y de la robustez. El padre estallaba de dicha; con no sé qué logrerías dobló su fortuna.

Y otro galán surgió en el terrero. El ama pesquisó con grandísima diligencia las prendas del nuevo. Y otra vez la madre entró a la estancia de la hija.

—Hija, otro más y cientos de esos han de venir al olor de tu dote.

—¿Pero todos han de acercarse tentados de lo mismo?

—¡Claro que todos, como no traigan también lo "suyo"!

Llorando acudía la doncella, ya treintañona, a su ama, y ésta, jesuseando, decíale para mitigarla: "Si tú admitieras que admitieras a uno de esos, Jesús, después

sí que vendrían las muchas lágrimas, y sin remedio... Razón que le sobra tiene tu madre".

Las tres salían por las tardes en su coche viejo y pesado.

Mirábanla las gentes murmurando: "Llegó a doncellona y... nada. Toda es avaricia y grasa y años".

Los amadores no se acercaron más.

Y cuando ellas retornaban de andar en coche, sin haber gustado el dulce pan de una palabra amiga, de un momento alegre, la madre solía decirle:

—¿No reparaste cómo te miraban hombres y mujeres?

—¡Mirarme! ¡Si ya me llaman la "doncellona de oro"!

—¡Doncellona, doncellona... y de oro! ¡Envidia es!

—¡Y cómo si la envidian!—exclamaba el padre—. Todo lo tiene: dinero, bien comer, bien vestir... y esa salud que es una hermosura!

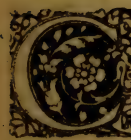
Quedábase la hija mirando con tristeza aquella su demasiada hermosura de salud.

Y desde un rincón, el ama, que tejía calza o repasaba cuentas, murmuraba:

—¡Gloria a nuestro Señor que tanto nos quiere!



LAS AGUILAS



UANDO las cumbres se encendían de sol grande y nuevo, y los sembrados de la llanura y las tierras arboladas, los hondones y el río, aún quedaban en el misterio de un remanso de noche, pasaban entre las sierras dos águilas, y se perdían excelsas, penetrando en el cielo, declinante en bóveda sobre otros paisajes.

Si era mañana recatada y blanca de nieblas, las nieblas, dóciles a los costados de los montes, recogidas en la fronda, tendidas castamente al amor del río, y viajeras encima de la anchura de todo el valle, las águilas hendían el blanco humo, y envueltas en girones de gasas parecían muy negras, más solitarias, bravas, augustas como la de los Alpes, que viera Oberman conmovido de grandeza.

Y por las tardes, cuando las cumbres recibían la morada doración de sol grande y rendido y se iban apagando las laderas y el azul se desnudaba de color fundiéndose en palidez de cansancio, tornaban lentas las nobles aves.

Algunos días las águilas resbalaban muy altas en el lago de cielo del valle sin estremecer sus alas, trazando ondas y ruedos de vuelo, voluptuosidad de la mirada.

...Y los senderos abiertos en la serranía y en los cultivos, los buenos senderos que no nos parecen en quietud sino que se deslicen por lo liviano y lo fragoso como tranquilos manantiales; y los barrancos hoscos y húmedos o pedregosos y sedientos; y los gruesos verdores de los pinares; y los gentiles chopos asomados al río; y los tiernos campos regadizos y los añosos olivares que suben las laderas; y los casales esparcidos en la soledad, todo el valle, hondura, eminencias y cielo, todo estaba como ennoblecido, espiritualizado y sellado de la adustez y grandeza melancólica de las dos aves, que habían elegido la desgarradura de un peñasco para mansión suprema de su amor...

* * *

...Y llegó al valle de las águilas un hombre prendado del silencio, de la fuerza y de la paz de las montañas.

Habitó una casería resplandeciente de blancura, y desde la quieud horaciana de su huerta, fragante de manzanos, y en sus paseos por veredas y campos lindados de acequias cantoras, se entretuvo mirando la marcha serena de las águilas que le dejaba como una estela melancólica de deseos.

Amó su vuelo prócer y dichoso; celó la salida y el retorno de las moradoras del abrupto yermo y su alma viajó sobre sus fuertes alas.

De las águilas habló a los campesinos y le dijeron que ya sus abuelos conocieron siempre dos águilas en el valle.

"¡Oh, si él pudiera contemplarlas muy cerca; sentir todo el poderío y altivez de los ojos que se incendian de sol; tocar, abrazarse a sus cuerpos ardientes; respirar el viento de sus alas ungidas de inmensidad, de silencio, de espacio! ¡Si él pudiera tenerlas!"

Logró saber el nidal de las solitarias y quiso pisarlo.

Subió graderías de bancales paniegos; entróse por breñales en cuyas hiendas se torcían allozos; se arrastró por desnudeces de peñascos enemigos; se laceraron sus pies y le sangraron las manos; en el magno silencio retumbaba su vida y se agarró desalentado, rendido al liso y arrogante peñón del nidal... ¡No podía!

Sonó sobre su frente estruendo de alas, y las águilas se remontaron y ahondadas en el cielo giraban dulcemente avizorando al hombre, que descendió entristecido al valle...

...Ya no tuvo el regalo de quietud y esparcimiento el espíritu de aquel soñador. Aborrecía, amaba y envidiaba a las águilas. Las quería suyas. Es que sólo en la posesión se alcanza el cabal conocimiento de lo deseado.

Lo dijo al campesino de su casería, hombre descarnado, recio, que al sonreír enseñaba una dentadura blanca que parecía cuajada en un solo hueso muy frío:

—¿Qué quiere las águilas, dice?

—Las quiero, pero las quiero ahora.

—¡Ahora! ¡Si ahora están perdidas por otros campos!

—Las esperaremos — repuso enardecido el joven.

—Pues subamos cuando estén; aún de noche, nos apostaremos y al venir el día las acabamos.

—¿Muertas hemos de cogerlas?

—Muertas; mire que pueden con perros y corderos, que son grandes, grandes. Pasaran cerca del señor y oiría temblar y aplastarse el aire como en tormenta!

Hubiera preferido el soñador aprehen-

derlas vivas, pero no disponían de lazos ni armadijos para lograrlo.

Vriólas llegar doradas al sol de la tarde. Estuvieron deslizándose en el crepúsculo.

Mirábalas el joven atormentado de ansiedad y remordimiento.

—¿Las tendremos? — exclamó cuando se posaron y desaparecieron.

—Muertas, sí.

—¡Pues... muertas!

* * *

Aún de noche, salieron; él no quiso armas; el campesino traía un fusil viejo, feroz, enorme, de semejanza de arcabuz. Sabía las trochas, los repliegues y docilidades de la serranía. Y ahorró cansancio y sufrimiento al soñador, que trepaba sin cuidados de riesgos ni caídas, ávido de la llegada.

Caminaba en el cielo la dulce llama de Venus. Y comenzó a mostrarse la palidez del alba.

Subían los hombres asiéndose a las rocas resbalando por las recias vegetaciones parásitas de las lisuras. Y de pronto, el rústico oprimió los hombros del caballero para que se abatiera, porque estaban junto al peñón del nidal.

Postróse el joven; sentía en lo profundo de su vida la intranquilidad que produ-

ce el penetrar en el claustro de un codiciado secreto.

Se fijó en su guía, que caminaba bestialmente usando de las manos, impidiéndose el aliento, plegándose para accecharlo todo.

¿Tendría él la misma apariencia en su crueldad?

Los dos hombres se contemplaron, porque habían sentido en su corazón relámpago de vergüenza y arrepentimiento. Oían como el rumor de las vidas perseguidas, descuidadas en su nobleza.

Pero otra vez los hombres fueron señoreados por la violencia. Y sonó un estampido perpetuado por todas las montañas

Entonces pasó junto al joven una bramante ola de aire estremecido, y una de las águilas hundióse en el valle; luego se alzó, y pareció fijarse en el azul: su grito se derramaba en las inmensidades.

—¡Ha caído una, la hembra! — aullaba el campesino.

El joven percibió una convulsión ruidosa de huesos, de plumas, de pico, de garras...

* * *

Sentado en el portal, como un suplicante, miraba el soñador a sus pies el águila desangrada, muerta.

La pobre ave tenía el cuello roto, las alas dobladas, las patas rígidas... ¿Dónde la realeza y el poderío del águila, si el joven la hallaba mísera, inferior, repugnante como ave de cercado degollada?

En el centro del valle se cernía el águila solitaria. Dos veces descendió al peñón de su querencia y oyóse un grito de infortunio.

Y en el esplendor de la tarde el águila se elevó inmensamente y se internó para siempre en otros paisajes.

Y el valle quedó mutilado, vulgarizado, sin misterio.

Fué en una mañana otoñal cuando el soñador alejóse hacia la ciudad.

Sentía la amargura del silencio de su alma, su alma como un valle sin magnificencia de águilas vivas, fuertes y gloriosas.

¡Vuelen siempre sobre las cumbres de nuestra alma águilas ideales que tengan sol de esperanza y nieblas de misterio purísimo!

Ideales de amor, de arte, de toda la vida, estén siempre excelsos y esfumados, besándolos nuestros ojos en contemplación y ansia de nobleza.

Codiciarlos groseramente, acercarlos, es verlos empequeñecidos, probar el ajenjo del hastío, o hundirse en desventura eterna, viéndolos alejarse y perderse.

Sean más grandes que nosotros.

...En la posesión se consigue todo el conocimiento de lo amado... pero el valle se queda sin águilas...!

❦

EL SEÑOR AUGUSTO

RA un lugar humilde, de casas de labranza; los campos, de llanura de rubias rastrojeras, viñal pedregoso y ralos alcaceres. Todos los horizontes estaban cerrados por un círculo de sierras fragorosas y peladas, sin umbrías ni pastura para los ganados que habían de trashumar.

Era un pueblo de quietud y silencio. Los lugareños salían por la mañana a sus pejugales; y la vieja espadaña de su iglesia, cuyos bancos huelen a pobreza y sudor de cráneos de labriegos que dormitan, y las ventanas y puertas de las casas les miraban, desde lejos, frías, contristadas; y la mirada de las piedras llegaba hasta un pueblo blanco, risueño, ceñido de huertos de mucho verdor y abundancia.

Y al lugar humilde vino un hombre,

que traía amplio sombrero, pantalón de pana crujidora, chaqueta recia y tralla pasada por los hombros. Era del mediodía de Francia, y hablaba un castellano tan gangoso y roto como si padeciese un mal de garganta; pero su salud era hasta insolente; grande, encendido, rebultado, de poderosas espaldas cargadas de... fuerza y grosura, un verdadero cíclope al lado de estos aldeanos españoles, enjutos, cetrinos, hundidos de ojos, de pecho y de vientre, callados, temerosos, y con un rebaño de criaturas harapientas, que se quedaban contemplando al extranjero y aun le seguían haciéndole visajes de burla. Pero el francés lo resistía todo con mucho comedimiento. Las madres, y los viejos y las gentes trashogueras viendo aquel hombre tan enorme, que aplastaba, al pisar, los cantos de las callejas, volverse si oía alguna chanza de los rapaces y preguntarles el sentido de la grosería, y, luego de meditarlo, pasar a celebrarla y reirla sosegadamente, se sintieron arrepentidos e impusieron respeto para el recién llegado.

Si los sábados surgía en el hostal alguna contienda entre labriegos, arrieros y trajinantes, que se juntaban para sus tratos y holganzas, el señor Augusto—que así se nombraba el francés—, salía de los pesebres, donde se estaba frecuentemente mirando las bestias, y hacía paz; y luego

bebían todos un azumbre de vino, áspero, rojo y denso como la sangre. Los ojillos, de vidrios azules, del señor Augusto, se humedecían y fulguraban. Y el resultado era siempre algún cambio o venta de mulas, que el forastero desembarcaba en la ciudad cercana.

El señor Augusto también gustaba y entendía del campo. Y muchos lugareños le llevaron a sus tierrecicas, y recibieron enseñanza para su remedio. Decíales el señor Augusto que necesitaban estiércol, una hila quincenal de agua, que podría derivarse del alumbramiento artesiano que él había hecho cercanamente; y otra bestia para la labranza que aventajase al asno tristón y flaco, lleno de mataduras y moscas; y arrancar el viñedo y sustituirlo por almendros, pues el terreno mejor llevaría allozas que uvas.

—"¡Señor Augusto, señor Augusto, lo que habemos de menester nosotros son dineros!"

—¡Mon Dieu, dinegos!—Y el señor Augusto mostraba pesadumbre, pasmo y enojo de la poquedad de aquellos ánimos—. "¡Dinegos! ¡Et bien!"—No era él rico, pero tompoco precisaba serlo; él, lo dejaría.

Los campesinos se rascaban las trasquiladas cabezas; cruzaban los brazos; miraban a la tierra, miraban al cielo; se des-

cansaban ya en un pie, ya en el otro, y sonreían con desconfianza. Mas, pronto quedaban maravillados, porque recibían los árboles, los costales de guano y la mula. El señor Augusto golpeaba con mucho halago las flacas espaldas de los labriegos, y las ancas y la panza de la bestia haciéndola andar y ladearse y probar su fortaleza y casi su gallardía. Y el señor Augusto no se quedaba con intereses de los dineros dejados; ni los pedía. No.

Mas, tarde, lo que hacía era quedarse con la finca mejorada, con la bestia ya domada y avezada a la mansa faena campesina y hasta con el hombre, que había de trabajar en servidumbre la tierra que antes fuera suya.

Y los campos se hicieron ricos y frondosos. Y el señor Augusto se adueñó de todos los ánimos del lugar y de casi todas sus casas y haciendas, y tenía espuertas llenas de monedas y billetes mugrientos.

En el hostal, en los portales, al retorno de la faena, se murmuraba menudamente de la grande ventura del francés; pero los malos pensamientos de los aldeanos quedaban reprimidos por la sonrisilla torcida y socarrona del señor Augusto y algunas palmaditas de protección en sus espaldas. Y las gentes se resignaban y lo respetaron.

¡El señor Augusto, tendero, agricultor, fabricante, artista, el señor Augusto puede hallarse en todos los lugares españoles!

* * *

Una mañana de abril, grande, diáfana, tibia, de júbilo de sol y azul, olorosa a sembrados húmedos, quitó el señor Augusto el tendal de lona del cabriolé, enganchó su gordo caballo, y salió del lugar.

Miraba el señor Augusto los verdes bancales, los árboles que ya rebrotaban muy viciosos, la serranía del confín que se perfilaba clara y dulcemente, y todo amparado por un cielo de tanta pureza y alegría, que redundaba felicidad en las almas y daba como la sensación y la esperanza de una vida eterna y gozosa.

El señor Augusto tenía hartura y cabriolé nuevecito y vistoso; hacía sol y sus tierras prometían abundancia; y el señor Augusto sentía que su corcel rezumaba salud y contentamiento; y musitaba en patois, una canción picaresca, y participaba del regocijo de la mañana pensando en el préstamo vencido a un labriego del cercano pueblo, cuya plaza halló muy bulliciosa, pues era día de mercado.

Bajo de los anchos nogales colgaban dos cerdos recién desollados; voceaban los buhoneros; un juglar de hogaño, flaco, mi-

serable, decía adivinanzas y donaires; un mendigo oracionero cantaba los milagros de las benditas ánimas; los chicos de la escuela gritaban, en coro, los mandamientos de la Santa Madre Iglesia; la campana de la parroquia tañía a misa; dos palomos blancos picaban, saltando, entre los cuévanos de hortalizas; y los caños de la fuente caían estruendosos, llenos de resplandores.

Dejado el cochecico en la posada, el señor Augusto atravesó la plaza, recibiendo la salutación de todos, que también aquí se le conocía por su mucha riqueza; y pronto llegó a la casa de su deudor. Tenía una entrada honda y ruda, y el dueño, hombre huesudo, moreno y calvo estaba pesando un quintal de patatas, rodeado de campesinos. En el umbral, lleno de sol, dormitaba un viejo mastín, consintiendo por pereza y mansedumbre que un muchacho le soplase en las arrugas de los ojos, y le abriese y le mirase las quijadas.

Se sentó el señor Augusto encima de un arca esperando que acabasen de pesar y entenderse; y mientras todo lo huroneaban sus ojitos de vidrio azul, empezó a percibir una tosecica y un llorar de niña enferma, y palabras de mujer entristecida que, de rato en rato, pasaba, templando una taza humeante.

El lugareño dejaba frecuentemente su

negocio, y también se entraba y se le oía hablar conmovido y ansioso...

Llegaron dos hombres mal avenidos por no se qué cuenta de ganados a que aquél se la esclareciese, y como no estaba, el señor Augusto se les ofreció: aceptaron ellos; el francés sentenció prudentemente el pleito; y al recibir las gracias notó una buena alegría en el corazón que no era semejante a la sentida allá, en el pueblo de sus empresas. Después, vinieron otros que, descubriéndose, sometían a su censura sus compras y contiendas; y también les satisfizo, gustando un desconocido sosiego. Y cuando el lugareño quiso pasarlo a un retirado aposento donde tratar del préstamo, el señor Augusto le pidió que antes le dijese si padecía alguna desgracia, pues de ella sospechaba por su tristeza y ver cuidados como de enfermo. Entonces, respondió el otro que tenía una hija con mal de pecho; y el francés mostró, sin advertirlo él mismo, tan grande solicitud, que el padre le llevó a la alcoba.

La niña enferma era rubia como el ámbar y se quejaba como un corderito. No quería que le pusieran el unto y los algodones calientes que dispuso una curandera aldeana; y el señor Augusto, sonriendo enternecidamente, dijo que él había de ponérselos de modo que no le doliese ni quemasen.

Conmoviéronse los padres; y la pequeña, de tan asombrada, consintió. Y el señor Augusto la curó con toda la suavidad posible de sus enormes manos.

Otra vez quiso el padre que hablasen y acabasen lo del préstamo. Y el forastero replicó que después, porque había de salir. Marchóse; y a poco vino trayendo la más alta y lujosa muñeca que halló en las cajas de los buhoneros. La enfermita le besó ciñéndole el craso cuello con sus bracitos que al francés le parecieron blancos y trémulos como las alas de un pichon. Los padres le llenaban de bendiciones, exclamando:—"¡Qué será que desde que usted pisó nuestros portales ha entrado por los mismos la felicidad de esta casa, la salud de la nena y la gracia del Señor! ¡Pues todos, en el pueblo, no se cansan de alabar su hidalguía!"

El señor Augusto, sintió en lo más hondo de su vida esa dulzura que tienen los que lloran de contento. Húmedos estaban sus ojos, pero aún no lloraban. ¿Es que empezaba a llorarle el alma? ¡Y todo el bien hecho no le costaba sino los seis reales de la muñeca y los plazos que otorgó al necesitado!

Al despedirse se abrazaron como hermanos; la mujer le dió un cesto de olorosas manzanas de cuelga, y hasta el viejo

mastín humedeció con su lengua, ancha y caliente, los recios zapatos del extranjero...

* * *

Declinaba la tarde cuando el francés volvía a su lugar. La fragancia de las manzanas, puestas en el fondo del cochecito, le traía pensamientos de gratitud y sencillez, abríase su alma a la generosidad, y hasta su frente, gorda y rojiza, semejaba ennoblecida, espiritualizada, reflejando la santa palidez del cielo

Y el señor Augusto, que de la virtud sólo había probado sus buenos dejos sin haber subido a lo áspero y difícil del sacrificio, decíase muy confiadamente que el hacer el Bien era dulce y sencillo, y que había de amar a todos los hombres. Y para verificar o cerciorarse de la fineza de sus generosos propósitos recordaba a sus deudores más rehacios, y también les sonreía su corazón...

En fin, el señor Augusto habíase trocade de socarrón y avaro en manso sin hipocresía y magnánimo por goce y convencimiento.

Y arribó a su casa. Había gentes rodeándola, que miraron al señor Augusto aparentando compasión, pero sus labios murmuraban y hacían una risica torcida y pérfida. El señor Augusto se estremeció

de angustia, porque aquellas miradas y risas eran como las suyas... de antes. Entró. Y de súbito dió un grito de locura. ¡Le habían robado todas sus espuertas de dinero y documentos de crédito! Volvióse y sorprendió el regocijo de sus deudores y los odió...

Y el señor Augusto persiguió ferozmente a los menesterosos, mientras en el hogar de la niña enferma bendecían su nombre, y las manzanas, olvidadas en la cuadra, dieron su fragancia de generosidad hasta pudrirse.

Y es que parece que los hombres no coincidimos en el Bien; y quizás por esto, habrá siempre un señor Augusto en todos los lugares de la tierra.



DOS LAGRIMAS

RA un dulce varón alto y anciano, de noble frente, ojos habladores de tristezas y manos blancas de lenta y suavísima acción.

Vivía con su hija y con los nietos.

El pueblo era humilde; sus casas bajas y morenas; la iglesia decrépita y remendada; el señor párroco calzaba alpargatas y vestía sotana lustrosa sin mangas y las de la americana tenían la urdimbre muy recia.

El anciano salía a los campos en las tibias y quietas tardes del invierno levantino. Los campos eran oliveros, anchos y sobre las buenas tierras pasaba un cielo limpio y alegre que lejos parecía descender con dulzura purificadora.

Y en el villaje silencioso que tenía ambiente de agua y hierbas de acequías, de

frutas y mazorcas colgadas en los desvanes, de pesebres cálidos y mullidos, se alzaba ufana una casa de arquitectura flamante, plagio de edificio de ciudad. En la rotonda había labrado un apellido plebeyo lugareño y después leíase la palabra: "Banquero".

Cruzaba el pueblo el noble anciano. Sus manos amparaban las manitas de los nietos. Nieto y nieta; mayor la niña que el muchacho.

Y al pasar junto a la altiva mansión mirábala el abuelo y su cabeza se movía suavemente como la cima oreada de un árbol viejo y tenían sus labios sonrisa de pensamiento compasivo. "¡A qué esa orgullosa interrupción de la humildad del pueblecito! ¡A mí me da lástima el señor banquero!"

Contemplábanle los niños ganosos de seguir caminando.

—¿Dónde querían ir los nietos?

Ya en el paisaje, los nietos quitaban de los terrones de bancal caracoles vacíos, fosilizados, o comían, a hurto del abuelo, granos lechosos de espigas verdes, o soplaban en tiernas flautas hechas de frágil cogollo de cañas de los vallados... Y si el abuelo se espaciaba mirando un sabio tejido de hebras de araña que al sol vislumbraban, o las travesuras y codicias de las procesionales hormigas, sirviéndole

estos sagaces animalios para repaso de gratas páginas del "Símbolo de la Fe", los nietos se impacientaban y asían las nobles y grandes manos protectoras y le instaban a retornar al pueblo.

"¿Dónde querían ir los niños?... ¡A ninguna parte, Señor! Las criaturas querían ir, seguir, sin cristalización de motivo ni deseo; ir, seguir como las aguas corrientes, pasando vida, sorbiendo vida y dejando su frescura..."

Por eso este abuelo de dulce y serena alma, que gozaba la tranquilidad de que nos habla Marco Aurelio en los "Soliloquios" y una proceidad de entendimiento como si la visión la diera desde una callada cumbre, se dijo que su vigilancia y la lentitud de su paso y lo entretenido de sus pensamientos y miradas, eran demasiada disciplina para la borbotante sangre de los netezuelos. Y lo habló a la hija: "Bien que alguna tarde saliera con los chicos; pero no todas; renunciaría al grupito patriarcal".

Ya por las tardes, la madre lavaba y vestía a los hijos; besaban éstos la noble mano anciana y decía la madre a la niña: "Anda, Luisa, acompaña a tu hermanito".

Enfermó el abuelo. Mucho tiempo padeció dolores de vejez. Sanó, y el brazo de la hija le dió dulce sostén en sus lentos paseos por los campos tendidos y oli-

veros. Estaba solitario el paisaje; entre los árboles generosos que expresan la paz, por las doradas almantas, llegaba la canción de un yuntero. Y lejos descendía el palio de los cielos.

"¿Para quién, Señor, la santidad de la tarde, que hace pensar dulcemente en la muerte como un enlace de la vida, si no hay nadie? Y el anciano poblaba los senderos y los sembrados de nietos vivos, de sus padres, de su compañera, y de los hermanos muertos, y todos olían a trigos verdes, a tierra labrada, que daba humedad de sus entrañas y de raíces trozadas y descubiertas por la reja, y las frentes y las mejillas tenían claridad de oro de sol y de azul de los cielos tranquilos, y todos participaban de la serenidad del alma del abuelo y de los campos.

Y a la siguiente tarde, la madre lavaba y mudaba a los hijos y decía: "Anda, Luisa, acompaña a tu hermanito".

Entonces el nieto hacía júbilo ruidoso, y en la mirada y en la frente de la nieta asomaba ternura y seriedad de mujer madre.

Luego salía el anciano con la hija.

...Y sucedió que una tarde, aquella lavó y vistió sólo al muchacho, porque Luisa se arreglaba en su aposento. Después, apareció domando con su manita pálida una adorable rebeldía de su tocado.

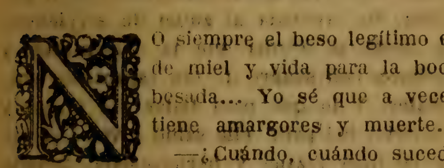
La madre dijo: "Anda, Enrique; Luisa quiere salir; acompaña a tu hermana".

Besaron seriecitos los nietos al anciano. En la mirada y en la frente de la virgen asomaba aún la niña, y los dedos de un hada triste tañeron la cuerda más tierna del alma del abuelo, que perdió la serenidad, de que nos habla Marco Aurelio, y vertió dos lágrimas muy grandes.





EL BESO DEL ESPOSO



NO siempre el beso legítimo es de miel y vida para la boca besada... Yo sé que a veces tiene amargores y muerte...

—¿Cuándo, cuándo sucede esa desventura tan grande por un beso?—prorrumpieron, entristeciéndose, las gentiles doncellas que vinieran aquella tarde otoñal a la apartada Villa de tía Isabel.

Y la hermosa señora de opulentos cabellos de plata y continente de reina, les dijo con donaire y melancolía...

—¿Y si las avecitas de este parque lo oyeran, y luego me acusaran a vuestros padres, cuya rancia severidad es enemiga de estas pláticas y aun de que vengáis a mi retiro?

—Cuente, tía Isabel, que sus palabras nunca son pecado; y hemos de darle nuestra compañía muchas tardes.

Esto lo pronunció la más joven de las sobrinas, que llevaba como una túnica blanca; su carne parecía de un ámbar purísimo.

Y todas descansaron en el vetusto banco de cedra.

Dejaron en medio a tía Isabel que habló de esta manera:

"De libros muy antigros sacaron la substancia de una conseja muy linda. Erase una mujer que desde niña, casi recién nacida, fué avezada al zumo de serpientes, y hasta se afirma que la alimentaron y criaron con sangre de tan espantosos animales. Y lo que para todos era tósigo y muerte, fué para ella salud y vida. Creció y se hizo lozana y hermosísima, aunque en sus ojos no sé qué brillaba de siniestro y bravío.

Un mancebo gallardo y audaz prendóse de esta mujer, y ella también le quiso locamente. Y se casaron. Sus bodas tuvieron todo el fausto y regocijo de su jerarquía, porque eran los dos príncipes muy poderosos en la India, y gozaban dulce rendimiento de sus súbditos. Llegada la noche, se recogieron los desposados en su cámara, resplandeciente de pedrería, y aromada, no con junciras, como hacían nuestras dueñas y madres, sino con braserillos donde se quemaban las gomas y perfumes más deleitosos de Oriente. Y suce-

dió que al otorgarse lo que pide amor, besáronse; pero ella, impulsada de la fiereza que le dejó en la sangre el licor de serpientes, mordió en los labios del mancebo. Y el esposo se llagó de ponzoña y murió hinchado maldiciendo a la amada y retorciéndose como los reptiles.

Y el cuento es acabado,
sea Dios siempre loado...

¿Quedásteis adolecidas del mancebo? Quizás la conseja no es sólo de entretenimiento, sino también de enseñanza que aún no podéis descubrir. Habéis oído la historia del **beso de la esposa,** os guardo, para otra tarde, el **beso del esposo**...

Ellas se le acercaron, y haciéndole mil caricias le pidieron que lo contara entonces.

Tía Isabel sonrió en silencio.

Delante del banco había una fuente musgosa; brotaba el agua del roto cuello de un cisne de piedra, y al verterse sonaba un coloquio cristalino de gotas. Las tórtolas quejumbraban en el cedro, que, bañado de sol poniente, era como un inmenso candelabro de oro...

La noble dama, la solitaria de aquellos jardines, rechazada de los graves y rigorosos hermanos por peregrinas locuras de amor, contempló a las doncellas y dijo:

"En una ciudad, no muy lejos de aquí, vivía un matrimonio de ilustre casa y

grandísimo celo religioso. Dos hijos varones estudiaban en Colegio de Padres de la Compañía; y de él salieron para ingresar en Academias militares. Nació, también, una hija, que la crió la madre en recogimiento monjil.

Ya mayorcita, la niña no pisaba la calle sin la custodia de sus padres. Los cuales siempre estaban con semblante de pesar, que siendo en ellos de naturaleza, lo aumentaba, entonces, el andar escasos de renta. No tenían otro pasatiempo ni extraordinario que sentar, los jueves, a su mesa a un caballero célibe y noble, de los mismos años y costumbres del padre, del cual era antiguo amigo y casi pariente. Además era muy letrado y cristiano, y en aquella casa se le consultaba y oía como un libro precioso.

La hija fué mujer, pero de una hermosura y gracia que embriagaban los corazones, como los vinos rancios y los aromas fuertes. Y esta belleza avivó de recelos y cuidados el ánimo piadoso de la madre. Lo que más le inquietaba, era pensar en el casamiento de la doncella; así lo confesó al sabio amigo, acabada la comida de un jueves; añadiendo lastimeramente: "¿No hay muchos ejemplos de mujeres hermosas que fueron desdichadas?" "Los hay" —afirmó el amigo—"¡mujeres desdichadas que llevaron la perdición al hombre!" Y

nombró desde la antojadiza Helena hasta algunas damas de Madrid y del extranjero muy principales, divertidas y andariegas, y a todas les dedicó palabras de las Sagradas Escrituras: "la mujer, más amarga que la muerte; lazo de cazadores; red su corazón; prisiones sus manos". Que de todo entendía y sabía aquel doctísimo varón. A la pobrecita Eva y a la taimada sierpe, las citaba mucho. Y, por las noches, la madre padecía sueños horrendos de mujeres, mitad humanas, mitad serpientes, cuyas cebezas hermosísimas se parecían a la de su hija... Y pasó el tiempo sin que se alterase aquel hogar monástico. Pero un jueves el comensal les comunicó sus propósitos de alejarse para reponer su fortuna, también quebrantada. Le conferían cargo de autoridad y ganancia en Nueva España y quizás consintiera. Y aceptó y un domingo de Pascua florida lo fué de sufrimiento y lágrimas para sus amigos.

...Vinieron cartas del ausente llenas de amor para la familia amiga y de quejas del frío de su soledad y de narraciones muy elegantes y emocionadoras de aquellas tierras remotas. Todo lo leía la hija, y aspiraba conmovidamente el intenso perfume de lo nuevo y lejano.

Llegó también una fotografía donde estaba él entre árboles centenarios y rodeado de indígenas de ferocísimo gesto y ne-

gra desnudez. La figura del europeo aparecía gallarda, pálida; su barba patricia, ya canosa, y su avanzada frente, recibían toda la claridad que penetraba por la floresta; aquel hombre resaltaba como un símbolo del heroísmo y nobleza de una raza. "¡Yo lo encuentro hasta bizarro y hermoso!"—exclamó entusiasmado el amigo—.Y para la hija, que entonces compendiaba a los hombres en el grupo fotográfico, fué el de Nueva España el más galán de todos los nacidos. Algo le escribió el padre de la amorosísima impresión que sintiera la joven al mirar el retrato. Y la siguiente carta dió sorpresa y gusto al matrimonio, porque en ella el expatriado confesaba un secreto que mantuvo siempre en su alma, el del amor a la hija; decía luego su tristeza por la distancia que les separaba y por la otra distancia aún más amarga de sus edades. Cinco años llevaba cautivo de su pingüe empleo, y otros cinco le quedaban de residencia en tran extraño confín. Había cumplido los cincuenta; de modo que al retorno se hallaría en los umbrales de la vejez. "¡Había de hacer dolorosa renuncia del único y más sagrado precio de su vida!" La madre, alborazada con la idea de tan conveniente y tranquilo refugio para la hija, le habló, le rogó y pudo persuadirla a casamiento. Ya las cartas vinieron para ésta;

y era tan arrebatado y lozano lo escrito, que la novia sentía castísimos anhelos de caricias de aquel hombre, y llegó a fingírselo fuerte y gallardo.

—¡Ay, tía Isabel! ¿Y lo era de verdad? —interrumpieron las gentiles sobrinas de la narradora.

Tía Isabel sonrió con suave malicia, y dijo.

"¡Acallad vuestras ansias, que todo lo sabréis! Los novios de mi cuento se desposaron en la separación, por poderes. Helada y triste le pareció la ceremonia a la doncella; pero así fué preciso, porque al de Nueva España le angustiaba la espera de su regreso, y a los padres de la novia horrorizábales sólo el pensamiento de que su hija emprendiese el largo viaje. La primera carta que recibió la esposa del esposo le abrasó el pecho como si el corazón se hubiera vuelto en temblorosa llama, encendió sus mejillas y estremeció dichosamente todas sus entrañas. Acababa con estas promesas: "Iré muy rico; y he de decirte como Salomón: nuestro lecho será de sándalo y florido, y en él tus besos, más sabrosos y dulces que el vino y la miel!" Y la esposa besó estas palabras, y aquella noche lloró en su lecho de virgen. . . . . .

¿Lloráis también vosotras? . . .

—¡Ay, tiíta mía—gimió la doncella do-

rada como el ámbar—, es que imagino que me sucede a mí, y se me aprieta el corazón!... ¡Hablaba aquel hombre con un fuego!... ¿y tenía de veras tantos años?

"Tres llevaba de casada—prosiguió la señora—y pasaba la hermosa mujer los días contando los de los dos años siguientes como si fueran los azabaches de su rosario. ¡Cuántas veces!... Y una tarde de septiembre, tarde de oro como ésta, la madre penetró gozosamente en la estancia de la esposa casi pidiéndole albricias como se usaba en lo antiguo... La hija se levantó palideciendo y trémula: ¿Sería **él**?... No; no era **él**, sino un enviado suyo, un compatriota que regresaba y le traía dones y obsequios preciosos. Entró el mensajero. Viéndolo, sintió ella los dulces rubores de la esposa al conocer el tálamo. "¡Por qué, Dios mío, si era otro, **otro**!" Joven, blanco, rubio, el llegado parecía un príncipe de conseja, que viniese á librarla del penoso encantamiento de su doncellez... Hablábale del ausente, y a ella le parecía que decía de sí mismo. Prometía que el marido vendría antes de dos años; y la virgen se preguntaba en voluptuoso deliquio: "¡Alma mía! ¿No vino ya el amado?" Mientras estuvo este hombre en la ciudad, ella cuidó de su atavío, tuvo alegría y bendijo la vida... Pero el **Príncipe** partió, y entonces apuró la esposa el vaso

de hiel del adiós a la felicidad, deshecho como una niebla. Ya sola, ya triste, se preguntó si había pecado si cometió adulterio en su corazón. ¡Casada y amante sin saber aún del amor legítimo ni del prohibido! Y lloraba más de tristeza que de arrepentimiento. Pero como, según dijo un filósofo que yo he leído, "nada se adhiere al corazón que haga siempre llorar o siempre amar", fué la esposa mitigándose de su lacería y luego pasó al goce por el anuncio del pronto arribo del marido. Faltaba un mes. Y ella y sus padres fueron a un puerto de Andalucía para recibirle... Extenuada de ansiedad, pisó el muelle la desventurada mujer. Todos los encendidos requiebros de las cartas acudían entonces a su alma. "¡Oh, nuestro lecho será de sándalo y florido; y allí, tus besos más sabrosos y dulces que el vino y que la miel!" Y ella gustaba sus mismos labios y desfallecía anticipándose fingidamente la dicha.

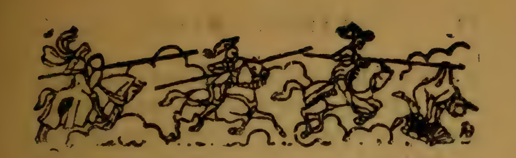
Entró en las serenas aguas del puerto el negro vapor, despacio, rendido... ¡no encontraban al deseado los ojos de la amada! ¡Venían tantas gentes! Muchas manos agitaron pañuelos. **"¿Y él?" El** llegó.

La esposa, pálida, angustiándose, muriéndose, recibió en su frente un beso breve, enjuto entre blancura de barba patriarcal de un anciano flaco, doblado, que balbució: "¡Oh, mi Isabel!"

—¡Isabel, Isabel—exclamaron las doncellas rodeando a la señora.

...Tía Isabel sonrió llorando.





EL SEÑOR MAESTRO



STABA abierto el portal de la escuela porque ya era verano ¡Pronto llegarían los gozosos meses de la vacación! Los chicos miraban desde sus bancos la tarde luminosa y callada de los campos dorados y maduros y el cielo descendiendo seranamente en la llanura.

La escuela había sido labrada dentro de los muros del viejo adarve, en lo postrero y alto de la aldea. Algunas cabras de los ganados que salían a pacer en la vera, se asomaban roznando las matas, mordidas de las ruderas y grietas; los leñadores, que venían de lo abrupto, doblados por los costales verdes y olorosos, dejaban en el recinto fragancia y sensación de la tarde, de la altura alumbrada, libre, inmensa; la entrada de un diablillo-murciélago, el profundo zumbido de una abeja, dos

mariposas blancas que volaban rasando el mapa de España y Portugal divertía ruidosamente a todos. Y el señor maestro no se enojaba.

* * *

Ya era pasada la hora de que los muchachos saliesen, y el viejo maestro no lo permitía hablando, hablando; pero ellos no le hacían caso, y a hurto suyo se desafiaban y concertaban las pedreas en el eriazo del Calvario o se decían en cual gárgola de la iglesia anidaba un cernícalo.

Y el señor maestro repetía su amonestación diaria, siembra de piedad. "¿Por qué habéis de coger nidos? Yo digo que si lo hiciérais por llevar a los pájaros chiquitines, abrigo y mantenimiento creyendo que en el árbol y en el campo no lo tienen, casi casi se os podría perdonar... Torregrosa, estése quieto... Pero no, señor; agarráis un pobre pájaro; luego lo atáis, arrastrándolo por el aire... ¿Que no...?"

Los chicos estregaban los pies sobre las losas, tosían, golpeaban los bancos... y el maestro los dejaba libres. Y salían gritando alborozadamente.

Desde el quicial veíalos el viejo subir a las ruinas, esparcirse por los bancales. Un árbol movía sus ramas bajo la pesadumbre de los rapaces. Después los chicos escapaban mirando hacia la escuela.

—¡Han robado otro nido, Señor!

Y los entristecidos ojos del maestro viajaban por el paisaje, que iba quedando en dulce apagamiento.

Entraba; encendía su lámpara de aceite, y dormitaba escribiendo su tratado de Prosodia.

Por los pupitres sonaba un ruido áspero de brincos y golpes recios de alas. La mirada del maestro se hundía amorosa en la penumbra de la escuela.

—Ven, pobrete, ven—decía riendo. Sacaba de su faltriquera un puño de granos de rubión; derramábalos sobre la mesa...

—Ven, hijo Arturo, ven; ya se han marchado todos.

Entonces un pájaro grande saltaba por el suelo con las alas tendidas como haldas demasiado largas; subía a la tarima; resonaba un aleteo, y junto a la rugosa mano del señor maestro aparecía ufanamente un cuervo.

* * *

En la mañana encalmada, caliente, azul, de Jueves Santo, que vino aquel año dentro de la tibieza aromosa de abril, bajó el maestro del collado de su aldea al hondo y ancho campo comarcano. Nunca le pareció el paisaje tan reposado, limpio y bueno como en ese día. No sonaba una

voz labriega ni se balanceaba un árbol; apenas se estremecían y rizaban las cimas de los panes, tan altos y granados. La pureza del ambiente lo presentaba todo limpio, próximo, como guardado bajo recinto de cristal.

Ya muy lejos, pasó el maestro la honda zubia, derivada de un pantano, y entróse por tierra pradeña, donde el ganado pacía libremente. Los pastores conversaban tendidos; eran mozos. Distante y encima de la yerba tenían sus hasecicos de esparto para tejer, y sus mantas y zurrones con el repuesto.

Los saludó el maestro con dulzura y sonrisa de abad viejecito.

—¿Tampoco hoy hicísteis fiesta, siquiera para asistir a los Oficios?

—¡Nosotros, no, siñor; que tenemes oficio perenne!

—¿Ninguna cabra es vuestra?—les dijo después viéndoles tirar piedras, no para advertir, sino enfurecidos, con deseo de acertar en la res.

—¡Qué va a serlo, qué va serlo! Todas son de uno que se está en el pueblo.

Por el azul pasaban tres cuervos. Volaban despacio y redondamente sobre la tierra praderosa. Entonces el paisaje parecía más agreste; su paz más profunda y serena.

Viéndolos uno de los pastores, dijo:

—¡No hay animal tan galopo como ese!

—Todos—repuso el señor maestro—, todos tienen su malicia; pero también su bondad. Y en este día todo ha de parecernos santo—y alzó su mirada.

—¡Si es que son merenderos! — gritó sañudo el mozo—. ¡Hay de ellos que solo pasan del companaje que nos roban!

Los negros pájaros se habían apartado, bajando, cayendo. Dos pastores se hundieron en la espesa verdura, deslizándose. Luego una piedra rasgó el azul; corrieron los hombres, tirando sus cayadas; volaron dos cuervos; en el cielo se perdía un gañido de dolor, y una voz de júbilo, fuerte, encendida, gritaba:

—¡Cayó uno; pero aún, aún está vivo el ladrón!

—¡Déjalo, déjalo que lo remate la perra mía!

Fueron todos a verlo; tenía tronchadas las alas, una garra rota y el plumaje costroso, amasado de tierra, sangre y zumo de yerba.

No consistió el maestro que lo acabasen; lo pidió para curarlo y tenerlo, y con el ensangrentado pájaro volvió a su escuela, hablándole como a un amigo enfermo, y uniendo y calentando con sus manos los destrozados huesos.

* * *

Y el cuervo daba fidelísima amistad y compañía al maestro, que éste vivía solo. Su mujer había muerto, y su único hijo, sacerdote, estaba de ecónomo en una humilde parroquia de la diócesis valenciana.

Curó el animalito, aunque quedó lisiado de una pata, y torpe, casi impedido para el vuelo. Nada más llegaba a las eminencias de la mesa y cama del señor maestro.

Y el cuervo, no solo fué su amigo, sino discípulo. Sabía dos palabras: "Pan y Pepe".

Salía donde estaban los chicos, gritando y alegrándose con ellos.

Eran estos recreos y bullas muy del agrado del profesor, y aun entraban en su sistema de crianza y pedagogía, por creer que amando y compadeciéndose de los animales se domaba la fiereza o animalidad del niño. Pero andando el tiempo, un maldecido rapaz dió en enseñar al cuervo una mala palabra, que fué la ya preferida; después le hicieron crueldades. Y el animalito los odió; y apenas oía el vocerío de los muchachos se retraía a la cámara del amo y por la ventana saltaba y se iba a picotear y espadañarse entre las ruinas de la cumbre del otero.

Mucho pensó y dudó el señor maestro antes de dar nombre a su amigo. Y un

domingo de invierno, estando aquél sentado en su umbral recibiendo el abrigo del sol, y el cuervo sobre sus rodillas, bajó a la memoria del anciano piadoso la gracia de un recuerdo legendario, y la lisiada ave tuvo nombre.

El señor maestro había pronunciado gravemente:

—Tú te llamarás Arturo, en memoria de otro sagrado cuervo de remotas edades.

* * *

—¡No hay escuela, no hay escuela esta mañana!—gritaban los muchachos viéndola cerrada.

Y es que venía el hijo del maestro. Años duraba la separación. Y el padre, gozoso, conmovido, salió muy temprano para aguardarle; y cuando llegó, cuando tuvo al hijo, no se hartaba de contemplarlo. ¡Qué gordo y hermoso estaba!

Era el señor vicario un mozallón moreno, de grandes mandíbulas, labio azulado por el rasuramiento, los ojos pequeños y encendidos y el cabello crespo y negrísimo.

—Pues yo a usted, padre, también le encuentro bueno, aunque un poco blando; pero en esta temporada tengo que endurecerle esa carne. Ya verá qué paseos y correrías... ¿Qué tal anda esto de caza?

No lo oyó el maestro porque llegaban a la escuela y entróse con presura para animar a la vieja que le guisaba.

Comieron pronto. Después el hijo se retiró a su alcoba para abrir su cofre y acomodarse, y el padre fuése por la aldea buscando a los chicos que no acudían creyendo cabal la fiesta.

Vuelto a la casa con algunos rapaces, no halló al hijo. Y comenzó la clase; no había quietud; todos murmuraban. Cansado el profesor de la lectura, empezó a predicarles el provecho y virtud de la lástima: "Yo os he visto desplumar a redropelo un pájaro. Figuraos que a vosotros os desollasen..."

—Señor maestro—prorrumpió una vocecilla oscura—, esa tarde que usted nos vió me lo culparon a mí; pero no era yo, fué el señor Torregrosa .

—¡Diga que es mentira, que sí que fué él!—gritó otro rapaz de cabeza trasquilada, vestido con delantal negro.

—¿Qué es mentira?—replicaba el otro amenazándole, y apagando la voz no sé que le dijo de su madre, y de que cuando saliesen...

—¡Basta, basta; silencio!—ordenó cansadamente el maestro, dando un débil palmada sobre su tabla.

Fuera, en la paz de la cumbre, sonó un disparo.

—¡Otra crueldad de los hombres!—murmuró el señor maestro.

Y enlazaba su plática; pero el desmentido proseguía con ardimiento:

—Mire si fué el señor Torregrosa, que cuando usted se marchó, va y le arrima el pájaro, que era un gorrión, a la trompa del **Canelo,** ese mastín sarnoso del alguacil, hasta que el perro se lo fué tragando vivo...

—¡Qué horror, madre mía!—murmuró angustiadamente el anciano.

De súbito obscureció el portal una negra figura. Pasó el señor vicario.

—¡Tú con escopeta, tú!

—¡Y ya ve usted, toda la tarde andando para matar allá arriba este pobre bicho!

Y el clérigo arrojó desdeñosamente al suelo un cuervo muerto.

—¡Hijo Arturo, hijo Artu....!

Y el señor maestro sollozó...



LA LLEGADA



ON los barrios, en la psicología de las ciudades, como los flecos de un mantón rozagante que, si no manifiestan el primor de los realces y dibujos, dicen rudamente los colores de que está hecha toda la trama. Y los flecos o suponen el nacimiento o fin del tejido; y los barrios descubren el natural y originario color del alma de la ciudad o lo postrero de su carácter.

...¡Y líbreme el Señor de inferir la más leve filosofía del barrio de mi cuento!

Nuevecito y vistoso y arbolado era aquel. Lo habitaban gentes de humilde linaje,, enriquecidas y alegres. Los hombres casi todos estaban gordos, pesados y morenos del sol de la ruda faena pasada en los muelles. Sus camisas rizadas por el almidón y aplanchado, parecían en ellos de

muy cruda blancura y rigidez. Sus trajes, su calzado, su sombrero, el bastón de puño con labras de fauna monstruosa. la soga de oro del enorme reloj, todo expresaba el amoroso cuidado con que se llevaba y la solemnidad al vestirlo y colocárselo su dueño, mientras le contemplaría la familia con mudo contentamiento. El ideal de las hijas y mujeres era colgarse medallones. amuletos, dijes y onzas de las cadenas y pulseras. y vestir una bata larga y randada y lucirla sentadas en mecedoras, delante de sus portales o paseando por las aceras, oyendo recuestas de los mozos, que también trascendían a flecos de ciudad.

Era riguroso tener casa propia muy pintada; huertecita, aunque solo rindiera higos. habas, sandías y albahacas; cabriolé o tartana con iniciales muy lindas, y jaca menuda y traviesa; y en el cementerio un nicho o panteón. con versos de oracionero y retrato de algún difunto, puesto entre flores de vidrio y porcelana...

Del caudal de todos se conocía la causa: el puerto o el logro. Por eso maravillaba el distinto origen de la abundancia reciente de una familia que comía cocido de suculencia copiosa, todos los días, y el hombre leía periódicos y fumaba en mangas de camisa, engordando por la bendita holganza; y ellas, su mujer y cuña-

das, llevaban siempre batas y perfumes y aun joyas de poderoso relumbror.

Menudeaban las compras para su atavío y regalo; y casas, solares y bancales próximos, cuya venta se publicase o supiese, pasaban luego a su dominio.

No fué posible malsinar del marido por vicio ni arteria o complacencias demasiadas. Eran cuñadas y esposa, amigas de bullicio y diversión en su entrada, acera y huerto, merendando y cantando con vecinos, entre los que destacaba un tañedor de vihuela, que aunque menudo, era el "Petronio" del barrio. Pero todos esos pasatiempos los gozaban sin ninguna manera de licencia o deshonestidad que se sepa...

* * *

...Antaño tuvo el marido barbería de las de soportal y tertulia política; y siempre fué holgachón y dado a la zumba. En cambio, ellas, descoloridas, consumidas, suspiraban de tedio y de necesitadas, y vestían con tanta humildad que apenas tenían amistades ni osaban salir por recato de su pobreza. Un hermano, presbítero, andaba de ermita en humilladero, de aldea en pueblo, de iglesia en monasterio al olor de alguna misa, rosario o sermoncico, que le diese lo indispensable; y en un cuartito del señor rapista se acostaba.

Los del barrio no trataban ni se acordaban de esta familia, como no fuera para dedicar a su vida un comentario de misericordia.

El curita volandero desapareció. Y dijo el cuñado, que era sacerdote en un vapor de apartada ruta.

...Pasados tres años amaneció cerrada la oscura barbería, y los que la ocupaban trasladados a otra calle más animada y ancha, en cuya cera se oreaba, por las tardes, sentado en mecedora, el antiguo barbero, y las mujeres sacaban sus sillas flamantes y platicaban muy risueñas. En el siguiente año, todos los de la casa gozaron sendas mecedoras, y aun sobradas. Acudieron amigos, que en el café y en sus hogares no acababan de encarecer el ornamento de las habitaciones y el regalo de la mesa y de toda la vida de aquella familia, antes miserable.

Frecuentemente les decía el exrapador: —"Hoy las profesiones, los oficios son un padecer. Yo, ¡la verdad, había nacido para negocios y empresas de importancia! ¡Qué quieren que les diga; las profesiones fijas son un padecer!"

—¡Nosotras siempre se lo decíamos, tú, Vicente, eres para negocios!—De este modo hablaban las mujeres, meciéndose y sonriendo.

* * *

...Pues, el adamado tañedor de vihuela prendóse de una de las cuñadas, y la pidió en matrimonio. Lo admitieron. ¡Era tan donoso y apuesto el mancebo!

Se casaron y pasáronse a un piso del mismo edificio. Pero casi siempre comían juntas las dos familias; y su alborozo y holgura, dió a la casa envidiable fama de felicidad.

Aumentaron las amistades. El de la vihuela ya no iba a lecciones, y sólo tocaba algunas noches de danza y convite, en el huerto o en la misma acera, bajo las acacias.

—¡En verdad, señor Vicente, que no puede quejarse de la Fortuna!—le murmuraban zalameros los vecinos.

—¡No me puedo quejar! ¡A mí, negocios, asuntos serios, y ya me tienen satisfecho!—Y chupaba con ansia del recio puro; toda la boca se le nublaba y espesaba de humo, que iba dejando salir muy despacio y contemplándolo voluptuosamente.

Los demás, también le miraban el humo. "¡Oh, fumaba, comía y gozaba como nadie en el barrio! ¡Qué deliciosos negocios los suyos!"

Y se supo que no los hacía él sino el ausente presbítero, que empezó a lucrar-

se en los barcos, y después quedóse en América, ensanchando un ignorado tráfico y remesando a sus hermanos los dineros para su guarda y colocación.

Ellos no lo negaron. Y ya no se habló de los negocios del exrapista, sino del hermano rico. Las mujeres decían lindamente cosas de América; imponían los figurines traídos de Valencia; se reían con esmero, como damitas de teatro.

El sacerdote escribió su propósito de volver al pueblo natal y descansar de su vida errabunda y trabajada.

La noticia atrajo la atención de todos. La familia prometió enseñar a los amigos cuanto de raro y precioso les trajera el hermano. El señor Vicente, decidió hacer obra en la casa, aunque decía misteriosamente a los buenos visitantes:

—¡Yo no sé, no sé si debo hacer estos gastos!

—¿Que si los debe hacer?—exclamaban los otros—. ¡Ya lo creo que sí! ¿Pues quién mejor que usted?

—Lo mismo le decimos nosotras—terciaban ellas.

—No es eso; no es eso—replicaba muy orondo el bienaventurado—; es que, con la posición de nuestro hermano, ¡quién sabe si nos quedaremos aquí, o querrá él que nos marchemos a un Madrid, a un Sevilla o más lejos, para emprender asun-

tos que aquí... vamos, no sé yo...!—Y se doblaban sus labios con desdén.

—¡Es verdad! ¡Quién sabe!—repetían las cuñadas, la esposa y el tocador de vihuela.

Y ellas sonreían a las pasmadas vecinas, imaginándose viajeras con sus velos y abrigos, triunfales, opulentas, y aparentando entristecerse por la separación...

—¡Oh, nosotros que pudiéramos!—suspiraban los amigos.

—Sí, sí; pero créannos; ¡rinde, fatiga tanto esa vida!...—Y al pronunciarlo hacían un melancólico gesto de cansancio.

...Y el sacerdote avisó su pronta llegada, aunque no fijó el día por desconocer el vapor-correo que podría alcanzar. "Me queda la realización de las últimas fincas raíces". La lectura de estas palabras fué repetida delante de los amigos. Las hermanas añadieron por glosa:

—Vamos, es que aquello debe ser inmenso. ¡Ya ven! ¡fincas raíces!... ¡Debe ser! ¿verdad?

* * *

...Resonó la calle por la carrera estrepitosa de un coche cerrado, en cuya cima se amontonaban maletas y mundos de cuero muy lujoso.

Todos los portales y ventanas se poblaron de ávidas cabezas.

"¡El cura rico!" "¡Válgame y qué suerte de personas!"

Y las gentes miraban hacia la casa de los felices hermanos, que salieron gozosos, anhelantes; ellas, solo tuvieron tiempo de empolvarse; y despeinadas, flotantes las batas, acudieron a recibir al viajero. Sintieron la mirada de envidia de todos los ojos, y una onda de orgullo bañó de espumas sus almas.

Abrióse la portezuela, y bajó el sacerdote.

Estaba canoso, enjuto; sobre el hábito vestía un gabán aseglerado, de suma elegancia y riqueza; llevaba un bastón de ébano, de alta contera y puño de plata; guantes de seda, zapatos ingleses. Lo besaron, lo abrazaron; y abrazado quisieron entrarlo. Pero él contuvo a la amorosa familia. Se acercó al carruaje y tendió exquisitamente su brazo, y apoyándose en él, descendió lenta y altiva, una mujer lozana, blanca, fastuosa. Y el hermano rico la presentó a los pobretes y espantados hermanos, diciendo con modestia:

—¡Mi señora ama de gobierno!





CRONICA DE FESTEJOS

OS más poderosos señores de un lugar levantino, picados del tábano de los celos de un pueblo inmediato que hizo fiestas maravillosas, quisieron que las del suyo alcanzasen grandísimo lustre y nombradía.

Trazaban su programa teniendo delante el de los enemigos. Estaban igualados en danzas, luminarias, simulacro de batalla de moros y cristianos y bendición de un altar a Santa María de la Cueva, resplandeciente altar levantado a carga y sacrificio del vecindario, porque el señor rector dijo: "Un rico muy piadoso quiere costearlo solo, pero la gracia ha de llegar a todos; que hasta el más pobre y humilde arrime su hombro". Y todos lo arrimaron fervorosamente; quien con un cahiz de rubión, quien con un cántaro de vino generoso o una haldada de aceituna.

Las mujeres subían odres y herradas de agua del hondo río, y los hombres arrastraban troncos cortados en los pinares. El señor rector les bendecía gritando: "¡Ellos hicieron altar, pero no como nosotros! ¡Lo he de decir a su Ilustrísima!" La santa obra estaba ya acabada. Juntos los excelsos vecinos, acordaron que les faltaba un número de fiestas que les diese preeminencia sobre sus émulos, y entonces decidieron hacer Juegos Florales, como en la capital, de donde tomaron parecer y aviso, pues allí sabían toda minucia en punto a certámenes.

Lo costoso era alcanzar un mantenedor de fama, principalmente política: un ex-ministro, ex-director o diputado a Cortes.

La asamblea de vecinos partióse en dos comisiones: la una para buscar quien predicase las Glorias de María; la otra para traer quien mantuviese la justa literaria. De poetas y jueces no se preocuparon. Los poetas acudirían a bandadas, y jueces serían ellos. El dueño de una grande y frondosa heredad quedó hecho presidente; era de pensamientos y designios muy radicales; y como hablase el señor rector de tres solemnidades religiosas, él propuso celebrar tres días Juegos Florales. Vacilaron, pero de la ciudad dijeron que no se estilaba.

Se hicieron los festejos; el mantenedor

no fué percisamente ex-ministro, ni ex-director de Agricultura, ni diputado, sino catedrático de Historia Natural en un Instituto de la Mancha. En cambio había nacido en el pueblo y gozaba fama de saber y virtudes.

Llegó enternecido de alegría, "ca una de las placenteras cosas que en el mundo ha—escribe don Juan Manuel—, et mayormente si Dios le face tanta merced que pueda vevir en ella honrado et preciado".

Pues el señor mantenedor venía a vivir todo un verano en su pueblecito blanco y sosegado, y Dios le hacía merced de que, habiendo salido miserable, llegase muy loado como el escudero de que nos habla el sabio infante. Le recibieron con música y espantosos truenos de pólvora. Traía dos niños, que luego fueron elegidos pajecicos del torneo, y traía a su mujer. Fué su flaqueza: casarse con la hija del bedel de su aula; manchega fermosa, pero necesitada de almohaza.

El señor catedrático era todo bondad y grosura. Vestía de azul marino, como dicen que lo gasta don Miguel de Unamuno—que el cronista de estos peregrinos sucesos nunca le vió— y cruzaba sus manos, blancas y redonditas, encima del vientre como un prior bienaventurado.

Leyó con grande templanza su discurso. Las damas lugareñas rodeaban a la esposa; y todos hablaron y se distrajeron durante la oración. El triunfo fué del poeta de la flor, que había recitado estruendoso su ancha y larga oda "Las Cruzadas" que llegaban a Numancia, Sagunto, Lepanto, Otumba y Arapiles...

A la siguiente mañana, muy temprano. buscaron al mantenedor para hacerle el agasajo en la masía del presidente del Jurado.

Estaba ya ataviada la esposa para la jira; hubo muchos comedimientos y cortesías entre la señora y los jueces, porque la fiesta era sólo para los clarísimos varones; pero no desistió la bizarra manchega, y la llevaron. Las criaturitas se quedaron llorando y furiosos como novillos; y fué preciso entretenerlos hasta que los padres saliesen escondidamente por puerta zaguera.

Llenaban los invitados tres galeras ruidosas y enormes. En la misma iba el mantenedor y el poeta, que ansiaba decir de sus versos. Atravesaban yermos abundosos de margas, y el catedrático habló de los yesos; de aquí pasaron a la preparación de los vinos; y todos contendieron. El poeta le recitó a la señora una silva.

Penetraron en tierras de la heredad. En seguida lo avisó su dueño al catedrático.

Eran campos rojizos plantados de viñal, y llanos de mieses altas y verdes; veíase el manso viento de la mañana pasando encima y dejándolas holladas como un agua trémula.

La masía blanqueaba entre olmos, grande, cuadrada, con enorme reloj de sol y bullicio de palomos que aleteaban, llegando y saliendo de los sobrados.

El mantenedor, torpe y rendido, aplastó, al bajar de la galera, un desventurado pollito; escandalizó iracunda y aterrada la clueca, y se deslizó toda la pollada, huyendo como cándidos copos de algodón llevados del aire.

Atribulóse el catedrático; el masero le limpió la ensangrentada bota, y ya más aliviado fueron todos a la huerta que trascendía a riego y a frutales en cierne. Alto el sol, se recogieron bajo las anchas parras donde estaban las mesas.

Volaba sobre el casal el blanco humo, oloroso de lumbre de sarmientos hecha en el corral para cocer los gazpachos, porque la vasta cocina estaba invadida de cacerolas y paellas donde se enternecían y doraban las piernas de carnero y las aves rellenas y lardosas.

Mucho tiempo estuvieron los señores invitados conversando y mirando los moscones y abejas, que revolaban entre los racimos agraces. Después se distrajeron

viendo las sombras morenas de los pámpanos sobre la tierra brilladora y rubia de sol, y dándose a rodear la hoguera del corral, mezclándose en el bullaje de los guisadores.

El presidente del jurado y dueño de la hacienda, tomando del brazo al mantenedor, quiso mostrarle la bodega y almazara. En una rinconada del patio y cercado de alambres, estaba el pobladísimo gallinero, y el señor catedrático, muy aficionado al averío, detúvose para verlo con detenimiento, y alabó la gentileza y el ardimiento del pollastre, comentándolo de científica manera, y aquí se hallaba, cuando en lo alto del alcahaz estremecióse, voznando sobre una percha, un fastuoso pavo real.

Buscó el mantenedor la hembra, pero no la había, y ya hablaba, también científicamente, adolecido de la viudez de la hermosa ave; más el dueño de la finca, riendo con malicia, le dijo:

—No piense así, que si nos apartamos y tiene paciencia ha de ver cosas del animalito de mucha curiosidad.

Y las vieron escondidos bajo una umbría de leños y calabaceras trepadoras.

Sonó batir de alas y el pavo real descendi.ó. Ante su magnificencia y poderío, el bizarro pollo se puso medrosico y refugióse entre colodras de salvado y ties-

tos de agua. La pomposa ave mostró toda la opulencia y hermosura de su plumaje a una gallina rubia y moñuda... Después, naturaleza hizo lo demás...

El catedrático dió un grito.

—Pero esto es vergonzoso para el pavo.

—¡Dijera para el pollo!—repuso alborozado el presidente.

—¡Ahora sí que he visto lo más peregrino de estas fiestas, y me entristece, amigo, me entristece!

—¡Oh, no le dé pena!...¡Quién no ha sido pavo en este mundo!

El señor catedrático suspiró.



EL FINAL DE MI CUENTO



COMO los personajes trazados en mi artículo los conoció íntimamente la señora de Villalba, vieja, maldiciente y también escritora, me pidió que se lo leyese antes de entregarlo.

Acomodóse la señora en su butaca de grana; abandonó en su regazo la media que estaba urdiendo; quitóse los resplandecientes espejuelos, y aguardó.

Y yo leí:

...Descansaba llena de luna la noche, y pareció suspirar y estremecerse como una doncella dormida, volviéndose, desnuda y casta, en la blancura de su lecho. Y la respiración de la noche, atravesando los huertos, pasó por las ventanas y aromó al poeta. La aspirada delicia le distrajo y dejó comenzada la estrofa.

Creando la vida de su fábula, atendiendo el íntimo pulso, los regocijos y triste-

zas de sus criaturas, se había olvidado de la "amada", de la noche.

La fragancia de rosas, de árboles floridos, de verdores recientes, de inmensidad, que le había acariciado las sienes y oreado el alma, le atrajo a la vida que él tomaba para llevarla a los hijos alumbrados en sus libros, sin apenas gozarla, como pican y traen las aves el sustento a los pichones, sin quedarse nada para su hambre...

Entonces subió y envolvió al artista toda la grandeza del silencio, de la soledad, y vivió en sí mismo, pareciéndole que los hijos de su arte se escondían y callaban bajo las blancas losas de las cuartillas.

La estancia era amplia, abrigaba con tapices ya pálidos, nublados por los años, y los muebles, anchos y propicios a la meditación y bellas quimeras del maestro. Un grande acero bruñido, traído de un viejo palacio de Florencia, colgaba, como espejo, encima de la mesa de trabajo.

Alzóse el escritor, y mirándose dentro del arcaico acero se vió cerca de la vejez, exprimido, rugoso, agobiado. Luego contempló la perfumada noche. Lejos, en el confín, se esparcía una niebla blanca, luminosa, un halo de plata. Asomaba el alba. Y contristóse el corazón del hombre.

Se retiró a su dormitorio. Encendió la lámpara de cristal azul, que daba claridad

suavísima de estrella, y contemplando a su esposa dormida recogió su fragancia. ¡Oh, era como la de la noche, y también su cuerpo espléndido, desnudo, juvenil, parecía lleno de luna! Sintió más su vejez y su tristeza, y la besó devotamente.

Apagada la luz, surgió para él en las tinieblas, como destacando sobre un fondo de negro terciopelo, la imagen de su esposa desnuda, blanca, placentera, semejante a las heroínas de sus libros, que le ungieron de gloria, imaginadas mujeres que habían "amado mucho".

Y pensándolo se estremeció angustiadamente, y quiso desvanecer la ficción. De nuevo lució la lámpara; lámpara celeste, voluptuosa, de tálamo dichoso.

La mujer esquivó la claridad volviéndose, y toda la peregrina firmeza de su carne manifestóse bajo la delgada blancura de las ropas.

El artista la besó en los cabellos. La contemplaba serenamente; le parecía hija de su arte. Y los ojos del escritor tenían lumbre gozosa de triunfo.

Siguió mirándola, y ya la besó arrebatado, impetuoso. La llamó la más hermosa de todas las mujeres. Si por ella hubiese padecido quebrantos, suplicios, persecuciones, él la habría perdonado y bendecido contemplándola, como hicieron viendo a Helena los ancianos de Troya.

Se durmieron abrazados.

...La llamarada de amor que revivió en la sangre del poeta le alumbró más sus ruinas de hombre.

La esposa le observaba con extrañeza, con inquietud. Aquel hombre, consumido por altísimos amores, apartado de la pobre vida y tan olvidado de la mocedad y hermosura de la mujer, que motivó la perfidia de ella, en el pensamiento, no llegando a la realización del pecado contenida por la excelsitud del nombre del artista; aquel hombre, ahora, bajando de su eminencia de genio de eterna juventud a la humana tierra parecía decrépito celoso, roído de flaquezas.

Todas las noches se despertaba ella sobresaltada, miedosa, sintiendo en toda su carne la impresión de una mirada de tanta tenacidad y fuerza, que parecía exhalar ardor de fiebre, como la boca de un enfermo. Los ojos del marido tenían fuego hondo y feroz.

Una noche, él la dijo, trémulo de lascivia y de angustia:

—¡Me da rabia verte! ¡Eres hermosa, fuerte, lozana; tu boca es de flores y ascuas, terrible de tentación! ¡Oh, si yo me muriese antes que tú!

Ella le tuvo miedo.

Y el viejo poeta enfermó.

* * *

Era primavera. Quiso el artista que lo llevasen a su estudio. En el sitio de la mesa se puso la cama. Y al pasarlo se vió el enfermo en el precioso acero, y todo su cuerpo se crispó desesperadamente. ¡Oh, Señor, se había mirado muerto!

Postrado, contemplaba los huertos en su gozosa resurrección. Brotaban y florecían los árboles, y los viejos rosales trepaban a las ventanas y tejían un fragante dosel.

Ni la sabiduría ni la poesía, que siempre había sorprendido el artista hasta en lo menudo y humilde, dieron fortaleza y consolación a su alma. Era sólo hombre miserable. Se rebelaba, se enfurecía contra la muerte, ante la espléndida invitación a la vida que le presentaba la primavera, encarnada en su esposa, supremo vaso de delicias, que otro hombre sabría apurar dichosamente.

Y una noche de junio, clara, olorosa, inmensa, sintió el enfermo que le ceñían los brazos secos y helados de la muerte, y gritó empavorecido, ronco, agónico. Su esposa le miraba estremecida de piedad y miedo.

¡Aun podría estrangularla con sus manos convulsas, sudadas, frías!...

La llamó, abrió los brazos, pidiéndole

con los ojos que se acercase... Ella se fué apartando, apartando...

Y el poeta, que degeneró por ansias insaciadas del ya perdido goce, sublimóse al penetrar en la santa tristeza y serenidad de la muerte. Recibió la gracia de la sabiduría y perdonó a la amada. Murió sonriendo como un suicida o un elegido. Pero al entornarle los ojos las bellas manos de la mujer, sus dedos se mojaron de las lágrimas del muerto.

... ...

Mi amiga, la señora de Villalba, se enjugó los ojos con su primoroso pañizuelo de randas.

Confieso que me envanecí por el enternecimiento y compunción de la vieja dama. Yo había domado sus ironías.

Proseguí leyendo.

Gentes esclarecidas de la ciudad, y hasta de pueblos muy apartados, vinieron a traer ofrenda de su dolor al poeta muerto.

Las recibía la esposa, todavía más gentil envuelta en los lutos de la viudez, y ahora intensa y verdaderamente afligida. ¡Tárdío testimonio de algunas mujeres—exclama Montaigne—, con el cual acreditan que no aman a los maridos sino muertos! Y ésta lo quiso con enloquecimiento doloroso, sintiendo traspasada su alma con todas las espadas de los santos amores.

La admiración y el duelo de la ciudad por el hombre glorioso se tradujeron de modo que lo enalteciese y quedasen en manifestación bella y perdurable. Y muy pronto, delante de las ventanas de la casa del artista, se elevó su estatua, en la suprema actitud de atender sobre su frente el vuelo divino de las ideas.

* * *

Estaba la casa recogida en el mismo silencio que cuando el maestro laboraba.

No dormía la viuda. Escuchaba con ansiedad detrás de las ventanas, inquieta, pálida, torturada de remordimientos feroces, que le oprimían y laceraban las entrañas, como si dentro de ella hubiesen resucitado las manos del esposo.

Apagó la lámpara. Sonaban horas en un templo. Se acercaba **él**, el esperado, recatadamente, por miedos a los enojos y murmuraciones de la ciudad. Era la primera cita de amor.

La viuda abrió los postigos. Apareció la plaza solitaria, blanca y romántica de luna como un lugar de leyenda, y en el centro destacaba la negra estatua del esposo, y su sombra, que se prolongaba por la tierra y subía, rota, las paredes, penetró siniestra, pavorosa, en el aposento, tendiéndose encima del trono preparado para el deleite.

Y fuera, en la callada noche, pasaba el amante, mientras la mujer sollozaba arrepentida, sobre el espectro de la gloria del esposo.

¡La gloria del poeta, aun después de morir, la subía a la cumbre del sacrificio!

... ...

La señora de Villalba, sonriendo, me preguntó:

—¿Así acaba su cuento?

Yo le dije que sí.

Mi amiga se puso los lentes, y siguió tejiendo su calza.

Me alcé indignado. Y ella murmuró:

—Bueno; pero la viuda, ¿usted no lo sabe? la gentil viudita, cambió de casa al día siguiente...





PARABOLA DEL PINO



L viejo hidalgo don Luis había heredado de sus abuelos templanza y sabiduría, algunas hanegas de sembradura y un pinar que empezaba delante de su casona, labrada en las afueras del pueblo, con un pino grande y añoso.

Todas las tardes acudían y se sentaban al amparo oscuro y fragante de las ramas los amigos y discípulos de don Luis. No podían pasar sin verle y escucharle, porque era maestro y señor de todos en la causa de un príncipe desterrado. Como ellos vivían en la ciudad se congregaban a su antojo; decidían cualquier empresa, pero a punto de realizarla se les aparecía, en la memoria, el solitario caballero, majestuoso y dulce, de barbas blancas y copiosas que le bajaban hasta el magno pecho, y calvo y limpísimo cráneo en cuya

cima resplandecía la lumbre llegada entre el ramaje del pino.

Era fuerza recibir su consejo y permiso. ¡Y siempre el árbol endoselándolo como un trono de patriarca! Sentían su pesadumbre y oscuridad; y hasta llegó a parecerles que el entredicho, la aprobación o censura brotaba del ancho y venerable tronco, como la goma de su corteza. Y he aquí que los fieles amigos del hidalgo le respetaban con grandísimo amor y murmuraban del pino del portal; de modo que, amando al monarca, vinieron a malquerer el trono.

Acabado el examen y discernimiento de lo político y lugareño, don Luis les decía serenamente filosofías de mucho donaire y sencillez; y luego dedicaba a su buen árbol palabras de gratitud y alabanza.

—Sí, que debe de querer esta sombra compañera—le dijeron una tarde—; pero también le priva de contemplar todo el valle, que es una bendición para los ojos.

Don Luis defendió su pino. Para ver el paisaje en su inmensidad bastábale salir del abrigo y umbría de las ramas; así, tenía valle y sombra amiga. Sin el árbol pareceríale su casa demasiado sola, desnuda y como avergonzada y medrosa. Y el viejo pino, que semejaba oír y agradecer esta privanza, producía una música de mucho apaciblimiento.

Y otra tarde, porque el hidalgo amonestó a sus amigos con grande severidad, sintieron ellos en su corazón densa y enemiga la sombra del ramaje. Y ya lo aborrecieron como se aborrece a un hombre. Lo miraron, lo celaron ansiosos de hallarle motivo que justificase la malquerencia. Las miradas de los hombres bajaron desde las ramas cimeras a la fuerte raigambre. Vieron en la cercanía otros pinos menudos y ruínes, quizás engendrados por el frondoso del portal, y se conmovieron de lástima.

Entonces, el más audaz y valido del maestro le mostró los arbolitos recientes, y exclamó:— ¡Todo el amor es para el viejo, mientras esos pobretes se mueren!

Una voz logrera, dijo:— Si lo cortara medrarían los otros, y no faltaría quien se lo mercase por treinta duros.

Don Luis se enfureció, se afligió... Mas supo perdonar a los blasfemos. Fingiendo sumisión y arrepentimiento, se fueron los amigos.

* * *

¿Qué tenía el árbol amado?

Amarilleaba, empobrecía su verdor. Vanos fueron los sabios y tiernos cuidados de don Luis. Desprendióse la pinocha. Y el árbol quedó raído, seco, siniestro.

Lloró el anciano oyendo los hachazos de los leñadores.

En el crepúsculo se derrumbó todo el árbol, muerto, con estrépito y quejumbres, como si las brisas, furias del vendaval y cantos de aves que en él se recogieron tantos años escaparan gimiendo para buscar otra fronda viva y lozana.

No quiso el hidalgo que partieran el tronco, y entero lo guardó en su inmenso patio, donde gallinas y gorriones lo envilecieron, lluvias lo pudrieron y ratas y carcomas lo devoraron...

Lo tocaba suavemente don Luis, auscultando las pobres entrañas; lo contemplaban sus ojos, ayudados de recia lente, buscándole el mal que lo secara; y el áspero crujido de su aniquilamiento le conmovía dolorosamente. Y al cabo decidióse a que un leñador abriera el tronco. Sonó el golpe del hacha astillándolo, desgarrándolo, y el hidalgo apartaba con angustia la mirada, temblándole la voz al preguntar qué iba mostrando la honda herida.

Y cavando en ella salieron chispas azules, y el hacha se rompió.

El leñador y el viejo caballero se contemplaron con grande pasmo. Luego, investigando afincadamente, vieron un hierro largo y un trozo agudo de pedernal.

Dijo el leñador, después de larga meditación:

—Pues el clavo lo hincaron encendido... y si es al pedernal, debieron darle algún unto del diablo.

Don Luis, la noble barba estremecida de ira, los ojos llorosos de compasión, alzó los brazos y gritó:— ¡Me lo asesinaron!

...Inútilmente llamaban los amigos a la puerta de la noble casa. No lograban ver a su jefe y maestro. Siempre les decían que andaba por los campos; y don Luis no salía de su cámara. Pero se recibieron nuevas de que un señor, eminente en política y nobleza, llegaba al pueblo para descubrirles y preparar los designios del amado príncipe del destierro; y como el solitario era el caudillo de los políticos lugareños, y en su casa había de aposentarse al enviado, abrió sus puertas, y con el forastero pasó, también, el olvido de sus querellas. Y es que, aunque sabio y todo, el buen don Luis era hombre.

...Después de la recepción y comida salieron al arcaico balconaje de la casona.

El ilustre enviado miraba con embelesamiento la alegría y feracidad del amplio valle y la valiente espesura del bosque, celebrando el gayo verdor y lozanía de un pinar joven que estaba cercano.

Entristecióse el hidalgo y, con apagada voz, dijo:

—Aquí delante había un pino viejo, árbol fuerte, glorioso, que ya protegió los solaces de mi abuelo cuando era infantico... ¡Y me lo mataron!

—Pues desde que se secó — murmuró otro—que medran esos tiernos y han triplicado su valer, que el grande se chupaba todo el jugo...

—Entonces hicieron bien en matarlo—sentenció el forastero, que también debía de ser sabio—. La Vida se renueva y perpetúa por el sacrificio de otras vidas, aunque éstas nos parezcan venerables.

—¡Que hicieron bien!—gritó angustiado don Luis. Y no pensaba en su árbol. Sentía dentro de su carne y de su alma herida de pedernal untado y de hierro encendido. Vió a los pinos jóvenes, que parecían sonreír dorados de sol, y a los amigos-discípulos alborozados, como si bebiesen jugos de una vida poderosa, que era la suya...

Por la noche hizo abdicación de su mando y señorío: bajó al patio y besó el tronco muerto...





LA COMPASION



IVIA don Isidoro con su hija, cuyo esposo muriera, y con sus nietos, dos chicos muy rollizos, blancos y alegres.

Tenían casa grande y sencilla, de ancho zaguán enlosado, y las habitaciones con puertas y zócalos de labrado roble como de sacristía y coro de Catedral.

Una heredad poseían en la sierra, edificio viejo y moreno, rodeado de huertas, cuyos árboles, siendo todos lozanos y esquilmeños, todavía semejaban más verdes, más frescos y viciosos por lo apagado y rudo de la casa.

Don Isidoro había visitado muchos y remotos países, y de sus viajes y empresas trajo para la vejez dineros y enseñanzas.

Su viudez antes, y luego el casamiento de la hija con hombre vehementísimo y crapuloso, le afligieron reciamente. Y cuando éste murió, apartado del hogar, don Isidoro llevóse al suyo a los huérfanos y a la madre, pálidos, asustados. Pero pronto la vieja y grande casa del abuelo se remozó en el contento del amor y la paz.

Don Isidoro no iba al Casino a malsinar del Gobierno y de las gentes. Tenía sosiego, hija dulcísima, alegría de nietos hermosos, grandes rentas, y todo esto, sus memorias y algunos estudios le llevaron a ser filósofo. Y lo fué tierno y optimista, aunque el optimismo suyo no era "el del esclavo que se cree dichoso, ni el del enfermo que no siente su mal".

Hallaba don Isidoro que la Naturaleza era buena y hermosísima, y **sólo** en el Hombre se escondía lo malo; pero esto tenía remedio, porque limando y quitando de la criatura humana el germen de la crueldad, la vida resultaría de una completa bienaventuranza. Y para conseguirlo se necesitaba cuidar de esa pobre criatura humana desde su nacimiento, desde muy criatura.

Era don Isidoro un viejecito que vestía sencillamente de negro; afeitado, de naricita femenina, por la que siempre se le resbalaban los espejuelos de concha; sus mejillas sanas, limpias, sonrosadas; su

frente redonda, muy pálida, y sus largos cabellos blancos, que la hija peinaba con mucha paciencia, abriéndolos en noble línea por el centro del cráneo, dábanle, verdaderamente, semejanza de antiguo filósofo, aunque también de dama gruesa y bondadosa, tanto, que los nietos aseguraban que el gran retrato de la abuelita muerta que estaba en la sala era de don Isidoro; de lo que él gustaba y se reía mucho.

Tan blanco, tan limpio y dulce era el filósofo, que de su augusta cabeza parecía emanar como una transparente lumbre de plata, tranquila y mística.

Las buenas tardes de invierno tomaba de las manos a sus nietos y paseaban por los campos. No permitía que pisasen ni arrancasen una mata de los alcaceres, enseñándoles a conocer la cizaña para quitarla de las tierras que llevaban sembradura; y si la mala hierba nacía en roijal o yermo, aconsejaba dejarla para que también viviese.

Si andaban por la ciudad, para distraerles de las demasías que cometían y hablaban otros muchachos, contábales historias de príncipes generosos como Ciro, consejas de barcos encantados, de corderos perdidos, de héroes y sabios buenos y humildes, como patriarcas. Y alguna vez, viendo pasar a un señor apuesto y grave,

los nietos se quedaban mirándolo y preguntaban:

—¿Abuelo: es el señor Ciro, o algún príncipe o sabio de esos que tu dices?

Entonces don Isidoro se volvía también a mirarlo, y sonriendo templadamente, murmuraba:

—¡Me parece que sólo es concejal o un licenciado!

Y como los chicos no sabían lo que esos títulos supusiesen, aun lo contemplaban más, entre pasmados y medrosos. Y el señor concejal o licenciado no les hacía nada.

Era aficionado el viejecito a observar menudamente los portales de las casas artesanas, que a su parecer decían contentos y padecimientos, y un rapaz o una vieja que se asomasen, un grito fosco de hombre o una risa placentera de mujer-madre, todo le servía de motivo de plática.

Parábase delante de los hornos y tahonas para que los nietos recibieran impresión de sosiego y honrada felicidad aspirando el tibio y gustuso vaho de la leña y de la reciente cochura y el fresco olor de los salvados y harinas.

—Abuelo: ¿nos mercas de esas roscas blancas de azúcar?

Don Isidoro se enfadaba porque los chicos, en vez de aspirar olores y enseñanzas, pedían roscas; pero acababa por comprár-

selas, pensando que la inocente golosina podía conducirles a más altas consideraciones.

En verano se trasladaban a la heredad, y bajo los grandes árboles del huerto, este Sócrates con zapatillas y lentes de concha, y sus tiernos discípulos con delantales blancos, dialogaban de las plantas, de los hormigueros, de las luciérnagas, de los niños campesinos que pasturan sus hatos de ovejas.

En resolución, pláticas y cuentos del abuelo eran lecciones y parábolas sencillas que les apartaban de todo designio y entretenimiento de crueldad infantil.

Sucedió que una tarde muy ardiente el filósofo se quedó reposando en su ancha butaca del comedor, y los chicos se salieron a la huerta, gozosos de holgar y divertirse solos y libres. Y fueron alejándose entre los frutales, que parecían temblar de tantas cigarras.

En la humedad de una cañada se retorcía un viejo allozo, y dentro del silencio de la hondura se notaba más el canto, ya cansado, de una cigarra, allí la única. Quizás por serlo les dió tentación de verla y de tenerla.

Los dos hermanitos se miraron, miraron al almendro, y el mayor subió por el tronco, que era añoso y se rendía en la tierra.

Y ya alargaba su sombrero de palma para la caza, cuando oyóse la voz de don Isidoro:

—¿Dónde estáis? ¿Qué hacéis?

Los nietos quedaron angustiados como nuestros primeros padres al escuchar la palabra del Señor llamándolos.

—¡Subidos a un árbol, Dios mío! ¿Pues qué maquinábais, qué queríais?

Todo lo confesaron ellos.

—¡Coger una cigarra!—clamó atribulado y severo don Isidoro.

Al pie del almendro hizo el filósofo un elogio grandísimo de la cigarra, seguido de consejos de amor hasta por lo más baldío y humilde de la creación.

Aun hablaba, cuando los discípulos descubrieron en un hendido codo del ramaje una trama fuerte y polvorienta de araña, y ésta en un rincón. Era alta, flaca, velluda; parecía sentada sobre dos zancos torcidos, acaso quebrados.

Los chicos mostraron a don Isidoro el solitario insecto.

—Sí; esta pobrecilla—les dijo enterneciéndose—debe de tener hambre y miedo, porque sospecho que está lisiada, y no puede buscar sustento ni tener defensa. ¡Ya la veis: parece una persona viejecita, necesitada, inútil!

Entonces, los discípulos que ya ardían en lástimas y amor y hasta imaginaban la araña como un mendigo que les tendiese

la mano, se inclinaron a la tierra, y viendo una mosca, la cogieron y rápidamente la echaron en las polvorosas mallas.

La vieja hambrienta y tullida avanzó arrastrándose, doblándose y hundió sus palpos feroces en el tierno vientre da la mosca, cuyas alitas se estremecían y tumbaban quejándose angustiosamente.

Don Isidoro besó a los nietos, les sonrió y dijo:

—Y ahora, decidme: ¿no sentís dentro de vuestras almitas así, como la voz de un ángel que os da las gracias por vuestra compasión, por el bien que habéis hecho a la pobre araña?

Los chicos, retozando de alegría, gritaron:

—¡Si que es de verdad, si que es de verdad, abuelito!

Y añadió el más pequeño:

—Mira la mosca como tiembla ¿es que le hace daño?

Tembló y sudó don Isidoro advirtiendo la crueldad que él había loado; y alzando la mirada y los hombros se dijo:—"¡Señor! ¿en qué mallas de escuelas y doctrinas de filosofía no habrá caído siempre alguna pobre mosca?





EL PRESAGIO [1]


ATURALMENTE somos los alicantinos distraídos, indolentes y pacíficos. No cavamos nuestra alma con lentas y profundas meditaciones ni resistimos mucho tiempo un mismo pensamiento.

Es verdad que lo nuevo, lo inesperado, nos intranquiliza y alborota, y que lo decimos y comentamos, y de todo contendemos muy ardientemente, viéndolo desemejante por excesos imaginativos. Mas luego vienen las zumbas y risas y el olvido, y somos dichosos en la dejadez, indiferencia y socarronería.

---

(1) Escrito el día 20 de marzo de 1910, año de augurios y amenazas de muchos males y cataclismos geológicos.

Hay en el Diccionario un vocablo que sospecho extraído de la cantera espiritual de nuestro pueblo. **Alicantina,** f. fam.: treta, astucia o malicia con que se procura engañar o no ser engañado.

De modo que no necesitamos de bizarrías, audacias ni de costosas empresas. Nos basta con una **alicantina** o varias, y se desliza nuestra vida placenteramente, contemplando el mar liso, bruñido, perezoso, y los campos, secos, amarillentos; todo cegador de lumbre, que hace entornar los ojos y nos predispone para una siesta eterna y venturosa. A esto y a nuestros buenos padres los árabes culpamos de nuestro temperamento. Otros antiguos contribuirían también. Yo no sé lo que de nuestra psicología hubiera escrito **Stendhal,** la Sra. Stael, Taine... Da lo mismo. Quizás Unamuno nos diría cuatro lindezas o cuatro frescas. Perdería el tiempo.

Diréis que por fuerza hemos de tener nuestra característica. Y sí que la tenemos. En crónicas, libros de viajes, y hasta en las más humildes geografías, podéis leer que los alicantinos somos muy hospitalarios. Y sí que lo somos. Verdaderamente hemos recibido un opulento mayorazgo para lucirnos y agasajar al huésped, sin desconfianza ni miedo de que se lo lleven o menoscaben. Esa riqueza es nuestro ambiente, dulcísimo y dorado, como si viviésemos

acostados dentro de un inmenso panal, que, afortunadamente, no necesitamos labrarnos, y nuestros bosques de palmeras, que tampoco ha sido menester que las plantásemos nosotros, ni es bueno tocarlas, porque la principal rareza y hermosura la tienen en la evocación del pasado o de tierras sagradas y remotas.

¡Oh, nuestra bella heredad de cielo alegre, limpio, nuevecito como recién pintado de azul por las manos de Dios; de clima amorosísimo y templado, como regazo de madre; de mar dócil, resplandeciente de sol, que dora y madura hasta las sierras; de sombra deleitosa y romántica de palmeras!

Tal vez convendría algún trabajo para el atavío y perfección de nuestro solar, divertimiento y tentaciones que llamasen y retuviesen a los de fuera, a los enfermos, a los amigos de holgonza; pero de esta preocupación y faena es justo que otros se encarguen. ¡Nosotros no hemos de darlo y hacerlo todo!

* * *

Tranquilos y alborozados vivíamos de nuestra vida sosegada, que para algún filósofo pizmiento y lúgubre acaso signifique el devorarnos a nosotros mismos muy ricamente y sin sentirlo, cuando tembló nues-

tra tierra y antojósele a un arúspice bárbaro leer en las entrañas, no de ave, sino de terrible sismógrafo, que habíamos de sufrir otro estremecimiento que derrumbaría la ciudad.

Gritamos, gemimos, suspiramos. Hombres de sabiduría nos enteraron de la liviandad de la corteza cuaternaria, basa de Alicante.

Desde entonces, si mirábamos el suelo de la calle o las torrenteras del castillo o los bancales del paisaje cercano, seguidamente calificábamos la condición del terreno y decíamos: **mioceno, cretáceo** y otras lindezas geológicas.

Hubo noticia de que una sierra próxima hervía en sus profundos y humeaba en su cumbre. Y luego fuimos valerosamente a contemplarla. Era día blando, suavísimo, de lluvia de lágrimas, lluvia menudita, que saca la fragancia de maternidad a los campos, que regocija el verdor de los alcaceres y lava buenamente a los árboles.

Subíamos la sierra buscándole hiendas para escuchar los truenos de la sima infernal. Y toda sosegaba. En los abrigos de las húmedas cañadas recibíamos la temprana sonrisa de la primavera de los almendros floridos; la cumbre humeaba bellamente de nieblas muy blancas y tendidas.

Pues entonces ¡no había volcán! Pero el presagio de ruina y acabamiento ya era de precisión que crispaba de terror la pobre

vida nuestra. Había de suceder el 20 de marzo. Estaba escrito por hados fatídicos leídos en el Sol y la Luna. Acaso subiese el mar y avanzase anchamente. Alguien recordó profecías de San Vicente, patrón de un pueblecito memorable por la captura de **el Herrero.** Afirmaron que el santo dijo: "San Vicente será puerto de mar". Y esto no podía ser sino pasando las aguas por encima de nosotros.

Resbalaba el tiempo; mirábamos los astros y no veíamos nada; mirábamos al mar... y tampoco. ¡Señor, Señor! ¡Y era posible que pereciésemos viéndonos tan sanos, gozando tan deleitoso clima y sin poder apercibirnos contra el enemigo!

Los ricos invernantes huyeron. Hoteles y hospederías quedaron despoblados, tristes, en silencio. Por sus corredores y aposentos sólo resonaban las pisadas del dueño entristecido. Y antes que nuestro delgado cuaternario, tembló el comercio alicantino. Las gentes huían...

¡Oh, profunda, brava, consoladora y sin igual alegría de medrosos y mercaderes, que podían vengarse de la propia flaqueza y de sus quebrantos, odiando y maldiciendo ferozmente al escondido mónstruo de la catástrofe, plasmado y hecho carne en los sabios geólogos, astrónomos y periodistas que, presagiando y publicando el extermi-

nio, nos arruinaban por adelantado alma y hacienda climatológica!

Mas el augurio tuvo reparos y modificaciones. Nuestro hundimiento ya no era seguro, sino probable, y tal vez nada más que posible. Había de suceder la horrenda desventura... en algún punto. **De cien mil probabilidades,** una tenía Alicante de ser el escogido. Entonces, la incertidumbre fué un padecer de agonía. ¡Es que no podíamos siquiera hacernos el ánimo de morir!

Llegaron las vísperas de nuestras postrimerías, y muchas gentes, acabada la cena, fueron a lo llano y descubierto de las plazas y afueras, para evitar la muerte entre escombros, si es que sucedía anticipada. Por las mañanas, la labor en escritorios, agencias y almacenes se distraía o retardaba. Un señor licenciado hubo de razonar muy severo con su amanuense:

—Son cerca de las doce. ¿No le parece que vino usted tarde?

—¡Sí, señor; algo tarde vine!

—¡Y cómo algo!

—Es que nos acostamos al amanecer. Hemos pasado la noche yo, la mujer y otros vecinos en la calle, porque ya ve... ya sabe... los peligros...

—¡Pero eso es impío! ¡Es impío exponer las criaturitas a las crudezas de la noche! ¿No lo piensan ustedes?

—¡No, señor; si los chicos estaban en casa!

La fe, la piedad revivió en los tibios. Se llenaban los templos de almas laceradas, que pedían confesión. Y después de la penitencia, fuera de los canceles, la mirada pasaba ansiosamente de la dulce umbría de las capillas a la lumbre gozosa del mar que había de engendrar la ola maldita.

En los hogares se rezaba con grandísima contrición, singularmente de noche. Después, las señoras se acostaban sin desnudar sus cuerpos ni descalzar sus pies. ¡Podrían reoogerlas muertas, pero al menos estarían vestidas! También algunos varones ilustres demostraron honestos sentimientos.

Y entramos en la noche siniestra. Terminaba el día del patriarca San José, abogado de la buena muerte, y para el santo eran las oraciones y jaculatorias más fervientes.

Algunos padres, maridos, hermanos, quisieron salir un momento por escuchar el espacio, el mar y a los hombres. Fueron al Casino. En el vestíbulo vieron escrita la pizarra de los telegramas. Devoraron la estupenda noticia y corrieron desoladamente a sus casas.

Las esposas, las hijas, las hermanas, las familias, amarillas, mustias, exprimidas, acabadas por las vigilias, oraban en grupo

de dolor y arrepentimiento. De súbito enmudecieron para atender la noche.

En los olmos y palmeras de los paseos, en los hierros y balaustres de los balcones, gemía el vendaval. Sonó una puerta. Se oyeron pasos, gritos... Las cabezas se rindieron, esperando, esperando... ¡Y entró él! Le contemplaron espantadas, enloquecidas...

—¿Qué, qué?

—¡Por fin! ¡Ya está! Hay un telegrama...

—¡Jesús! ¿Y qué, qué?

—La catástrofe ha sido en Barcelona. Se ignoran detalles de víctimas... Pero ¡ha sido!

Y todas las manos se elevaron al Señor, mientras los labios suspiraban trémulamente:

—¡¡Gracias, gracias, Dios mío!!

... ...

No nos hemos muerto, ni en Barcelona tampoco. Era mentiroso y humorístico el telegrama.

Los alicantinos nos reímos dichosamente gozando nuestra siesta perdurable, y desde ahora no nos conmoverá ni el presagio del más espantoso terremoto.





LA MIRADA



crió Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo crió; macho y hembra los crió". Y el esposo leía y se acordaba siempre con gran contentamiento de estas palabras del Génesis, porque se decía: "Si el Señor Todopoderoso se satisfizo para poblar la Tierra de Humanidad con sola una pareja de esta especie, no peco yo, no pecamos nosotros (porque se refería a su matrimonio), privándonos de producir más hijos de los que tenemos, que también son dos, y macho y hembra, como nuestros padres originales".

Es verdad que era el santo y fervoroso deseo de su acercamiento á la divinidad lo que le llevaba a detener baldíamente los naturales y felices fines de toda varonía en su entereza, ni tampoco salacidad per-

versa de vicio forastero. ¡Oh, no! Venía todo de pobre egoísmo. Decíanse marido y mujer que, aun siendo más que medianamente ricos, como lo eran, el exceso de hijos menguaría el caudal, siguiéndose preocupaciones, atamientos, agobios, y que los hijos no podrían mirar sin aflicción de envidia la abundancia de los niños amigos. Con otros de padres de la medianía se juntaban, y todos hablaban de sus juguetes, de sus corderitos y campos y vestidos, y se enseñaban las meriendas tan distintas. Atravesábanse sus vocecitas, queriendo cada uno apagar las palabras del otro con el cuento y alabanza de lo suyo. Los amiguitos humildes oían la contienda de los dichosos con pena íntima, que les mojaba los ojos, y si alguna vez no podían reprimir la dulce tentación de decir de ellos, reíanse los otros, no creyéndolos.

—¡Qué desgracia, Señor! — suspiraban aquellos padres continentes—. ¡Si nuestros hijos mirasen un día con la tristeza que tienen los ojos de los niños humildes!

* * *

Muy contristado vino el hijo a la casa. Llegaba de otra donde viera un diminuto teatro. Nunca podía alabarse bastante el peregrino decorado, la movediza farándu-

la, su alumbrado, y todo tan hermoso y cumplido, que semejaba de veras. Se lo explicó a la hermana, y los dos, imaginándolo, quedaron con celosa pesadumbre.

Lo supo el padre y al punto les prometió otro teatro cuyo fausto, invención y acabamiento diera al traste con todas las maravillas soñadas y envidiadas. No quiso traerlo de ningún apartado comercio, porque tenía ingenio despierto, y así trazó el diseño, eligió preciosas maderas y llamó a un habilísimo artífice para que ejecutase su pensamiento.

Partióse el oficial a su taller, agobiado de avisos, de papeles y modelos. Y como se llegase el día en que debiera terminar la obra, los padres, más impacientes que los muchachos, apetecieron verla y fueron, ya entrada la noche, a la casa del buen artesano.

Hallaron cerrado el portal; pero su vejez y resquicios descubrían la claridad de dentro. Miraron por la entrada de la llave y vieron, sobre doladuras y entre bancos, tornos y tablas sentados a una muy limpia y grande, al matrimonio y un grupo de chicos menudos y morenos, menos uno, que era rubio, descolorido y delgadito.

Llamaron los señores, y al abrir y conocerlos, todos se alzaron para recibirlos.

Ligeramente vieron los llegados la primorosa miniatura de teatro, protestando

de que no querían turbar el sosiego de la cena. Les respondieron que ya estaba acabada, que se sentasen y examinasen puntualmente el trabajo.

Miraba la gentil señora la templada alegría, la patriarcal serenidad, que parecía flotar como un perfume fundido con el sano olor de las maderas vírgenes y recién labradas, de las ropas de los humildes, del menaje, de las paredes y vigas del hogar.

Y los esposos opulentos estuvieron pasando y repasando sus ojos por el rebañito de hijos, hasta que ella manifestó su asombro, diciendo:

—¡Ocho tienen ustedes, Dios mío!

—Siete nada más — repuso la mujer sonriendo.

—¡Siete!

Y tornó a contar la señora, y dijo donosamente:

—Pues salen ocho. ¿Cómo brotó el octavo?

Llama de contento y rubor encendió las mejillas, los ojos y la frente de la mujer, y acercando a su regazo la cabecita del niño rubio balbució:

—Es que éste no es hijo de veras...

Los otros rapaces mirábanle riendo y llamándole, porque él, inquieto y vergonzoso de la contemplación de todos, ya

casi llorando, pretendía esconderse enteramente en el cálido refugio de las faldas.

—¡Ah! ¿Es algún huerfanito?—murmuró con piedad la señora.

—No lo sabemos, porque madre sólo la tuvo en el momento preciso y el padre lo socó de la Inclusa y el mismo día se lo regaló a un amigo que tiene tienda; pero su mujer se enfureció, porque no quería hijos de nadie. Yo entré a mercar; ví el alboroto y a la criaturita hundida en un rincón, detrás de una zafra, como un perrito apedreado. Y como la tendera porfiara en echarlo..., pues yo me lo traje; se lo dije a mi marido, y... nos lo quedamos tan ricamente, porque ya ven: quien tiene siete, bien puede con ocho...

Calló la mujer, y todos, en silencio, contemplaron al niño delgadito. Después dijo la inmensa madre.

—Y yo no sé que nos pasa con esta criatura... pero nos dice **padre** y **madre** y mira de un modo que, si se pelean o rompen algo, siempre lo pagan los hijos de verdad, y es que el pobrecito se mete en las entrañas de una, ya que no pudo salir de ellas; y no hay quien lo arranque de allí...

—¡Siete...; es decir, ocho!—murmuraban los esposos señores.

—¡Sí, señora; ya lo creo!

Algo como un remordimiento hería el corazón de aquellos.

Miráronse en lo más hondo de sus ojos, y se estremecieron sus almas de alegría al trasmitirse con la mirada una mutua promesa de santo y fecundo goce...





UN VAGAR DE SIGÜENZA

OS que guarden memoria de Sigüenza no necesitan ahora que yo les diga las prendas de este hombre, asomado en días remotos a las páginas de un menudo libro[1]. Y los que no le conocen, tampoco lo han de menester para lo que de él ha de referirse en este pegujalillo de mi huerto.

* * *

En tarde primaveral muy alborozada y limpia de cielo, y de quietud dulcísima en su calle, salió Sigüenza, antes de que se le mustiara el ánimo a poder de pensamientos, que si no tenían trascendencia ni hondura filosófica, eran de estrechez que agobian las más levantadas ansiedades.

(1) «Del Vivir».

—¿Qué haría el mismo Gœte atado con mis sogas?—se dijo el caballero, quizás para disculparse de su cansancio, ¡y sólo había peregrinado por su aposento! Nada se contestó de Gœte, para no inferirse el mal de la respuesta. Es verdad que entonces pasaba por su lado la gozosa bandada de muchachos de una escuela, en asueto, porque era jueves. Y esta infantil alegría suavizóle de su obscura meditación, y aún le alivió más la vista del cercano paisaje, ancho, tendido, plantado de arvejas y cebadas, ya revueltas y doradas por la madurez, y parecía que todo el sol caído en aquel día estaba allí cuajado y espeso en la llanura, ofreciéndose generosamente a las manos de los hombres, y así, el campo presentaba idea de abundancia, de paz y bendición.

Sigüenza, ya descuidado y aun alegre como si toda la tarde fuera suya y hermosa para su íntimo goce, bajó a la orilla del mar. Liso y humillado copiaba mansamente los palmerales costaneros, como las aguas calladas y dormidas de una alberca. Y el caballero sintió pueriles tentaciones de caminar por aquel cielo acostado ante sus ojos. En el horizonte, una isla de gracioso contorno, la amada mansión de un poeta, sonreía melancólicamente, dorada de sol. Durante la mañana la ciñeron velos de brumas, y ahora, en la tarde, se

descubría alumbrada, pálida y rosa como un cuerpo desnudo y virginal.

Mirándola se imaginó muy opulento y dueño venturoso de la isla; "vió su" bajel blanco, "su" castellar vetusto, "cubrió" espesamente las peñas de pinares, rumorosos y músicos como las olas...

Una gaviota que se alzó de las aguas, y remontada en el azul, mostró la cándida espuma de su pecho, distrajo a Sigüenza de los embelecos de ínsula y poderío a que frecuentemente le llevaban sus mismos deseos de andante independencia.

Anchamente, con aleteo grande y pausado, volaba el ave del mar. La perdieron los ojos ansiadores del hombre; mas luego volvieron a gozarla. Llegaba del ténue confín, habiendo trazado un magno círculo en las inmensidades. Dió un exultante grito y descendió a la paz de las aguas.

Sigüenza la envidió sin aborrecimiento.

Después entróse en la ciudad, siempre pensando en la gaviota, fiera y solitaria moradora de los azules libres del mar y de los cielos y del silencio de los peñascales.

A su lado pasó una niña humilde y delgadita que llevaba cansadamente en sus brazos un rapaz gordo y esquilado como un cordero, y en cuyos ojillos pegajosos de lágrimas y del sueño se le paraban de

esas moscas tenaces, blandas, de los muros y tierras de las calles soleadas.

La detuvo un grupo de amiguitas jugando y conversando de su costura. La niña del rapaz en brazos las miró sin poder sosegar en su canturia y movimiento que acallaban al hermanito. ¡Y esa niña con carga ya de madre, qué ternura y compasión inspiró a Sigüenza!

Volvióse. Asomado a la reja de un colegio le estaba mirando un chico. Era un castigado. Se acercó Sigüenza y vió la sala despoblada y triste; olía a delantales y pupitres. En lo hondo, junto a las ventanas de un patio, mondaba guisantes la vieja mujer del maestro; los cristales de sus antiparras resplandecían fieramente.

—¡Tú solo en la escuela! Todos salieron al campo—le dijo suavemente al muchacho, que entonces le miró pasmado. La señora maestra también, y arregazándose el delantal donde tenía la legumbre, se fué aproximando lenta y recelosa.

—Es que estoy castigado, que no me supe ni ayer ni hoy lo del "participio".

Sigüenza pensando, pensando... y se ruborizó. "¡Dios mío, yo no me acuerdo del "participio!"

La señora quizás tampoco lo supiese. Se lo hubiera preguntado; pero ella le observaba con demasiada severidad y to-

mando del brazo al chico llevóselo junto a su silla.

"¡Oh, ni la posible libertad lo era en la niñez! ¡Y por un "participio", Señor!" Hablándose de ese modo, se fué apartando. Un amigo le saludó jovialmente, golpeándole la espalda. Era hombre joven y macizo; siempre le sudaban las manos, el cuello y la frente; tenía los ojos risueños, y un infeliz gesto de malicia en su boca. Y se llamaba Martínez.

Juntos siguieron andando por las calles. Hatos de cabras se iban parando en los portales. Las esquilas dejaban como una estela de sencillez y vida agreste, de cumbres y sendas amorosas de otero.

Entonces, Sigüenza dijo a Martínez de la fiereza y soledad de las gaviotas. "Yo creo que la de esta tarde me miraba con altiva lástima... Son casi más felices que las mismas águilas; alcanza su señorío a los mares, donde hunden audazmente sus picos y sus cuellos para devorar los peces aun palpitantes... ¡Vayamos a la playa!"

No lo permitió Martínez, que le había escuchado mudo y socarrón. Quería mostrarle, en una cercana casa, algo que Sigüenza habría de considerar como suma de lo maravilloso.

—Pero, ¿qué es? ¿Hombre, o alimaña?

Y el otro, sin responderle, le condujo a una zapatería tenebrosa.

El dueño estaba cosiendo la suela de una bota de paño. En los travesaños de su asiento dormitaba un pájaro grande, viejo, de alas grises, caídas, flojas; una zanca la tenía escondida en el atusado plumón del pecho, que era blanco.

—¡Sigüenza, hé aquí una brava gavina!

—¿Esto es gaviota, gaviota?—prorrumpió admirado, incrédulo y desdeñoso el señor Sigüenza.

El enorme pájaro abrió sus ojos y contempló fríamente al hombre.

—Gaviota, gaviota es—afirmó sonriendo el menestral, y tomó un cigarro que le ofrecía Martínez.

—¡Y se resigna al encierro, a esta vida de calle, de zapatería!

La gavina, cansada, mudó de zanca y tornó a dormirse.

—Es todo acostumbrarse, créalo—murmuró el zapatero—. Este animal se come los garbanzos del puchero lo mismo que un loro. Sale conmigo, siguiéndome. Yo la he llevado junto a la mar; la mira y mira; y si me siento, se acerca y me pone la cabezota encima para que la rasque...

...Sin embargo de la seguida risa del señor Martínez y de la pesadumbre de su desengaño, quiso Sigüenza volver a la anchura del mar y a la visión de sus libres aves.

Cerca de la orilla reposaban las barcas

pescadoras; de sus mástiles pendían, secándose, las redes. Los marineros guisaban su rancho en los anafes; y el oloroso humo llegó a los dos amigos.

—Sigüenza, ¿no comerías de esas ollas? ¿Verdad que sí?

No lo apetecía Sigüenza; y así lo manifestó sencillamente.

—¡No digas que no; no lo digas! ¡Huele!

Y la nariz de Martínez temblaba, y sus ojos y boca brillaban humedecidos por la gula.

Sigüenza dijo que bueno. ¡De todas maneras no habían de comer!

Y pronunció:

—El Eclesiastés ha dicho: "Todo el trabajo del hombre es para la boca de él; mas su alma no se llenará".

—Y casi tiene razón—exclamó Martínez.

—La tiene enteramente. Se afirma que hemos nacido con especiales y altísimos fines que realizar; pero todos nuestros días y fuerzas se consumen para solo conseguir lo que, según el Evangelio, se nos había de dar "por añadidura".

...Llegaba la dulce declinación de la tarde. Todo se bañaba de un azul purísimo; y las nieblas dormidas, reclinadas sobre el mar, liso, inmóvil, como de hielo.

Lejos, rompían la soledad del horizonte las blancas alas de un barco velero.

Amaba Sigüenza esos bellos barcos, que le dejaban en su alma inocencia y sueños infantiles.

—¡Oh, blancas y fantásticas apariciones que parecéis traernos la emoción de tierras de misterio!...

—Pues, Sigüenza, no traen sino salazón; casi siempre bacalao.

—¡Martínez!—Y lo odió.

—"¡Pero qué culpa tenía Martínez!"—Y ya dulcificado, musitó Sigüeza:

—¡Por qué la santa nave del Ideal ha de venir, Señor, cargada... hasta de bacalao, que tanto huele, y hemos de sufrir tan reciamente para sólo ver su alada blancura!

—Es que si no sufres—repuso el amigo—, te conviertes en gavina de zapatero, que baja la cabeza para que le rasquen y come garbanzos fríos del cocido... ¡Y qué cocido, Sigüeza, qué cocido se hará en aquella casa!

Sigüenza contempló enternecidamente a Martínez.

Le había resignado y fortalecido el corazón.





NOTAS DEL MISMO



ODAS las tardes de los domingos, algunas mujeres recién peinadas y mudadas que se hastían de conversar en sus portales, se dicen "¿Por qué no nos marchamos, paseando, al Cementerio?..." "Es verdad; vamos paseando, paseando..." Y andan muy despacio esas mujeres; de ellas viejas, de ellas mozas y aun niñas que miran y atienden insaciables, porque las grandes hablan maldicientes del vestido que estrenó la hija de una amiga; y burlan de la frente del marido de una vecina y de su holganza; y dicen de un hombre que entra a deshora en la casa, sin cuidado del otro... Las viejas mascullan palabras; las solteras talludas se reíen demasiadamente, y las rapazas beben la ponzoña del cuento infame que les presenta una turbia imagi-

nación de las hembras malsinadas en intimidades placenteras.

El camino del cementerio es ancho y sube mansamente, entre viejos sauces de fronda lacia, por un otero pedregoso.

Confidencia o cansancio, detiene y espesa al grupo. Le sigue un hombre que viste luto de rigor. Es Sigüenza, aquel apartadizo que recorrió los parajes leprosos levantinos. Detrás y honda queda la ciudad, rubia y resplandecientes sus vidrieras de sol.

Exhala como un vaho de silencio, de abandono y tristeza que sólo percibimos en las tardes de fiesta.

Por los senderos abiertos en la sembradura nueva y en lo campos labrados, salen gentes que van a merendar bajo el cobertizo de casucas ahumadas y sombrías, de cuyo dintel cuelga una rama vieja.

El mar se tiende al fondo del poblado, un mar dormido y azul. Y Sigüenza, contemplándolo, se dice: "¡Qué tiene el mar en estas tardes de los domingos que nos llama a viajes, penetrando sin ruta por el bello horizonte de nubes blancas y alumbradas de sol cansado! Se desea ir lejos, lejos, sin memoria de que es lunes mañana. ¿No nos mustiará el domingo por ser presentación muy fría de todos los domingos y lunes y martes, de todos los días iguales, disciplinados, como un mis-

mo surco hendido y repasado constantemente...?"

Y la mirada del solitario se recoge sobre las calles postreras donde se percibe, se siente más la honda desolación de la tarde. Todas, todas las gentes se han marchado a solazarse por mandamiento de la fiesta. Sólo quedaron algunos chicos reunidos en los montones de ruina de una obra; no los ha vestido la madre, la tía, la abuela; y en esta tarde no alborotan ni riñen; son más buenos amiguitos que nunca. Los gorriones saltan descuidados por umbrales, luceras y sobradillos; desde una entrada profunda, desde una reja con celosías, los mira una enferma, un anciano, y una viejecita muy seca, que tiene las manos cruzadas como los cadáveres, reza o se acuerda de hijos o de tiempos desvanecidos o no piensa, fijos los ojos en un trozo de cielo pálido.

Cerca del Cementerio, junto al camino, la cuesta del cerro se suaviza haciendo una solana de alfar, redonda y espaciosa como una era, donde se cuecen y secan al sol las tiernas vasijas de un alcaller. En la callada tarde de domingo el obrador del alfarero está cerrado; y en la yerma tierra, dos pordioseros huelgan un rato, de implorar y plañir, y fuman y repasan los mendrugos y cuartos que guardan en un fardel mugriento, y ríen comentando

desmanes, ribalderías o alguna honradez graciosa, para la cual también pueden estar capacitados.

Al cabo del camino ven el grupo de mujeres y después la soledosa figura de Sigüenza. Se alzan los pordioseros; se les acercan y aún con visaje de risa y burla, tienden las manos y doblándose dicen su lacería.

Entonces, de las más añosas mujeres, una les grita enemiga: "¡Piensan que no les vimos despiojarse y reír en aquel erial, ni que vemos ahora la socarronería!... ¡Vayan, vayan que menos padecen que quien tapa por vergüenza su miseria!..."

Los mendigos se allegan a Sigüenza; los ojos de los míseros repletos van de la iracundia encendida por las agrias palabras de la vieja, palabras que recibió el ánimo de Sigüenza como muy prudentes. "¡Ahora venían estos alegres hombres con voz de mancilla!... Apaga la hipocresía todo piadoso sentimiento... Ciertamente más felices y en relación menos escasos se hallarían que él, cuyo traje era de luto teñido..."

—¡Hermanos, Dios les remedie!

Y se aparta Sigüenza musitando aquel famoso apóstrofe de Benengelis... "¡Pero tú, segunda pobreza! ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con otra gente? ¿Por qué los

obligas a dar pantalia a los zapatos y a que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio?..." Y diciéndolo el caballero contempla su ropa, su calzado, y a punto de entrarse en maquinaciones le interrumpe el rodar de un coche fúnebre; su ruido retiembla hasta en las entrañas de la calzada.

Apresúranse las mujeres por llegar a tiempo de ver el cadáver que quizás conozcan.

Ya en el Cementerio, pasan entre nichos y panteones, bulliciosas y parleras o entretenidas mirando ajadas ofrendas, deletreando versos de humildes oracioneros alquilados; epitafiios llorosos, de loa, de exaltación romántica. En algunos se jura "llorar toda la vida sobre la fría losa".

Sobre la fría losa ha crecido hierba menudita, espesa, rizada; pero no hay nadie.

Los afligidos que hacen compañía a sus muertos, porque así creen recibir consolaciónn, por piedad, por amor o por costumbre, distraen un momento la plegaria de sufragio y miran con recio enojo a estas mujeres de los domingos. "¿A qué vendrán? ¿Es este lugar de ocio?" murmuran considerándolas intrusas.

Y nuestro caballero piensa que ellas vienen porque se aburren en sus portales, y vienen porque aunque amemos natural-

mente la vida y ensalcemos el gozo de vivir, hallamos en la muerte una ciega atracción, un invencible interés separado de todo ascetismo, de toda moral filosófica, interés morboso, perverso; porque les sucede a muchas imaginaciones representarse, ver, plasmar la muerte en los muertos, y en lo muertos de los demás, en los ajenos.

Arrinconado en los muros hay un viejo sepulcro, grietoso, alto y estrecho. Letras cavadas hondamente en mármol, declaran que dentro está quien fué virrey de las Indias, "y que sus grandes virtudes y merecimientos hacen perdurable y grata su memoria".

Ni las mujeres, ni Sigüenza han sabido nunca de tan ilustre varón. Y siempre contemplan largamente este sepulcro. Un custodio del Cementerio les dice que al señor virrey no lo sepultaron yacente, sino de pie y con su fausto de arreos, insignias y ropas militares, que al podrirse, con la carne se desprenderían y quizás quede el esqueleto desnudo y erguido.

A Sigüenza se le antoja que el señor virrey no ha muerto y que tampoco es vivo, sino que allí lo encerraron con violencia, impedido de vida y de muerte. Inquietado de tan sandia quimera entra nuestro caballero por una calleja angosta, andando remiso y suave porque en esta es-

trechez los pasos se perpetúan, y quedan resonando solos mucho tiempo. Y llega al Cementerio de los pobres. Le recibe toda la tarde, ancha, libre, dulce en sus confines de montañas azules, resignada en la soledad de las llanuras aradas, melancólica en las umbrías; el aire viene mezclado suavemente de olores de hierbas, de surcos y hontanar, como vuelo de un ave invisible que se recoge en estas afueras, invadidas de hortigas y geranios y cruces de leños, y muradas por tapias bajas.

Matas viciosas y floridas de dondiegos dejan en el ambiente mística fragancia, como esencia de vidas acabadas que se funden con la magna vida.

Una mujer del grupo rompe un tallo de la planta aromosa y prende una florecita en su cabello. Sigüenza cree percibir un quejido y ver la flor arrancada como una gota de sangre.

Las mujeres rodean una sepultura cuya cruz se hunde entre un hinojal bravío; detrás asoman tumbas ruinosas y sube la negruzca lanza de un ciprés. Un rapacillo refugiado en las faldas astrosas de su madre descabeza hormigas. La madre muestra muy honda aflicción.

Sigüenza se va acercando y oye del grupo chismero la vocecita trabajosa y caduca de la vieja que rechazara a los alegres mendigos del alfar, que está murmu-

rando: "Bien saben hacerlo para dar compasión; esto no es sino farsa de desgracia; me creo que ni el muchacho es hijo, ni el muerto suyo". Y, luego, se apartan, y Sigüenza nota vacilante y menguada la dulce llama de la caridad. Entonces, él dice: "Porque los mendigos reían no merecieron socorro, y, ahora, porque los mendigos muestran sufrimiento, decimos si es mentiroso. ¿No descubre esto en nosotros raíces de crueldad, deseo de que sea cierta la desventura e incesante en su opresión?"

...Retorna Sigüenza por el ancho camino de los sauces. De la cumbre del otero baja un hato de cabras. Comienza la santa hora del crepúsclu; en el ocaso se deshace la brasa de una nube...

FIN DEL HUERTO PROVINCIANO

NOMADA

DE LA FALTA DE AMOR

Y yo he sido el oprobio
de ellos; viéronme y me-
nearon sus cabezas.

PSALMO CVIII.



Esta primera parte del *Huerto Provinciano* se cierra con mi NOMADA.

Me inspiró esta narración un periódico lugareño que glosaba, con secas maldicencias y frialdades de consejos y moralejas de portal, la ruina, el abandono y apartamiento de un ex alcalde de Jijona. Pero yo ví en el vagabundo tribulaciones, ansias y altiveces de hidalgo desventurado.

Escribí estas páginas bajo la mirada de tristeza de mi padre enfermo, y con la inquietud de un fracaso en la lucha por el sosiego y firmeza de mi casa.

Cuando llegó la noticia de que en el concurso de *El Cuento Semanal* había sido premiada mi novela, mi padre, ya muy postrado, lloró sus últimas lágrimas de felicidad. ¡Benditos sean aquellos hombres que al premiarme mitigaban los padecimientos de una vida santísima!

El mismo día que se publicaba NOMADA, el 6 de Marzo de 1908, mi padre expiraba.

En su agonía serena, dulce, luminosa, de elegido y de sabio sencillo, acongojóse por mí, porque me enlutaba mis primeros pasos artísticos. Su mano se fué enfriando sobre mi frente.

Mi hermano y mi madre le pusieron en el costado del corazón el primer ejemplar que tuvimos de NOMADA.

Así quedó hecha desde entonces la pobre ofrenda, ungida de dolor de orfandad.

Pongo esta novela a la sombra de los primeros árboles de mi *Huerto Provinciano,* porque en alguna de sus hojas pasa también la emoción del padre muerto; como que fueron escritas en mi primer año de desamparo, y de profesión de escritor, de escritor retraído en una paz horaciana mentirosa.



I



ESPACIO, y en coloquio piadioso con el ama Virtudes, ovillaba doña Elvira la recia madejea de lana azul, para seguir urdiendo los doce pares de medias que ofreciera en limosna.

Servíanle de devanadera las rollizas manos del ama.

Era la señora vieja, cenceña, grave, de habla compungida de priora; y la criada, mediada de años, maciza, con pelusa de albérchigo en las redondas mejillas, luminarias en los ojuelos grises, y pechos poderosos y movedizos, que doña Elvira no miraba sin decirse: "¡Para qué tanto, Señor! Es ya insolencia". Y el visaje lastimero del ama parecía replicarle: "¡Y yo qué culpa tengo!"

—Ama Virtudes, me temo que llegue el frío y no podamos entregar al señor Rector los doce cabales.

—¡El frío! ¡Y hasta que anochece cantan aún que revientan las cigarras en las oliveras!

—Atiende, ama, que estamos en septiembre y se han de acabar para Todos Santos.

—Pues para entonces, dé la señora los que haya (que bien serán ocho), y los otros a la Purísima, que es cuando es menester el abrigo.

—Dar en veces...—y detúvose doña Elvira, porque la hebra se había enredado en los pingües pulgares del ama Virtudes —. ¡La quebrarás!... Dar en veces la promesa no me agradaría... ¿Lo ves?... Se ha roto. ¡Claro! Es que te distraes, ama.

—¡Es que fuera me creo que habla don Diego!

—¿Dices de don Diego?—Y la señora quedóse mirando el ovillo gordo y azul como un mundo de Niño Jesús.

—Sí; ¡la voz de mi hermano!

Jovialmente ladró un perro y sonarón espuelas.

—¡Oh, ama Virtudes, nuestro Señor no quiere mi paz!

Luego, las dos mujeres pusieron la labor en un rubio cestillo y comenzaron el Rosario.

Pasó un lebrel, que se detuvo resoplando en el regazo del ama; sus fauces abiertas y encendidas simulaban reír; meneaba

la cola solicitando caricia; pero ama Virtudes rezaba.

Don Diego quedóse en la puerta de la sala. Roblizo, sanguíneo, sólo en lo corvo de la nariz y en los rasgos altivos de la boca había semejanza con su hermana. Iba enlutado y se tocaba con un fieltro inmenso.

—Decían fuera que estabas ya en tu dormitorio, y aun no dieron las ocho en el pueblo. Ahí fuera son todos unos miserables. Me reciben como si vieran al Enemigo.

—Estamos rezando el Rosario, Diego.

—¡Siempre que vengo te encuentro rezando, hermana!

Y el caballero sonrió; sentóse en una butaca y exhaló espesa y blanca nube de humo de su cigarro.

A sus pies tendióse el perro.

—Estamos rezando, Diego.

El caballero descubrióse y reclinando la cabeza, rapada y sensual, en el borde del ancho respaldo, miró a las vigas.

En el segundo misterio, el lebrel tuvo pesadilla y comenzó a gañir y estremecerse. Los senos del ama Virtudes palpitaron tan violentos y pujantes, que la señora los contempló iracunda.

—"¡Señor, Señor!" — suspiró el ama cruzando los brazos; pero no lograba serenarse.

Don Diego condujo el perro a la cocina, ya obscura; el mastín de la heredad arrufó ferozmente, arrastrando la cadena sobre los cantos. Ladraron las dos bestias enloquecidas; gritaba don Diego y respondíale zahareña una voz de mujer.

La señora besó la cruz del abalorio, y dijo:

—¡Ama Virtudes, Nuestro Señor no quiere mi paz.

Ama Virtudes, que ya había recuperado la suya, gimió, beatísima:

—¡Señor, Señor!

II

En otro tiempo fué don Diego alcalde de Jijona. Varón opulento y llano, trazó festejos peregrinos e hizo grandes mercedes. Tenía dos galeras enormes para ir con sus amigos a holgar en las masías, y caballos veloces que montaba como un indio. Casó en razonable edad con una castellana, tierna y hacendosa como la sabina o calabresa de Horacio; y engendró una niña delgadita y pálida. Creció la hija; siempre estaba callada y sus ojos viajaban, sin saciarse, por los campos y el cielo. Cuando llegó la Pascua de un año, la vistieron de blanco. Su padre, al mirarla, reía secándose las lágrimas y la llamó rama de

almendro en flor. "¡Si no me atrevo a besarla para que no se deshoje!"

Y el tifus la deshojó. Murió la niña y murió la madre. Don Diego blasfemaba con locura, pero sufragó misas y plegarias hasta en la capilla de su principal masía, en la hermita de San Sebastián y en el humilladero de San Antonio y rezó muchas tardes con su única hermana doña Elvira, sue se mantuvo siempre en doncellez y habitaba una heredad blanca, acribillada de ventanitas y luceras, y tapiada como un convento.

En los estrados de las casas señoriles de Jiiona y en los portales de las humildes, platicaban las gentes del apartamiento y aflicción de don Diego. Este hombre, fuerte, alborozado y aturdido, que jamás supo paladear la miel de la vida, aun desbordante de contento, sufría reciamente cuando aquél se disipaba, y el recuerdo del bien, apenas gustado, le ceñía de dolor el alma como un cíngulo de fuego. "¡Señor—decía—si es que yo no me daba cuenta; y me marchaba y no las he gozado! ¡Señor, devuélvemelas! ¡Lo juro! ¡Señor, yo qué sabía!" Y el afligido vagaba por los corredores, por el comedor y las salas de su casón, gritando los nombres de las muertas. Seguíale siempre el perro, alto, flaco, caminando lento y entristecido, con tanta humana tristeza en sus nobles

ojos, que parecía pensar: "¡Si yo pudiese llorar, sin que tú, amo mío, me oyeras!"

Una tarde, rezando con su hermana, sintió don Diego que la angustia, angustia crasa, toda hiel, le ondulaba hasta en el penetral de su alma y cortó un Credo con sollozos. Doña Elvira, para mitigarle, dijo dulcemente: "¡Si Nuestro Señor se ha acordado de tu mujer y de tu hija y ha dispuesto de ellas, es porque así convendría, hermano! Murieron nuestros padres, morirás tú, moriremos todos... ¡Todo ha de morir! ¡Pues cúmplanse los designios del Altísimo!" Y luego prosiguió: "Padeció bajo el poder de Poncio Pilato..."

Don diego cruzó a saltos el opesento. Pronto los cascos de su potro cavaron el camino de la heredad en galope frenético, mientras el caballero murmuraba: "¡Y por qué el Altísimo no se habrá acordado de mi hermana!"

Cuando por las noches, llegaba a su mansión, ama Virtudes, ama porque lo fuera de la niña muerta, lo recibía suspirosa. La frente y los carrillos del ama relucían de grosura. Sus ojos, entonces, eran todo lumbre. Mirábala don Diego preguntándose: "¿Qué habrá dentro de esta pobre orza de manteca, siempre encarnada y resudando?" Seguidamente padecía remordimientos de la grosera desviación de su amargura.

Alumbrábale ama Virtudes hasta su alcoba, dejándole una cándela prendida y agua en un hondo copón de vidrio rizado. Luego intentaba llevarse el perro, y éste que, aunque manso, era socarrón y malicioso, derribábase en la alfombra y le entregaba sus brazuelos, como diciendo: "¡arrastráme si puedes!"; y entornaba los párpados para no ver a su enemiga. La cual no podía.

Desnudábase don Diego, y el lebrel le enviaba su mirada húmeda y grande. Apagada la luz, sentía el caballero un vaho caliente y sonoroso. De súbito, el arcaico lecho de caoba lanzaba un crujido de ruina, y el perro hundíase enroscado en la blandura. Lo supo ama Virtudes y lo contó a doña Elvira, que distrajo la lección de los Anales de Nuestra Señora, y estuvo meditando espaciosamente. Después, pronunció:

—Dime, ama Virtudes: ¿y no será **esto** la cruz que te depararía el Altísimo?

¡Ay, sí! La señora hablaba sabiduría. ¡Era su cruz! Y suspiró.

—¡Señor, Señor!

* * *

...De margen à margen de la acequia se cruzaban las junqueras, altas y negruzcas. Pasaba el agua, panda y limpia. Las sue-

las del calzar de don Diego se habían teñido de huco de hierbas. Alzó las fuertes manos y combó una rama del avellano y aspiró la fragancia de la corteza herida. Lejos, un chopo temblaba sobre los cielos gloriosos de azul profundo en soledad de nubes. Era mañana de junio.

Don Diego se sentaba, se tendía; estregaba su boca en la frescura del verdor; enfurecido, pasábase el pañuelo por la nuca, por la frente y las sienes persiguiendo hormigas invisibles. "¡Pues yo debo de tener hormigas, y me entran y llegan a los mismos huesos! Pero ¿dónde están?

No estaban. Bañóse a puñados toda la cabeza. ¡Y la comezón, sin alivio! ¿Sería su sangre? ¡Oh, huía de la tristura de su casón, moría su alma en el trampazo de los recuerdos de dichas disipadas, sufría! ¡Y su sanidad era espléndida, y su sangre le regaba espesamente, y todos sus poros parecían abrirse codiciosos de deleite!

Pasó un ganado que le dejó ambiente de majada. Detrás iba el pastor haciendo pleita. "Salud, don Diego", le murmuró. Ya remotos, destacábase el cabrón brincando pesadamente entre las hembras dóciles, apretadas por el sendero.

Pasaban mujeres campesinas, anchas, fuertes, de tranzas opulentas y senos maternales. "Salud don Diego".

¡Salud! ¡Si estallaba de salud! ¿Cómo

podía decirse que el sufrimiento aja, enflaquece y mata a la misma mocedad, si él tenía cincuenta años y desgarrada el alma, y le borbotaba la vida como al avellano mordido y al morueco bravío?

Dejó el paisaje. En el pueblo juntósele un amigo. Fueron al Casino; pidieron ron y fumaron puros.

—Te estás cebando, Diego — dijo, de antuvión, el camarada.

Diego le odió y se odió a sí mismo, porque era verdad. "Aquella quietud suya—añadía el otro—no daba sino fuerza para padecer con fuerza... ¿No sería preferible abandonarse a la misma vida, otorgándole lo que pide? ¡Qué iba a hacer! ¡Acabaría por reventar!" Don Diego se vió reventado, llenando un féretro gigantesco, puesto en su tumba entre un ataúd blanco, afilado, y otro negro, largo y estrecho...

* * *

Cenó. Ama Virtudes le oyó silbar y salir.

Don Diego contempló la noche, llena de astros. Uno grande y pálido le dió conjoga. Y buscó el refugio del Casino. En una sala había ruleta. "¡Bravo, don Diego! ¡Por fin, don Diego!" Fué acogido alegremente.

Muy tarde llegaba a su portal. Abrióle ama Virtudes.

—Pero, ama ¿por qué me esperas? ¡Si tengo llave!

Ama Virtudes iba ataviada como de día; su cuello, de doble ola de carne, trascendía de colonia reciente; en sus orejas vislumbraban el aljófar y coral de sus arracadas de nodriza, y su cabello, surcado por raya en medio, se plegaba con picarescas gracias de tenacilla. "¿Qué habría en lo hondo de esta manteca rezumante?", se preguntó don Diego. Y la estuvo mirando, mirando. Ama Virtudes sentía que las gallardas cúpulas de sus senos se alzaban.

—¿Sabe, ama? —repitió don Diego—, no me aguarde más. Yo tengo llave.

El ama suspiró y no dijo palabra. Y todas las noches lo esperaba.

...Don Diego acabó por casi morar en el Casino, fumando puros, sorbiendo ron y jugando frenéticamente.

Vendió su gran masía; después otra y a poco la última.

Súpolo doña Elvira. Noticiábale ama Virtudes las ventas postreras, y ya prorrumpía en su invocación al Señor, pero aquella la contuvo pidiéndole súbita, desencajada:

—¿Por cuánto, dices, la última?

Y como era exigua la cifra, quedó en abatimiento la señora. "¡La perdición, ama Virtudes, la perdición"!

...Don Diego, siempre robusto, ahito de Casino, pensó con Juan Ruiz.

«...Que una ave sola nin bien canta nin bien llora,
el mástil sin la vela non puede estar toda hora,
nin las verzas non se crían tan bien sin la noria...»

Y aunque no había leído ni el nombre del famoso arcipreste, conoció mucho a doña Venus y hubo hembras placenteras.

Y en el recogimiento de las salas señoriles, y en las cocinas patriarcales de las masías comarcanas, en las calles y en los caminos, se murmuró menudamente de la vida de escándolo del caballero. Sobre él llovieron avisos prudentísimos de graves señores y consejos de amigas de la muerta. Todo se lo contaron a ama Virtudes, que se presentó a don Diego sin arracadas ni olores y lacias las bandas de su cabello, despidiéndose de su servicio, porque pasaba al de la señora doña Elvira. "¿Se habrá enterado—pensó don Diego—de que he vendido hasta mi pobre casón, y escapa villanamente de mi ruina? ¡Dentro de esta orza de manteca, sólo había codicia!"

Codicia y otra cosa que no averiguó nunca don Diego.

Era distraído caballero.

III

Ya no era corregidor don Diego. Agotósele el caudal: Y casi con los últimos dineros, encargó a Valencia dos ampliacio-

nes fastuosas de sendos retratos de las muertas. De lo cual recibió fiero enojo doña Elvira. "No, no era posible apiadarse del pródigo". Y ya lo acogió siempre rezando, para evitar todo cuento de lástimas y súpica de auxilio.

Decíase don Diego: "Mi hermana es una miserable... Los criados de mi hermana son unos pobres diablos, y son también ¡unos miserables!, porque no reflejan únicamente la frialdad de su señora, sino que añaden odio natural y alegría grosera viendo menesteroso al encumbrado".

Supo, entonces, de otra soledad que no era la noble, íntima y romántica que ennoblece y alumbra y ama el espíritu en tribulación por muerte de los amores, sino soledad hecha por las gentes, dentro de ellas mismas.

"¿Y si yo me colgara de un olmo, del de mi patio, por ejemplo?" se dijo al despertar una mañana. "¡Matarme, no!... Pero, ¿y si me marchase muy lejos?..." Y vió como un campo inmenso; en lo cercano, seco y obscuro—y aquí estaba él—; y en el confín remoto caía el regocijo del sol cruzando de oro florestas lujuriantes. ¡Oh, tierras apartadas; oh, tierras nuevas!

Dañábale la visión de los montes natales, hoscos montes de umbrías sativas y laderas ultrajadas con muros de albañile-

ría para contener las parras que rinden los famosos racimos invernales.

Evitaba las huertas y cañadas, antes amigas, porque él no tenía ya terrazgo suyo Y huía de las gentes... Los hombres de Jijona, esos fenicios del turrón, regocijados y audaces, y las mujeres de Jijona, esas hembras de trenza tendida, pálidas como la fruta descortezada de sus almendros le miraban...

Desde las ventanas del maldiciente Casino, tacaños amigos de hacienda cuantiosa, señoritos baldíos y hasta los mismos ajedrecistas, terribles como agoreros, le miraban.

Los pobres policías lugareños, cuyas blancas o grises alpargatas destacaban crudamente con el uniforme—lo notó siempre don Diego—menoscabando, acaso, la autoridad de los arreos, también tornaban la cabeza para mirarle y malsinar...

Acercábase el Corpus, festejado en este lugar con maravilloso ardimiento. Tienden los jijonencos sogas de balcón y fenestra a balcón y fenestra fronterizos y cuelgan espesamente las calles, nublándolas, con albendas, fundas de cabezales y sábanas bordadas y humildes con livianas tellizas, recios cobertores, camisas y eneguas lisas y randadas; zagalejos rozagantes, medias blancas de abuela, rojas, negras, azules, de piernas fuertes... con todas las ro-

pas y lencería de los hogares que, mirándolas, mueven a pensar en tálamos de cumbre imponente, lechos blancos de doncella, cuerpos secos, bisuntos, rollizos, nerviosos, limpios, placenteros, en la mocedad, en la senectud...

Los corazones de las mujeres de Jijona se acucian y envidian en este día eucarístico.

Y don Diego, que imaginaba ese delirio de júbilo y emulación, y que contemplara un gran rato, vacíos sus arcaces, en cuyos ángulos se habían podrido los membrillos puestos por la muerta; ansioso, transido, vendió su caballo, regaló su lebrel y huyó del lugar...

¡Oh, tierras desconocidas y apartadas! ¡Oh, santas tierras, refugio y alivio de las ansias del hombre lacerado!...

* * *

En el cabriolé de la diligencia viajaba don Diego, un curita y su madre, mujer de pueblo, cruzado el busto por pañolón pintoresco y rancio, de suaves pliegues. El polvo del camino había puesto como blusa de molinero el hábito del presbítero. La madre guardaba bajo su delantal el sombrero afelpado del hijo, y cuando les cegaba una tolvanera, decía: "¡Mira que no traerte gorro para ti ni caja para el

sombrero, siendo el nuevo!" Y el curita siempre contestaba: "Es el no pensarlo, madre"

Enternecían a don Diego estas menudas tribulaciones, aborreció al mayoral, que ladeaba la cabeza para celarlas con calma y burlería.

La diligencia se detuvo en una venta grande, de paredes tostadas, para remudar el bestiaje. Se veía apartado un pueblo blanco, reposando entre el vaho de bancales segados. Era una llanada.

Algunos viajeros se acercaron al eclesiástico y estuviéronle hablando; sus gestos eran iracundos, terribles. El curita volvióse a don Diego:

—¿No ha oído? Dicen que **nos** van a enganchar un caballo loco.

Contestó don Diego que no sabía palabra.

—Pues mire, mire todo el mundo como está.

Aunque se dirigía al caballero, la madre de aquél era quien miraba y escuchaba afanosamente. Un señor gordo, con lentes negros donde se espejaba la venta y el cielo en lindas miniaturas, habló de acudir a las autoridades del lugar cercano.

El ex-alcalde contempló el pueblecito, que parecía dormir en la paz campesina, alumbrado por el buen sol. ¡Autoridades allí!... ¡No era una lástima! ¡Como en to-

do, autoridades y gentes con ruindad, con agobios y malquerencias en medio de la calma y alegría geórgicas, augustas! ¡Si él había amado el lugarejo porque lo imaginó desierto!

Por el portalazo del hostal asomaron las bestias, apeladas casi todas, blancas con salpicaduras cenicientas, como tomadas de la tierra de los caminos. Reposadamente sueltas y solas, se acercaban al abrevadero, pilón largo y angosto, verdeante como una acequia y techado con vieja parra de uvas polvorosas picadas por los pájaros. Pero el agua no se vertía allí con estruendo y libre, sino mensurada tacañamente desde una caja que encerraba la espita.

Esta muestra de sordidez irritó a don Diego más que el peligro del caballo loco. "¿Quién no se fingía al ventero, antes de dar con el arbitrio de la prisión del agua, notando sus hurtos o pérdidas, agrio de palabras con los viandantes, con su mujer, con los hijos, y maquinando siempre, en la cama, en la cantina y sentado a su puerta durante el crepúsculo?"

La madre agua, que regocija nuestros ojos, que suaviza y encalma nuestros nervios, que sólo oyéndola nos parece sentir su fresca delicia, presentaba también a don Diego innoblezas, rapacerías, codicias de los hombres.

De súbito le distrajo la vocería de sus

compañeros. Al uncirlo, se había encolerizado un caballo; coceaba, bramaba, saltaba proceloso. "¡El loco, el loco!", gritaron despavoridos hombres y mujeres. Y el mayoral reía socarronamente, murmurando: "¡No hay cuidado, no hay cuidado!

Todos le miraban con rabia. El de los anteojos propuso el abandono del coche y quedar en aquella solana.

—¡Al amparo del Señor! — agregó la madre del presbítero.

Don Diego no sabía si terciar en la contienda. Quería indignarse y no lo lograba. Jinete y bridista o auriga intrépido, amaba las audacias. Lo que sí haría gustosamente, era darle dos puñadas al cochero por vengar las angustias del clérigo y su madre, y aun otra al hostalero, porque sí. Pero éste se había entrado y aquel no admitía pendencia. Nada más reía bellacamente, y no de don Diego, que terminó por decirse: "Es que este hombre no habla, no insulta, no atropella; goza, se esfuerza haciéndose antipático, haciéndose odioso... ¡Y no es menester...!"

Rodó la diligencia cruzando viñales y rastrojos. Los pasajeros seguían gritando amenazas. Los caminantes la miraban pasmados. "¡Van locos!., dijo un mendigo; y un labriego que azadonaba cerca, replicó: "¡Cá; habrán comido en la venta!", y siguió cavando.

El estrépito y bazuqueo del coche; las campanillas de las colleras, que sonaban según el trotecico de las bestias; el zumbar de moscas y la canción salmodiante del zagal, rindieron las fieras voluntades; y fueron las cabezas reclinándose en las taplas mugrientas y los ojos cerrándose. Si un trampal o un remiendo de grava del camino atollaba o sacudía el carruaje, la gente despertaba buscando, con pupilas espantadas, al caballo loco.

Menguó la marcha. La diligencia se había parado.

—¡Si eso ya lo presumía yo!—dijo con gran voz el hombre de los lentes.

—¿Qué pasa, qué pasa?—gritaban desde la berlina.

El curita, asido nerviosamente a un brazo de don Diego, alongaba el flaco cuello para mirar, mirar. La madre invocaba a San Rafael y a San José.

Y el mayoral se reía en silencio. "¿Qué pasa, qué pasa?" Nada; que se había soltado una brida del delantero.

Aunque decían del caballo delantero, todos miraban al caballo loco.

...Y cuando el coche se detuvo en el primer pueblo, los viajeros se deramaron por las calles: quiénes buscaban al alcalde, quiénes rodeaban al párroco, que saliera a retirar de la valija **El Siglo Futuro.**

El administrador de postas y coches en

aquel villaje dispuso la substitución de la bestia aborrecida. Y el mayoral desenganchó y llevóse un humilde caballo de orejas mustias, mirada triste y ancas hundidas y osudas, de recio pelo amasado por el sudor. Después salió risueño tirando de otro animal en cuyas quijadas doblábase un bálago largo y nudoso, traído del pesebre.

La gente se amotinó. "¿Qué era aquello? ¡Fuera el loco! ¡Qué se lleven al loco!" Y todos los brazos señalaban al caballo que había saltado y coceado en la venta.

—¡Pero si el loco—exclamó el mayoral entre una carcajada que le inflamó hasta la frente—, el loco es el de antes, que está ya en la cuadra!

Don Diego miró con desprecio a los viajeros, bajóse del cabriolé, acarició al caballo odiado por tantos corazones; entró a los pesebres, se abrazó al pobre loco y lo besó llorando...

IV

...Delicia exquisita y bienhechora para la carne y el alma, debía ser recibir en la piel, en la nariz, en la boca, en la mirada la frescura de aquel prado francés de heno espeso y jugoso que hollaba don Diego, porque, contemplándolo, olvidó, por un

momento, el nómada caballero toda su malparanza. En su pueblo, lo más parecido a esto era un vasto plantío de alfalfa de su gran masía y los alcaceres de las haciendas de su hermana...; pero no, no era comparable, porque en Jijona no había anchura y a los verdores atusados de la sementera seguían tierras peladas. Aquel prado era una soledad vastísima, mullida de terciopelo esmeralda, que exhalaba un leve humo de niebla y ondulaba dulcemente en el confín, donde pacían vacas rojas y se alzaba una torre de pizarras agudas.

Don Diego había envejecido. Su barba estaba abundosa, crespa y cándida como ola rompiendo en peñascal, y su cabellera, larga, hirsuta y blanca como una encina nevada.

A poco de expatriado, rodaba el caballero de Consulado en Consulado español. Y así ambuló sus hambres por tierras americanas. Y arribó a la vieja Europa. Vió artistas y hombres de sabiduría; de ellos calvos, de ellos con barbas y cabelleras proféticas, como las suyas. Y ya las quiso tiernamente, porque al volver a su patria vencido y miserable, ellas guardarían la evocación de su vida peregrina, horra d' miradas tenaces de paisanos.

Una noche, en Francia, jugó y hubo fortuna. Comió refinadamente, bebió vinos perfumados como frutas y sintióse fuerte

y ganoso de amor placentero. Lleváronle amigos nuevos y alegres a un hotel. La dueña le presentó una hermanita suya, según dijo.

Quedaron solos la niña y don Diego. Se miraron; quiso ella hablar y él le pidió que no hablase. Después la besó en los ojos y en los cabellos; le entregó diez luises que le quedaban; quiso besarla más. Y el aventurero sollozó. Entraron los camaradas y hubo júbilo de burla. ¡El pobre viejo...!

...Y esta remenbranza le acompañó mientras sus pies se hundían en la pastura tierna y espesa. Detúvose y balbució. "¡Ella era tierna como este heno y tenía catorce años como mi nena!" Y contempló la lejanía melancólica.

En el crepúsculo llegó a Burdeos.

El señor cónsul lo remitió a España.

V

Remataban el cabo peñascos monstruosos, infernales, de la color y rudeza del hierro. Llegaban verdes, anchas, las olas, de cumbres como torsos redondos y palpitantes; hacían un avance de fiereza humana; dentro de ellas chocaban rugidos espantables; se precipitaban y, alzándose, caían tronadoras sobre las rocas; y al separarse rendidas, se descubrían los abis-

mos, las cavernosas raiganmbres del peñascal; y hervían, tejiendo blondas, las espumas, sonando como las mieses maduras y oreadas.

Tendido en el hueco de un peñón saledizo, cavado por las aguas, sorbía con avidez don Diego la sal y el estruendo y la respiración untuosa de las entrañas del mar. Pasábale una ola, y el nómada besaba ambiente y espuma, y su barba y cabellera mojadas y lacias; y enternecíale verlas como plantas marinas, goteando mar en las peñas, por cuyos surcos bajaban arroyos, trenzas y sirgos de agua, con sus canturias y retozos, que hacen los buenos y dulces arroyos de las sierras, padres del césped, que se trasfunden en jugos de arboleda y sacian la sed del andariego, del rebaño y del águila...

Miró don Diego los costados del roquedal, grietosos, mordidos, llagados por la devoración de las aguas. ¿Cuántos siglos tendrían las pobres rocas? ¿Tendrían dos siglos? Más. ¡Lo menos cinco! ¿Cinco siglos? No servía contar. La cifra, ante lo magnífico, no expresa... ¡Entonces las pobres rocas tenían siglos, siglos, siglos!

Y desde que fueron, sólo allí habían estado; quizás siempre allí, sintiéndose ceñidas por brazos de oleaje, brazos como de cuerpos que rugen en el espasmo de la posesión... Y las corrientes de aguas, de-

jadas arriba por la ola, les caían como lágrimas que escaldaban y abrían sus mejillas seculares...

El tenía sesenta años; y había amado, había placido de la vida jubilosa, había llorado. Empobreció; cruzó lejanas tierras, hendió su aflicción los alborozos y faustos de los pueblos y el silencio y soledad de los paisajes; y entre tanto, las aguas rodaban por estas pobres rocas; cuando nació su hija, las aguas caían por ellas; cuando murieron sus amores, cuando abandonó Jijona, también las aguas se derramaban por las rocas...

¡Señor, cuánto, cuánto le había acaecido, le había pasado en sesenta años, y a estas pobres rocas tán sólo les había pasado y les pasaba el agua del mar, sin brotarles la alegría de una leve hierba!

Y don Diego se conmovió de lástimas que le hicieron retorcerse en la oquedad de su peña. Afligióse, imaginando el hastío enorme de las rocas; se vió trozo de roca y le pareció que, siéndolo, era más de la Naturaleza... ¡Señor, sentirían, sentirían ellas, recorrería por bajo de todo el mundo, de todas las cosas un infinito y delicadísimo sensorio y un alma universal!...

Y sonó en el cielo un grito, una quejumbre, y vió sobre su cabeza una gaviota que, asustada del hombre, retrocedió hacia el mar.

El nómada se puso en pie. Inmóvil, esparció su mirar hasta el horizonte, perdido en un misterio de brumas y de tarde acabada.

Tornábase negro el peñascal. Era como ingente basa de aquella estatua plasmada por el cincel del dolor.

Resplandiente, rápido y fantástico como una isla alada, como un palacio leyendario, pasaba un trasatlántico. Adivinó el hidalgo levantino alegrías y goces de viajeros, damas envueltas en fragancias; y hubo en su alma resurrección de ansiedades epicúreas, y luego, tristeza lancinante y llorosa, finguiéndose abandonado de aquel bello barco de la dicha, que iba apagando la distancia...

Apartóse del mar. Oíalo lejos y muy hondo. Miró a la altura constelada, y desde el faro, hosco mástil cuyo fanal relumbraba como un topacio enorme, descendióle un camino de polvo luminoso, blanco y leve, que atravesó la noche. Y, al rodar otro destello, volvió a nacer el delgado cendal de luz, que tenía de la pureza de esas lumbres nevadas, que pinta la piedad, desde el cielo a las frentes de los ungidos por Dios.

Súbitamente don Diego se anegó en dulcedumbres. Sobre él bajaba también la gracia del Señor. Sentía como la delicia

que pudiera penetrar en un árbol sediento al ceñirle el riego.

Le parecía que por los senderos de la luz llegaba serena música de órgano, espandiéndose en el viento....

—¡Cómo en aquel yermo sonaba un órgano! ¡Si no podía ser! Allí no había templo ni monasterio, ni otra mansión sino el faro terrible, negro: un índice de coloso. Y pues el nómada no sabía de Pitágoras y no sospechó nunca el ritmo o armonía del universo, y resonaban en ráfagas, limpios y religiosos, los acordes de órgano, órgano había. Convencido de ello, don Diego avanzó, cayendo y arrastrándose por los agrios peñascos en busca del milagro de las melodías.

Llegaba a la torre cuando el armonium producía un **trémolo celeste.** Y se apagó brusco, roto. Entonces abrióse la puerta del faro y perfilóse la silueta de una mujer enlutada. Vió al nómada y cerró. Luego reapareció, seguida de un anciano que vestía blusa de mecánico, holgada y larga como una túnica.

Aunque las ropas del caballero daban barruntos de mendiguez, tenían hechura hidalga; y las sencillas palabras de salutación, que balbució al levantarse del peldaño donde se postrara para escuchar, y el verlo viejo y empapado de olas, movie-

ron el ánimo de la doncella y del torrero a ofrecerle descanso y abrigo.

No manifestaba el vestíbulo del faro indicio de lo que cautivara a don Diego en la soledad. Su menaje **oficial;** lo reluciente de los metales; un intenso olor de parafina y materias lubrificantes; letreros técnicos de latitudes y altitud y un hondo ruido de muela harinera que producía la rodadura de la lámpara, enfriaban el corazón romántico. Y setíase, al entrar, lo que puede sentirse en los escritorios de una fábrica o en una oficina del Estado.

Crispóse de indignación la boca de don Diego. ¿No era lástima que en paraje tan grandioso y fiero habitasen los hombres como en cualquir dependencia de la alcaldía de Jijona? Si él fuera de eso, de eso... no se acordaba. ¿Cómo se nombrarían los homdres que cuidan de los faros? Y lo preguntó.

El anciano de la blusa contestóle que torreros o faristas.

—Es verdad. Pues, señor farista, si yo lo fuera quemaría estos trastos; y ese armonium que usted tiene oculto, lo pondría junto al portal para ver el mar, las montañas, el cielo, ¡lo libre! mientras tocase.

El del faro, que debía de ser hombre impresionable, imaginativo, contempló con interés al nómada. El cual adolecíase entonces de un horrible quinqué, pendiente

de la sopanda del techo. Hacía la luz quietecita, humilde, de velón, como si supiera cuitado los pulcros esplendores del fanal que se esparcía en brazos amorosos por las inmensidades. Una misma sustancia los nutría, y él sería siempre quinqué colgado, con sus míseros garabatos de hierro y su tubo flaco, de cintura de vieja irascible.

Esto también se lo habló al de la blusa, que miró sonriente y compasivo al quinqué humanizado por el forastero.

Pasaron a otro aposento, donde estaba el órgano. Era éste una caja inmensa de maderas rudas, vírgenes y tuberías oxidadas. Pisó el nómada los fuelles, hundió su puño en las teclas, y se produjo una algarabía de voces nasales, como si hubiese espantado un nidal de gaviotas.

...Don Diego les habló de los órganos de la catedral de Colonia, de Nuestra Señora de París, de San Marcos de Venecia. Mentó a los maestros de la música que él viera y admirara. Y dijo de sí, de sus aventuras, y este nuevo Ulises prendió entusiasmos y lástimas en aquel buen Alcinoo de la blusa y en el pecho de aquella Nausica enlutada.

No le sentaron en silla de clavazón de plata ni le sirvieron regios manjares; pero le dieron con largueza vino calentado, cecina y sopada de leche, que ordeñó la

doncella de una cabra blanca y velluda que balaba en el patio.

El torrero también yantó con el huésped. Intimaron. El era el organista en aquel templo de la noche, y, él quien en los ocios labrara el órgano y un piano que en otra pieza se veía con funda bordada. Desde su mocedad vivió en faros. Amó el servicio en islas y torres encumbradas, y su mirar profundo parecía hecho para apacentarse siempre por las soledades de las aguas. Fué en la última isla que habitó donde su mujer le había abandonado. Y desde ese retiro presenció cinco naufragios. Era fatídica la isla; una losa de roca brotaba de ella y se tendía submarina hasta lejanamente, y contra esta laja, agazapada en el mar, se estrellaban los buques. El último siniestro fué en tarde estival; las aguas tenían una paz azul. Era buque de emigrantes. Lo vió montar, encabritarse sobre la peña; aullaron roncas las sirenas. Acudieron barcas pescadoras; pero la muchedumbre de náufragos, que levantaba una vocería angustiosa, estridente, agarrábase a las bordas, y ante el peligro de zozobar, las barcas hendían con sus proas los montones y grumos humanos, y sólo eran recogidos los dichosos que quedaban flotando a los lados. El buque tuvo subida su proa dos días sobre los peñascos. Se hundió lento, cabeceando dulce-

mente. "Yo lo ví una mañana de calma acostado entre las aguas, y lloré. ¡Cuánta tristeza!" Y el torrero lloraba también, diciéndolo. Algunos pescadores de los que acudieron a este naufragio, no eran hombres sencillos ni honrados, porque después ya no le quisieron; ¡a él, que en las furias del mar, cuando las barcas no podían salir a la pesca, les leía y tocaba el piano y el órgano! Y es que hicieron pillaje en el buque; llevaban relojes de oro y se odiaron por envidias.

La doncella les dejó para subir la cena al torrero que hacía el primer turno de guardia. Era casado, pero su mujer estaba postrada de dolores.

—Por eso yo le cedo la primera guardia, y mi hija le cuida.

Tierno y efusiso, añadió:

—La pobre se ha hecho delgadita y blanca; blanca, porque pena... Y como sube tantas veces los sesenta peldaños de la torre... pues tiene unas piernas tremendas de gimnasta.

Los dos viejos sonrieron suavemente. Bebieron vino, ya tibio, y quemaron el tabaco de sus pipas.

Don Diego extrajo de su seno una miniatura de su hija; y la mostró al amigo.

—¡Lástima de hija!

Orlaban la miniatura pequeños diamantes, defendidos con heroicidad y abnega-

ción de la miseria. Pero el nómada preveía la venta, y besó el marfil.

El músico le habló de su doncellita. Estaban concertados sus desposorios con un mozo de padres labradores ricos cuyas haciendas, de vastas obradas, se hallaban a tres leguas, que caminaba el novio todas las noches para llegar al faro. La calzada orillaba la costa; había atajo por dentro de las grandes sierras, pero reducido como una cornisa, saliendo en las altitudes sobre los abismos; era horrible y nadie lo pasaba. Y este mozo, que ansiaba sus fiestas nupciales y les trazaba la vida campesina de todos juntos, pronto se cumpliría un mes que había desaparecido. Desde las ventanas y terraza de la casa, desde la voladiza galería de la linterna, la hija atalayaba el camino, que en lo remoto entrábase en manchones negros de fronda. ¿Qué iba a hacer él para curarla de su pena, que la acababa, muda, seca? "¡Amigo, amigo; ni un gemido, ni una lágrima!" Y el cuitado mordió su barba corta y blanca.

—¡Ahora que estábamos aprendiendo las **Siete palabras,** de Haydn! ¿Las conoce? ¿No?

Y el anciano sentóse ante su órgano.

Brotaron acordes dulces, lentísimos; luego, un haz de notas tímidas, rizadas. Trémulos los dos viejos, se dieron la mirada

húmeda y hermana. "¡Oh, si ellos fueran compañeros de vida en aquel yermo!", exclamó entusiasmado el músico. ¿Cómo eran los órganos de San Pedro de Roma? ¿No los había visto? El construiría uno inmenso... Había de ayudarle. ¡La música, la música!... Sí; don Diego fué infortunado, pero había también gozado mucho en sus años errantes... ¿Y el violoncello? ¿Le gustaba el violoncello? ¿Sí? ¡Pues pensaba hacer uno! Tenía ya las láminas combas de madera y el modelo en cartones... Se lo mostró. ¡Por qué no vivirían juntos!

El nómada participaba de la cordialidad del artista. Dolióse de no saber de música, de no tañer nada. "¿Y no sabía nada nada en este arte?", le preguntaba cariñoso, sencillo el organista. Y una vanidad de muchacho tentó a don Diego, y dijo que cantaba.

—¿Canta? ¿Sabe cantar? ¡Pues yo le pondré acompañamiento a todo cuanto diga!

Y ya se apercibía, sacando registros, trabajando los fuelles; mas desmayó en tristeza.

¡Su hija sufría, y la voz—que le perdonase don Diego—, la voz no era como el órgano, que no borra ni interrumpe el recogimiento! El sonido del órgano resbala sobre el fondo de los silencios, sin rasgarlo.

Los dos amigos tornaron a beber del vino, ya frío. Y encendieron sus pipas.

—¡Oh, si fueran camaradas!—dijo ahora el nómada.

Y el amigo murmuró que su soledad se sentía más que la del hidalgo, porque siempre era la misma. Andar, andar, se acompaña de la renovación de gentes y pueblos.

—Es que yo—gimió el errante—ya quiero compañía de las almas, porque ahora que resuena en la mía siento fortaleza. ¡Un alma, un alma, para mi alma!

Don Diego coincidía entonces con Carlyle en que lo venusto y más intenso de todas las realidades era el alma humana, "voz del Creador del mundo que habla todavía con nosotros".

—¿Acaso él—añadió el hidalgo—no vivía con otro hombre amigo, compañero de faro?... Mientras que...

—El otro, el otro—interrumpió frenético el artista—sólo habla del escalafón de torreros; de introducir reformas en el Cuerpo que le permitan ascender brevemente... ¡Se muere porque me jubilen pronto!

Y luego, dulcificado por la tristeza, sin ira, confesó que el **otro** y él no se amaban. Era hosco. Había intentado acercárselo tocando en el órgano ¡hasta **El rey que rabió!**, que era lo que más encarecía, y

nada. Nunca le había alabado su música, ni las obras de sus instrumentos... Tampoco manifestaba advertir los cuidados y finezas de su hija...

Marcaba el reloj la hora del cambio de la custodia del fanal. Fuera, en la noche, el vendaval arrastraba sus alaridos por las cumbres y honduras.

La puerta del faro estaba abierta, porque la doncella había salido creyendo oír en el viento la voz del amado.

Los dos amigos apuraron las jarras y cargaron las pipas.

Retumbó el órgano hondo y rudo en una deprecación de voces de hombres primitivos.

—¡Maestro, amigo!—gritó congestionado don Diego—. ¿Qué es esto tan grande, tan maravilloso, tan bárbaro?

La armonía tronaba rugidora, salvaje.

—¡Esto es mío, mío—aulló terrible el músico—; es mío: oración de olas, de peñascos, de gigantes, al sol!... Pero el **otro** no me deja, no me deja acabarlo, porque ofende a su mujer, que padece de neuralgias.

El **otro** surgió por la puertecita del hueco corazón de la torre.

Quedó espantado del delirio de aquellos dos hombres.

La hija advirtió al padre que había pasado la hora del relevo.

—¡No hay relevo!—exclamó el nómada—. ¡Que alumbre el faro solo y libre!

—Usted no debe de conocer los Reglamentos y Ordenanzas de...

Don Diego cortó el enseñamiento del recién venido con las primeras notas de **La Marsellesa,** cantadas desaforadamente. Pero el músico se abrazó a él pidiéndole el silencio por su hija... Había de subir; el **otro** le denunciaría.

—¿Sí? ¡Pues arriba! ¡Yo también subo!

El segundo torrero se puso delante de la entrada de la columna. "Era gravísima la responsabilidad que..."

No pudo acabar. El nómada lo apartó con desdén; hundióse en las tinieblas seguido del músico, y estalló una risotada que, entre la piedra, sonaba empañada, lúgubre, como de hombres sepultados vivos...

* * *

Una gasa zarca infinita besaba toda la tierra, azuleándola blandamente. Las montañas eran como altares ciclópeos donde se quemaba el incienso de las nieblas.

La espalda del cabo se alejaba abrupta, pelada. Lejos, un pino centenario, torcido, de ancha fronda, hacía más intensa la soledad. La costa retrocedía y avanzaba randada de espuma. Detrás del vaho matinal se adivinaban otras sierras livianas y azu-

les, como masas de nubes. Y el mar liso, con un tesoro de monedas de sol en el horizonte oriental, subía al cielo fundido en concordia purísima que enterneció al nómada.

La brisa ondulaba y alzaba las torrenciales blancuras de la barba y cabellera del hidalgo, que sonreía bondadoso, pareciéndole el airecico un nieto que jugase con sus manitas en la magnífica cabeza del abuelo.

Desde aquella cornisa del fanal, creía hundir la mirada en todo el mundo y señorear la serranía, el mar, las nieblas, las pobres naves que en lontananza semejaban deslizarse por el cielo... Allí se era casi ave; ¡venturoso!

Rodeó la cúpula y halló la doncella, que recorría con ojos atormentados todo el camino, hasta que se ocultaba en tierras arboladas.

El hidalgo, respetando la dolorosa ansiedad de la amante, retrocedió y despidióse de las inmensidades. Alojaba ya dos semanas en el faro, a despecho y odio del **ordenancista,** que expuso a su jefe lo desordenado y peligroso de tal posada. El músico hubo de imponérsele bravamente y defender el ejercicio de su albedrío; el subalterno quejóse a la Dirección y acusó escándalos, y en el faro se recibió noticia echadiza de pronta inspección.

Fué al pueblo, cambió la orla de diamantes por dinero, y en rendimiento de gratitud de la acogida fraternal hecha a él, extraño y miserable, llevó a la torre tabaco, cerveza, viandas y un pomo de rosas pálidas, atadas con cinta de seda, que ofreció gentilmente a la hija del músico.

Aquella noche, embriagados de música, de tabaco,, de cerveza, se tutearon; y aflicciones, disciplina y turno de servicio, todo, todo fué olvidado.

Y al repasarlo imaginativamente ahora, el hidalgo reía de la iracundia del torrero tracista de reformas.

Repitió su alma el adiós a las magnas soledades y buscaron sus ojos al cóncavo peñón en que recibiera el deleitoso y amargo bautismo de las espumas de esta costa bravía.

Venía ya anchamente por las sierras un viento poderoso. El agujón del pararrayos y los balaustres y piso metálico de la rotonda tembloreaban con quejumbres.

Una gaviota, con las alas inmóviles, precipitóse en las aguas de sol.

Las bellas puericias, tan fáciles en el viejo caballero, trajéronle el pensamiento de que sería peregrino poner un alcahaz sobre la linterna y ver brotar y acudir nubes ruidosas y felices de palomas. Ardió en deseos de tan hermosa visión, y ya que

no podía las veras, quiso presenciar su simulacro. Entróse al fanal, bajó con presura las seis barras de acero de la escala y tomó de una mesita, que había en la cámara del custodio de la luz, un brazado de papeles. El segundo torrero, que estaba engrasando el rodaje, gritó a don Diego que dejase el hurto; pero el nómada trepaba ya delirante a la rotonda, salió a la rotonda, salió a los cielos, y cuando el mísero farista abalanzábase sañudo sobre el hidalgo, dió éste al vendaval una nevada de papel que rodeó espesamente la cúpula; se remontaron trizas y hojas enteras, y huyeron, libres, raudas gloriosamente al mar.

Rechinaron las mandíbulas del hombre del faro; su mirada tenía odio y sus labios saliva. ¡Aquellos papeles eran sus cuentas y anotaciones meteorológicas, ordenadas y puestas trabajosamente en limpio para presentarlas en la visita de inspección recelada!

El nómada, enloquecido de entusiasmo, no oía injurias ni rechazaba las sacudidas de manos furiosas. Dilatadas las pupilas, erguidos sus brazos, estremecida su cabeza, gritaba ronco, desfalleciendo de ventura:

—¡Allá!... ¿Las ve? ¿Las ve? ¡Vivas, vivas! ¡Aún vuelan!... ¡Allá!...

* * *

Las raíces del pino, negras, robustas, monstruosas, después de torcerse desnudas sobre la montaña, se enterraban y apacían enormes y colgadizas en la desgarradura de un antro. El tronco, rendido hacia el mar, tenía la corpulencia de los árboles que viera don Diego en los bosques de Indias. Y la copa era un palio redondo, grueso, de verdores joviales, aterciopelados, hoscos y profundos. En los claros del ramaje se asomaba la alegría del cielo; y todo el árbol guardaba rústicas sonatas del caramillo de Pan, fragor de olas y canciones del viento.

En el mullido de pinocha caída, descansaba el nómada de su primera jornada de la tarde.

La partida del faro la imaginó él como despedida de ancianos patriarcas. Abrazaría al amigo hermano; besaría a la doncella entre los ojos; sí, la frondosa cabeza del nómada se inclinaría para dejar el beso de adiós, en la cabeza de la virgen dolorida de amor desventurado. ¡Como a una hija! ¡Besar un viejo la frente de la hija de un viejo amigo, es el ósculo de dos paternidades! El la hubiera besado entre los ojos. Así lo vió en un lienzo del museo de Burdeos: **Le Départ,** de León Perrault. Mirándolo bendijo su corazón al artista. El

nómada prescindía de las figuras del esposo y de la madre: quedaba el sencillo portal en un trozo de pared ruda por cuyo cantón trepaba una vid. La cabeza del padre era de apóstol, y con la mano diestra se allegaba dulcemente a la hija para imprimir su beso entre los ojos.

Y su despedida del faro no había sido de esta manera bíblica querida, porque en su instante—y reciente aún aquella antojadiza demasía de arrojar los documentos de servicio del **ordenancista**—llegaron tres serios señores en una lancha-vapora y todo el faro fué solicitud y obediencia para ellos. Los cuales ordenaban mucho; llamaban por los apellidos a los torreros, miraban a la doncella como a un empleado. El músico se convirtió totalmente en farista; estaba transfigurado. Sumiso ante los serios señores, le miraba como si no le conociera; el segundo le miraba triunfante y rencoroso; y los recién llegados le observaban con desconfianza.

...¡Y abandonó desgraciado y yerto aquel asilo donde encontrara noches antes la regaladora, la inefable calidez de dos almas buenas. ¡Infortunadas almas, anhelosas y nobles, que habían de mustiarse y reducirse por timideces y atamientos de la vida de artificio!

Removióse en su agreste cama aromosa y descansó la cabeza sobre una redonda

hijuela de la raigambre como en un brazo amigo. Y amó al árbol. ¡Santas raíces que en sequedad roquera sorbían vida para un coloso bueno que daba perennal, abrigo, bandura de seroja, música y fragancia! ¡Raíces que renovaban el lozaneo de la cúpula del árbol y hacían hermosura, ¿por qué las del hombre no chupaban siempre los jugos generosos que mantienen la venustidad del alma? ¡Los hombres, los hombres ni eran perversos ni ángeles, sino cruzados de todas condiciones, según se asentaban sus raigambres movedizas! El torrero de la mujer reumática; doña Elvira su hermana y otras almas de parecido linaje, ¿qué zumos sorberían, o no sorbían nada, porque estaban hincados sin raíces en la vida?

Quedábale a don Diego poca tarde y longura de camino hasta el pueblo, y ganoso de llegar a él antes que cerrase la neche, renunció al apaciblimiento del ámbito del pino soledoso. Y alzóse. Y anduvo. Había tomado la trocha, porque el camino costanero que él trajo y pasara para mercar en el pueblo viandas y flores, hacía grande rodeo.

El atajo desaparecía luego por profunda rasgadura de la sierra trocado en cornisa; de cuando en cuando se rompía y era preciso pasar sobre troncos puestos, de antiguo, por algún cabrerizo.

El silencio, las tinieblas de las simas, el verse en soledad que no era de cumbre, de mar ni de llanura, donde la luz llueve alegre y bendita de los cielos y la voz puede llegar a otros hombres, sino en hosca soledad mural, entregado al antro, sin posible amparo de nadie, hizo flaquear el corazón del nómada. Tenía miedo; ¿miedo a morir? Y levantó sus hombros y se doblaron sus labios desdeñosos. No le apuraba morir. Y el miedo mojaba de sudor la raíz de su cabello y sus arterias amenazaban estallar. Sentía angustiosamente como su sujeción, su inferioridad a la tierra, esa tierra tan dócil que el hombre domina, abre, ciega, labra y exprime; pero la sierva tierra, alguna vez pierde su mansedumbre, y se revuelve contra el hombre mostrándole su poderío, y entonces el silencio de los abismos tiene grito, y las grietas y cavernas, miradas terribles de Dios. Y el corazón del hombre siente su pequeñez, y teme.

El nómada se hallaba a la mitad de la hondura. Puso la mano sobre su costado izquierdo. Alentóse. ¡Después estaba la delicia de las claridades, la acogida de todo el crepúsculo! Y siguió la ruta de los antros.

A poco, en su desamparo, recibió un contento bueno de animación, de compañía. De lo alto bajaba dulzura de esquilas

y balidos; y alzando la mirada vió perfilarse en el azul dos cabras bermejas que contemplaban quietamente el fondo de los montes.

De pronto llenóse el ámbito de un espantoso estruendo de alas, y subieron despavoridos dos pájaros negros, horribles, ominosos, que huyeron graznando por el jirón de cielo. La senda estaba rota y tronchado el pasadizo de leños. Asomóse el nómada y aspiró un hedor de sepultura reciente y abierta. Escudriñó más, y don Diego gritó aterrado, delirante.

Bajo sus pies, a la mitad de la tajada vertiente. brotaba una peña enorme, y allí había un muerto. Estaba respaldado en la montaña; tenía las piernas torcidas, quebradas; devoradas las manos, y su cabeza, ya esquelética, vuelta hacia las cumbres. Las huecas órbitas de sus ojos parecían mirar el día y a las dos cabras que, asomadas en la altitud, acaso le vieron todas las tardes desfallecer, crisparse y morir lentamente!

El nómada retrocedió transido, sollozando: ¿no sería el despeñado el amante de la doncella que, por anticiparse la dicha, eligió la abandonada senda y murió de hambre y sed y locura, colgado sobre el abismo?

...Cuando el errante caballero escapó de los antros y subió junto al árbol cente-

nario, besó su corteza y derramó llanto dichoso. ¡Oh, la agonía del hombre caído vivo a la mitad de la hondura... y el cielo pasando sobre él su esplendor azul!... "¡Señor, qué horrible!" murmuró el nómada; pero su alma estaba alegre, su mirada se espandía, gozadora de infinito, y sus pulmones se embriagaban de ambiente libre sahumado de resina.

Lejos, erguíase el faro como pilastra de templo ruinoso, y en el fanal, el sol poniente encendía una hoguera...

VI

Por las mañanas soleábase don Diego en la ribera, y sus ojos seguían la mansa ondulación de las rojas aguas del río. Fatigado de zahondarse en la arena, sentábase bajo los álamos desnudos, árboles románticos muy amados del nómada.

La ciudad era triste, umbrosa. Caían sobre sus calles solitarias las lentas campanadas de los templos, y los sones religiosos rodaban por la vega. La ciudad siempre reposaba bajo el tañido de las torres. Sus tejados y los suelos criaban hierba.

De las tapias de muchos caserones prorrumpían palmeras de ramas desmayadas y cipreses negruzcos y desbordaban las viejas hiedras.

El Instituto estaba en un antiguo con-

vento; la Audiencia en otro; y en un vetusto palacio ducal, había fábrica de randas y tocas; un Círculo conservador y Academia de Bellas Artes, cuyo presidente honorífico era el prelado.

...Por las tardes, don Diego, vestido de sayal, servía de modelo en el estudio privado del maestro de la sección de Pintura.

Los señores canónigos, avezados a la tertulia del pintor, alabaron la grandeza y amargura que denotaba el modelo. Y Su Ilustrísima, que visitara una tarde el estudio atraído por lo que del cuadro comentaban sus familiares, afirmó que aquella desolante actitud del modelo estaba, sin duda, inspirada en las amargas frases con que el Profeta anuncia a Babilonia su ruina. Y como el era varón que recitaba bellamente los textos sagrados, alzó los brazos, sacó el pecho, donde relumbraba la joya de la cruz, y pronunció el inicial de la profecía:

"¡Virgen, hija de Babilonia: desciende y siéntate en el polvo, siéntate en el suelo; no subsiste el solio de la hija de los Chaldeos, porque no serás llamada en adelante delicada y tierna!"

Seguidamente, para los señores canónigos, repitió el texto en latín.

Don Diego recordó que el pintor no había dicho nada de Isaías ni de ninguna

virgen hija de Babilonia. Y sin embargo, el maestro sonreía con lisonja y reverencia al señor obispo. "¡Su Ilustrísima lo había adivinalo! El asunto estaba tomado de aquel texto. El fondo del cuadro sería azuloso y en él se esfumaría una ciudad murada." Cobraba don Diego cuatro reales por su inmovilidad.

...Por las noches departía con un compañero de alojamiento, amanuense de un escribano.

No le quedaba ya blanca de la venta de los diamantes; pero tenía pagadas las cincuenta pesetas de hospedaje por aquel mes, que era el de diciembre.

La señora huésped, enjuta, amarilla, picada de viruela, de moñito ralo y canoso como hecho de hebras de araña, y manos de Muerte, tenía la codicia hincada en los profundos de su pecho. Servía miserables escudillas, que enojaban con furia al escribiente. Y don Diego, regocijado y zumbón, celebraba la sapiencia económica de la señora.

Dormían los dos hombres en la misma alcoba. Todas las noches, al retirarse a ella, sacaba el amanuense de su cofre de piel cabruna un atadijo, y de éste una alcuza; vertía aceite en una lucerna y prendía la mariposa.

—¿A usted no le molesta la luz para

dormir?—le preguntó al hidalgo cuando se conocieron.

—A mí me da igual todo — dijo don Diego, y en sus insomnios veía sobre la pared el espectro del curial.

—"¡Si yo, al dormirme—pensaba el nómada—me muriera sin sentirlo, no sería una hermosura para mí, un grave contratiempo para la rapaz patrona y horrible susto para este individuo, que debe de tenerme miedo!"

Llevaba veinte días de huésped y de modelo. Había ido a aquella casa recomendado por un canónigo.

Su condición errabunda se rebelaba de la quietud y de la disciplina de horas para la comida, para el maestro, oyendo la charla de los señores eclesiásticos.

—¡Pues me iré mañana!—, y pronunciada la promesa acomodábase para esperar el sueño sobre sus ruidosos jergones de hojas de mazorca.

Pero al despertar en el grato calor de la frazada y helársele la mano sacada para asir la pipa, emperezábase su voluntad, tenía compasión de sí mismo y... no se marchaba.

De repente, abríase la puertecita de la alcoba y asomaba, despacio, la cabeza de un viejo.

Aquella cabeza menuda, de nariz y barbilla de israelita hambiento, con brasas en

los ojos, que se agitaban sepultados entre pellejos de pergamino, y orejas dobladas por un sombrero duro, enorme, hundida la copa por un puñetazo brutal; aquella cabeza inquietó y aun aterró a don Diego las primeras mañanas.

Tras la cabeza aparecía un cuerpecito ruinoso, estrecho de cuyos hombros subidos de asmático, colgaba un abrigo del verde de la oliva; los pantalones estrechos, rugosos, daban a las piernas semejanza de alambres rizados, y las botas eran de paño, monstruosas.

El viejo parábase delante del escribiente; sus mandíbulas se agitaban y la piel de las mejillas se ahondaba, se inflamaba. Su voz era un silbo.

Don Diego no podía escucharlo.

Aquel viejo tendía su diestra huesuda. El curial, siempre apacible, estaba entonces torvo, y sin mirar al implorante, tomaba una moneda de las ropas dejadas en los hierros de su camastro y la tiraba en la cavidad de la mano del viejo.

Antes de cerrarse la puertecita asomaba otra vez el horrible sombrero, la nariz y la barba estremecidas por el batir macabro de las quijadas, y las dos brasas miraban al hombre acostado.

Un día vió el nómada a este viejo salir rápido del negro cancel de la Catedral. Andaba a largas zancadas por alcanzar al

amanuense; y ya juntos, el viejo hizo la misma mueca: trabajó sus mandíbulas y alargó la mano como en el dormitorio. El escribiente arrojóle una moneda y se apartó. El otro quedóse mirándole la espalda; después sus ojos, donde se mezclaban furias y amarguras, se fijaron en el cielo.

El hidalgo le siguió. ¿Iría a embriagarse el viejo?... ¿Buscaría mendigas viciosas?

Don Diego había de caminar velozmente, porque el espiado daba trancos de ave zancuda.

Cruzaron dos calles agobiosas. El hidalgo se detuvo y se arrepintió de sus pensadas injuriosas, porque el viejo había entrado en una tahona y salió mordiendo una hogaza. ¡Señor, el viejo tenía hambre! ¿Es que el visaje de la maldad y el del hambre eran iguales? ¿Qué no habrían pensado de él, del nómada, las gentes? ¿Por qué los hombres eran fáciles para juzgar con vilipendio a los hermanos? Una ruin catadura de la carne nos despertaba el ansia de descubrir un nido de vilezas. ¿No habría perversidad y engaño en tales imaginaciones?

Claro paradigma era él, expresando para Su Ilustrísima la desolación del Profeta, y jamás pensó en Babilonia.

Cuando llegó a su hospedaje, pregun-

tó a la señora por este viejo. La respuesta asombró al nómada.

El viejo era padre del amanuense.

—¡Pero, señora, si se odian, se odian!

—A mí qué me dice; cuénteselo usted a ellos.

A la señora huésped no le importaba que se odiasen... y él se angustiaba.

Al salir de la cocina, sus pies tropezaron con un gigantesco pavo, atado con una soga a los travesaños de una silla.

Don Diego recibió otra sorpresa increíble: ¡Pavo allí!

No lo compró la señora. Los tiempos no daban para gulas; pero la Virgen se había acordado de ella la víspera de Nochebuena, y con un solo billete de rifa, un solo número: ¡el 17, San Antonio abad!, le había tocado el animalito, que estaba ricamente cebado.

Por la noche, ya en la cama, el amanuense dijo al hidalgo que lo viera aquella tarde. ¿No había ido a la Academia?

—¡Ah, ya! — hizo don Diego —. Fué cuando hablaba usted con... con...

—Sí, con **ese**, con el viejo.

—¡Con el **viejo**. ¿Pero no era su padre?—exclamó el nómada.

—¿Padre? Engendrar no es ser padre —replicó horrible el amanuense—. Engendrar sólo, no; en este caso, un hombre podría ser hijo de un mico y de una loca.

—Pero, de veras, ¿se odian ustedes tanto, Dios mío?—gimió don Diego.

Los labios del curial se crisparon y sonrieron ferozmente.

—¿Sabe usted por qué duermo yo con luz junto a mi cama? ¿No? Pues porque tengo miedo en las habitaciones obscuras. Y es que el viejo, cuando yo era chiquito, me encerraba semanas enteras en un cuarto lóbrego, y él, por un agujero, hacía voces de condenados y almas en pena. Otras veces me amarraba las manos, los pies, y mientras me pegaba, se reía infernalmente, injuriándome como a un hombre. Y mi madre murió martirizada...; ¡Don Diego, don Diego, ódiele!

El nómada se cubrió con la frazada y sollozó. ¡Señor, y a él, que amaba inmensamente, se le habían muerto los amores de su alma!...

* * *

La ciudad estaba regocijada. Los muchachos golpeaban adufes, cantaban villancicos y pedían aguinaldos.

Don Diego aguardaba en el comedor al escribiente para comer reunidos el yantar del primer día de Pascua. Pero la señora huésped entró a decirle que aquél estaba invitado a la mesa del escribano.

—Pues comeré solo—murmuró don Die-

go. Y añoró las felices y opulentas Navidades con la esposa y la hija en su vasto comedor de Jijona.

Volvió la señora y puso un plato ante don Diego.

El nómada retrocedió de asco y espanto.

La señora huésped le había servido la cabeza del pavo a medio torrar; el cuello del animal aun tenía lívidas y sangrantes las verrugas y carúnculas, y apenas chamuscados los cañones de las plumas; los ojos abiertos y enteros, el moco lacio y el pico entornado hacían una mueca humana dolorosa.

Don Diego envolvió el manjar en su pañuelo y abandonó el hospedaje.

* * *

El maestro había de dar las postreras pinceladas de su cuadro para Año Nuevo. El lienzo estaba adquirido por el prelado. Y en aquella santa tarde de Navidad, el maestro acabaría la figura. Anuncióle la visita el señor obispo, a quien acompañaría el gobernador, muy docto en achaques de arte. El pintor había preparado un delicado refrigerio.

Los canónigos bromeaban, sorbían rapé o fumaban.

El nómada se había ensayalado.

Repentinamente se hizo un respetuoso

silencio. Y los visitantes pasaron al estudio. Quisieron que el maestro prosiguiera pintando; y el artista sonriendo, obedeció.

El gobernador hacía catalejo de sus manos para estudiar, desde lejos, el cuadro y el modelo. Y ya estudiados, tosió y no se le ocurrió nada que expresara su parecer.

Entonces el prelado le manifestó el asunto y acabó por levantar los brazos y decir con amargura:

—¡Virgen, hija de Babilonia, desciende y siéntate!...

Su Ilustrísima se interrumpió indignado; los señores canónigos gritaban; el maestro había palidecido, y el señor gobernador desahogaba un golpe de tos furiosa.

¡De la diestra de Isaías colgaba una horrible cabeza de pavo!

VII

Se apoyaba don Diego en un bordón de cuento de lanza; de su fardalejo salía una cántara desbocada; su boina era costrosa y reluciente de podre; las ropas mendigadas, y por las orillas de sus alpargatas desbordaban los dedos, tan deformes, que todos parecían gordales. "¡Yo no me he visto tan miserable como ahora en toda mi vida de vagabundo!" dijo, y contempló

el camino andado, que se perdía, torciéndose por campos desiertos.

Se acercó al remanso de una acequia para limpiar su alcarraza, y sonrió dichosamente, mirando en el agua su cabeza romántica.

Uno de esos perros errantes, sin raza, largos, desorejados, que hozaba en un estercolero del bancal cercano, huyó al percibir a don Diego; éste lo llamó, y el animal, que se había detenido para observar al hombre, tornó a la huída; al correr cojeaba, porque sentía el dolor de una herida vieja. "¡Ven aquí, le gritaba el nómada ex alcalde; ven, si yo no te haré nada, si yo te quiero!" El perro desapareció. "¡Otros hombres te habrán apedreado y quizás castrado! ¡Qué sentirás de nosotros cuando nos huyes!" Y don Diego llenó su cántara de agua del remanso.

Cerca comenzaban los tapiales de una aldea levantina. El enjalbiego de las casas cegaba y aun olía a cal, porque era aquel día domingo, y las mujeres, en la víspera, acabaron de emblanquecer cuando ya habían salido los murciélagos y brillaba el filo de oro de una luna nueva.

Don Diego, tenía hambre, pero le repugnaba pordiosear. ¿Y si cantase rapsodias de pueblos lejanos, como él recordaba que hacían otros hermanos nómadas? Eso era más altivo y artístico también; le ayu-

daban sus melenas y barbas. "¡A la una..., a las dos... y a las tres!... Y rompió a reir. Tomó de nuevo aliento, prometióse gravedad y entonces... lloró. A la tercera vez pudo cantar. Desde las bardas de un corral le miraron inquietamente dos palomos; sonó alegre estrépito de alas y las dos aves pasaron sobre don Diego, resplandeciendo al sol...

En la plaza, los lugareños, muy mudados, platicaban o jugaban en grupos.

La voz del peregrino se hizo ancha, tremante y dominadora; ya se suavizaba como la de un bardo viejo al evocar una terneza o rugía al maldecir, como la de los tejedores de Silesia.

Todos le contemplaron. Mirábanle pasmados la lanza, que parecía trazar febriles signos en el aire, y le miraban con ahinco el gesto de su boca para inquirir el misterio de su palabra bárbara.

Había en un peldaño umbroso de la iglesia viejos campesinos que, cuando mozos, segaron en tierras de Argel, y los demás volvíanse a ellos, consultándoles; mas los viejos reían, mostrando los desdentados alveolos, y alzaban los hombros y no decían nada, porque tampoco entendían al cantor. ¿De qué patria sería este hombre extraordinario? Y le fueron cercando. Los ojos de don Diego se encendieron de esperanza. ¡Oh, la admiración al misterio

de sus rapsodias, a su cabeza y a su bastón, levantaría la piedad, la dulce piedad de los aldeanos.

De pronto, un grito y un trueno rodaron en la paz de la tarde. Clamaba un cornetín, retumbaba un tambor.

Todos corrieron maravillados y gozosos, buscando lo nuevo. Y el caballero quedó abandonado, y su canción se rompió.

Vibraba el cornetín, resonaba el tambor: un cornetín oxidado que empuñaba un hombre, ceñido por traje rojo, diabólico, de acróbata ambulante; y un tambor de témpano blando y cordeles mugrientos, puestos en el suelo y tañido por una mujer seca, menuda, de vientre enfermo.

El ex alcalde aproximóse a la gente, espesada en ruedo.

El volatinero se plegaba, se deslizaba ondulante como las sierpes; descoyuntado, andaba imitando una araña enorme. Luego irguióse y botó loco, espantoso, inflamado de sol...

Alzáronse alaridos de entusiasmo.

Mentras el hombre se raía con la mano el sudor, la mujer pedía, tendiendo un platito de azófor. Y entonces fué cuando los ojos de los dos hombres nómadas se vieron; y al recibir y dar la mirada, don Diego se angustió. "¡Señor, los hombres no se amarían nunca como Tú, Maestro, dijiste que se amaran!"

...Y don Diego volvió la espalda a la plaza, y entróse por una calleja húmeda. Sobre un tronco seco, aserrado, de olmo, descansó. Allí el silencio zumbaba. Piaban gorriones en los sobradillos y bajo, en la calle; y a don Diego le parecía oírlos entre las malvas y ortigas de un cementerio aldeano.

Por un extremo aparecieron muchachos vestidos con trajecito de domingo. Iban merendando. Y se detuvieron para ver al nómada. Mordían el pan untado de aceite o de miel, y seguían mirando, mirando.

Don Diego se fijó en un niño de ojos tímidos, inmensos, donde aleteaba su almita triste; su boca tenía la línea del sollozo; sus manos eran largas y femeninas. Llevaba ropas de fiesta, pero ajadas; le oprimían y eran grandes. "¿Por qué le habrán vestido de hombrecito?" se preguntó don Diego. "Iría mucho mejor de marinero... ¡Si yo hubiese tenido un hijo! Y el miserable fantaseó trajes infantiles azules, con airosos cuellos blancos y áncoras bordadas en las mangas; los zapatos de charol..., y miró el calzado del niño: eran unas botas arrugadas, con remiendos. "Pero a esta pobre criatura, ¿por qué le pondrán estas botas tan... grandes... tan... botas?" Y lo miró con intensa ternura, y le sonrió. Los otros muchachos rompieron en carcajada. ¡El viejo,

el **tío** de las coplas se burlaba del hombrecito! Un muchachote, de recia quijada, pisó con su zapatón rojo y nuevo un pie del niño triste mostrando, al abollar el cuero, lo sobrado de la bota. Otro le quitó la gorra de visera y extrajo torcidas de periódicos que dentro pusiera la madre o la abuela para achicar la prenda...

Don Diego se levantó iracundo. Algunos escaparon. Otros, sumisos, le contaron que siempre se reían en las tardes de fiesta, porque "aquel chico era el menor de su casa... y le ponían **lo** de sus hermanos; **ensima** tiene tres..."

Lloraba con hipo el escarnecido.

Don Diego quiso aliviarle y no pudo hablar.

Abrióse la ventana de la casa-abadía, que estaba enfrente, y surgió una cabeza bonachona, tocada con solideo.

Preguntó. Los niños tornaron a explicar la burla. La cabeza volvíase a todos gravemente; su voz reprendía a los talludos, alentaba al que gemía; y terminó la plática con San Mateo; "¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!"

"¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!..."

Cerróse la ventana.

Y don Diego miró al hombrecito que seguía llorando sin consuelo...

VIII

...Cuando don Diego hubo sufrido la humillarión de ver registradas sus bizazas, sus faltriqueras, y revisados sus pasapartes, sin haber mostrado ni un arranque de su altivez ecuestre, estuvo cerca de creerse en abandono hasta de sí mismo; pero al abatir los ojos vió las sombras de sus barbas y cabellera en el camino soleado, y su boca se dulcificó con la noble sonrisa que también brillaba en su alma. Y ya sin ira miró alejarse a los guardias. "¡Los pobres cuadrilleros que rapados iban!"

Y siguió caminando. Se hallaba en campos alicantinos.

En la ciudad tenía deudos y les pediría viático hasta Jijona, ¡no podía más! Ya sólo ansiaba el retiro de un desván en la hacienda de su hermana, donde aguardar el tránsito a la dichosa paz de la muerte. ¡Andanzas por mares y pueblos, allí las rumiaría su memoria; y la hermosa blanca maleza de sus barbas y cabellos, sería cuidada como santo relicario de su odisea!...

Y el nómada llegó a Alicante.

Hay en el mercado alicantino famosa colonia de jijonencos vendiendo frutas, hortalizas y macizos de turrones que, bajo la verde o roja niebla de las gasas, enemigas

del mosquetero, destilan la miel calentada por el día.

Don Diego pasó entre sus paisanos, estudiando los gestos y el habla de todos para enlazar recuerdos. Repentinamente se detuvo. Había reconocido en un jijonenco viejo y herpético, que enrollaba cartuchos de calderilla, a un su antiguo masero, al que perdonara el pago de las rentas de cosechas desgraciadas.

El vagabundo retrocedió; púsose delante de este hombre y le dijo mirándole a los ojos:

—¿Te acuerdas del señor don Diego?

Al viejo masero se le deshizo el duro que estaba liando.

—¡María Santísima, el amo, el señor don Diego!... ¡Si **aquello** era un aparecido!

La nueva difundióse raudamente.

—¡El señor don Diego! ¡El señor don Diego!—se repetían gritando los vendedores.

"¡Cómo no habían de proteger al desvalido, siendo sus almas piadosas!..." Vida ruin fué la del señor don Diego: amó con escándalo, disipó su caudal; su hermana apartósele y le negó socorro, pero ellos olvidaban generosamente este pasado de oprobio para atender la ancianidad desamparada, porque no ayudaban ó socorrían sus costumbres, sino al hombre, ni más ni menos que predicó el Estagirita.

Y le rodearon y le hablaron mentándole su perdición.

"¡Ya estaba viendo, ya estaba viendo adónde le habían traído sus grandes culpas!... ¡Bastante se lo avisó doña Elvira y don José el abogado y el señor Rector!...

Estremecióse desventuradamente el nómada bajo la explosión de recuerdos y de enseñamientos.

"¿Por qué, Señor, se habría él declarado a aquel viejo masero que con las manos hundidas en la esportilla de los cuartos, le gritaba de diez en diez monedas: ¡Ay, señor don Diego, señor don Diego!"

—¡Dejadme! — voceó terriblemente el afligido.

Mas, eran buenos cristianos y nacieron en el mismo lugar del miserable... y no le abandonaron.

Acudieron guardias inquiriendo. Todo se lo contaron a los señores guardias, que se apartaron con las manos cruzadas a la espalda y meneando gravemente sus cabezas.

Los otros estrecharon a don Diego; animáronle con cariñosos empellones, y a la fuerza lo entraron y sentaron en el sillón de una barbería del puerto.

—¡Al rape, maestro!

El maestro y su mancebo empuñaron máquinas y tijeras relucientes.

—¡Amigos, hermanos; no, por Nuestro Señor! ¡Dejadme, matadme, pero no me ultrajéis!—decía el vagabundo.

—¡Miseria, señor don Diego, todo eso es miseria!

—"...ni cómo había de entrar de esa manera en casa de la señora doña Elvira... Casi toda, se podía decir que toda la hortaliza vendida aquella mañana en la plaza, estaba arrancada en las huertas de la señora..."

—Mire don Diego, no **cal**[1] que diga—añadió el masero.

—Al rapé, maestro — dictaron muchas voces.

Aulló don Diego súplicas, injurias, blasfemias. Entonces algunas manos robustas y callosas taparon la boca del caballero; otras lo afianzaron al asiento. Y el holocausto comenzó.

...Su barba de profeta, sus cabellos nobilísimos cayeron lentamente en espesos toisones, y fué emergiendo un cráneo reducido, como aparece un peñón al desbordársele la nieve que lo agrandaba con blancas turgencias.

Eran buenos sus paisanos, pero no pudieron reprimir la risa al ver motilado medio cráneo del señor don Diego. Golpeábanse los muslos y se daban codazos reventando de bulla...

(1) Viene a significar: Es inútil.

"¡Si es que no podían contenerse!... ¡Esta—dijo uno ya serio—ésta sí que es la verdadera cabeza del señor alcalde don Diego!"

...Cuando los sayones libertaron la pobre testa, el mártir alzó medrosamente la mirada, y al devolvérsela el espejo, sintió como un crujido de dolor en todas sus entrañas... ¡Todo estaba acabado! ¡Allí, en su cabeza ruda y pequeña, y en su cara ancha y raída, se le presentaba el pasado lugareño desde la muerte de los santos amores a su manumisión casi de alma soñadora! ¡El había roto las ataduras de un pueblo, y del miedo a la miseria, para manifestarse altivo y no parásito, y ser libre, como el Nazareo, hijo de Manué, quebró las siete cuerdas tejidas con nervios recientes y húmedos para mostrar su fortaleza!... "¡Oh, si aún huyese!..."

...Pero esto se lo había inspirado el aleteo último de su corazón; y quedó en deliquio angustioso. ¡Todo estaba acabado!

—Ahora, señor don Diego—dijeron sus paisanos—, al pueblo, a la heredad de doña Elvira.

—¡Amigos, hermanos—plañó el mísero—, así no, ya no me llevéis; ahora... tiradme al mar!...

Y se palpaba con manos trémulas s cráneo rapado...

IX

La cristiana señora esclareció con un blanco lentezuelo los empañados anteojos; se los puso y miró sobre ellos la tarde campesina, fría y pálida. Luego prosiguió leyendo.

—"Vallcebre: Te doy gracias, Madre amadísima, por la grande merced que me has concedido. Anoche sentí un acerbo dolor en el corazón; recurrí a Ti ofreciéndote publicar en los **Anales** el favor si me lo quitaba, y apenas acabé de rezar el **Acordaos,** ya no sentí dolor. Hoy, al darte las gracias, te ruego acojas bajo tu protección a quien Tú sabes. Y ruego a todos los asociados que recen un **Acordaos** por mi intención..."

—Vamos, pues, ama Virtudes: Acordaos, Virgen Santísima, que jamás se oyó decir...

Y la oración fué rezada muy paso hasta quedar en un suspiro.

—¡Yo no sé, ama Virtudes, yo no sé cómo hay impíos en la tierra!... Y antes que se me olvide; me he fijado, ama que cuando rezas el **Acordaos** siempre dices **enjamás se oyó decir;** y no es **enjamás,** sino **jamás.** ¿Te acordarás?—preguntó sonriente doña Elvira.

—¡Y yo decía **enjamás?** ¡Señor, Señor!

Seguían en los **Anales** los dones otorgados por Nuestra Señora a devotas de Valencia, Vigo y Zaragoza.

Acabada la lección, quedaron las dos mujeres en silencio.

Llegaba del camino el rodar fatigoso de un carro.

A doña Elvira le pasmó grandemente ese ruido. Su vida de soltería no era sólo de plegarias y apartamiento; curaba también de su hacienda y sabía menudamente de las faenas campesinas en sus tierras. Aquella tarde, los hombres de la heredad ministraban los riegos de los bancales hortolanos, y las mujeres estaban todas en la gran cocina; unas heñían la masa del pan y otras colaban. La casa olía a leña quemada... Pues los carros no salieran y las bestias reposaban en los pesebres... El camino terminaba en la finca... luego allí venía el carro, y carro forastero...

—Ama Virtudes, ¿no será el hermanito limosnero del convento?

—Vino el lunes, señora; pero bien pudiera ser el hermanito.

—Pues si vino, no es, ama Virtudes; y además, queda poca tarde.

—Entonces, no será, como dice la señora.

Ese camino por el que paseaba plácidamente doña Elvira en el vareo de las oliveras para reprimir, con su honesta presencia, el bullicio de la gente; ese camino, comienzo del mundo tan temido y odiado de la señora, ¿quién podía entonces tran-

sitarlo con intención probable de pernoctar en la heredad?...

—Si te asomaras, ama Virtudes, podríamos saber qué carro es ese que llega.

Ama Virtudes se confesó que no se le había ocurrido hacerlo y, sin embargo, apetecía saber la mismo que la señora.

Salió del aposento y pronto vino con noticias estupendas:

"El carro llevaba copiosa compañía de hombres a pie, y dentro iba el señor Rector. ¿Qué era aquello "

La paz de la heredad poblóse de voces y ladridos.

Y doña Elvira vió entrar en la sala a los más graves y conocidos varones de Jijona.

El señor Rector apartóse al estrado con la dama y estuvo hablándole; señalaba al techo—pero debía referirse al cielo el índice del señor Rector—. Y doña Elvira, compungida, plegadas las manos y trémulos sus labios, musitaba:

—¡Que entre, sí, señor Rector! ¿Yo qué he de decir? ¡Que entre!

Entonces apareció don Diego. Ya no iba astroso, sino mudado con traje pardal muy recio.

Miráronse los dos hermanos; observados por los hombres de Jijona, por los maseros, por las mujeres, por los muchachos.

Una vidriera daba paso a una alcoba

honda, y aquí se refugió prontamente don Diego. Subióse vestido sobre la cama y hundió su cara en el cabezal.

Fuera murmuraron. Los señores acompañantes comentaban la sequedad del encuentro de los hermanos. Desde el pueblo a la heredad vinieron preparando la escena para que resultase edificante de ternura. El aventurero se arrodillaría a las plantas de su hermana y ésta lo levantaría, otorgándole su gracia.

Mas, don Diego estuvo frío y hosco. Asomábanse a la yacija del nómada esquilado, y aconsejaban arrepentimiento. Pasaron otros y le amonestaron meneando solemnemente sus cabezas.

Después rodeaban a la afligida señora.

Y el señor Rector dijo su estudiado discurso:

—Todos, señora mía, subimos nuestro Calvario y, sobre su cumbre, hemos de ofrendar al Señor la blanca y herida paloma de nuestra alma. Alégrese, regocíjese, señora mía, porque esta prueba del temple de su caridad ha de traer el milagro del rescate de una extraviada oveja...

Las palabras del señor Rector sabían a hostias y vino rancio de Misa y embriagaron místicamente sus entrañas. "¡Qué era aquel estremecerse de toda su carne y aquella flama de sus mejillas!" ¡Veíase admirada y compadecida por tantos excelentísimos varones!

—¿Y mi perro, mi **León**, dónde está
Se lo dí al notario—gritó don Diego desde su refugio.

Y el notario, que se hallaba en el coro de acompañantes de la señora, contestó:

—**León** murió; le dieron zarazas.

Doña Elvira y ama Virtudes respiraron.

Llegada la noche fueron las visitas dejando la heredad.

Y ya sola la cristiana señora, y sin caricias de palabras de panegírico, sintió un enojo seco y helado.

—¿Qué tiene la señora?

—¡No sé, no sé, ama Virtudes!

Ama Virtudes salió.

De súbito la señora tuvo miedo; don Diego estaba murmurando. ¿Tendría fiebre? Se escuchó un sollozo roto. Tornó ama Virtudes templando una tisana humeante. Al ludir la cucharita con la taza, hacía un sonecillo como de esquila de rebaño.

—Esto le hará bien, señora.

Doña Elvira puso levemente los labios en el borde de porcelana, y sorbió. Luego alzó los ojos.

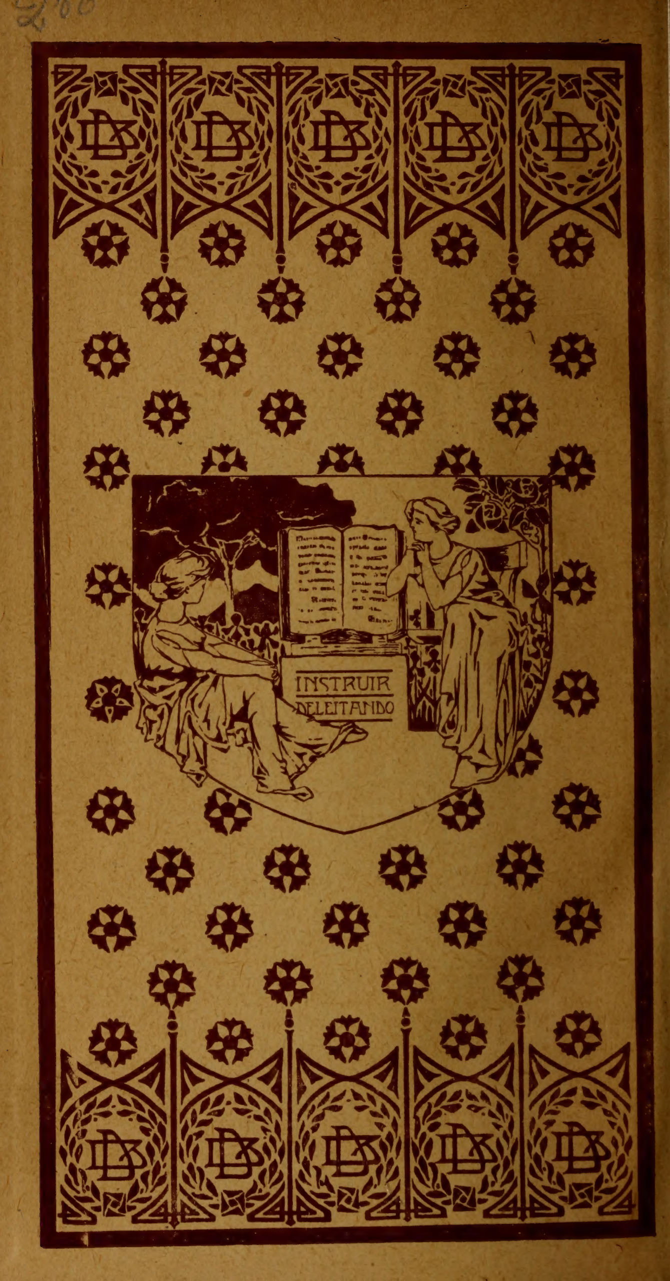
—¡Oh, ama Virtudes, Nuestro Señor no quiere mi paz!

Y prosiguió bebiendo, mientras don Diego tenía hipo y ama Virtudes suspiraba:

—¡Señor, Señor!

FIN DE NOMADA

INDICE


INSTRUIR
DELEITANDO



